
J CRUZ
EL REFLEJO
DE MI CULPA

Índice

- Capítulo 1: El Despertar en Blanco
- Capítulo 2: La Jaula de Cristal
- Capítulo 3: El Eco en la Bañera
- Capítulo 4: La Sombra del Viudo
- Capítulo 5: La Píldora del Olvido
- Capítulo 6: El Interrogatorio
- Capítulo 7: El Descubrimiento Bajo la Cama
- Capítulo 8: El Primer Intento de Fuga
- Capítulo 9: El Nuevo Régimen
- Capítulo 10: El Mensaje Oculto
- Capítulo 11: La Puesta en Escena
- Capítulo 12: La Visita Inesperada
- Capítulo 13: El Error del Arquitecto
- Capítulo 14: El Viaje Final
- Capítulo 15: El Salto al Vacío
- Capítulo 16: La Fosa de Cal
- Capítulo 17: El Colapso del Ego
- Capítulo 18: El Rescate
- Capítulo 19: El Renacer
- Capítulo 20: La Taquilla 405

Capítulo 1: El Despertar en Blanco

El silencio en la casa no era uno de paz, sino el silencio denso y estriado que precede a las tormentas. Clara Villar parpadeó, sintiendo el escozor de la sequedad en los ojos. La luz de la mañana se filtraba a través de las pesadas cortinas de lino color crema, dibujando franjas oblicuas sobre la alfombra. Todo en su dormitorio estaba milimétricamente ordenado, una estética minimalista que su marido, Héctor, había impuesto como una extensión de su propia

mente arquitectónica. Clara, sin embargo, se sentía como una mancha de caos en medio de tanta simetría.

Se llevó las manos a las sienes y frotó la piel tirante. La niebla mental volvió a saludarla, como lo hacía cada mañana desde el accidente. Hacía seis meses que un tramo de carretera helada, un frenazo y el impacto contra un guardarraíl le habían robado algo más que varias semanas de recuperación física; le habían astillado la memoria.

El dolor en su cabeza latía al ritmo sordo de un metrónomo interno. A su lado, en la mesilla de cristal templado, descansaba un vaso de agua y un pequeño organizador de pastillas. Lunes, martes, miércoles. Las celdas pequeñas estaban rigurosamente separadas. Héctor se ocupaba de rellenarlas cada domingo por la noche. "Es por tu bien, mi amor", solía susurrarle mientras acariciaba su cabello con esa devoción asfixiante que Clara había aprendido a aceptar como amor. "Tu mente necesita descansar. Los médicos dijeron que el trastorno por estrés postraumático requiere constancia".

Constantemente drogada, pensó Clara, aunque la culpa le mordió de inmediato. Héctor había renunciado a viajes de trabajo, a proyectos internacionales, solo para ser su enfermero, su guardián. ¿Quién era ella, una psicóloga clínica de prestigio ahora reducida a un fantasma en su propia casa, para quejarse de la mano que la alimentaba?

La puerta del dormitorio crujió ligeramente. Héctor asomó la cabeza, vestido ya con un impecable traje gris carbón, la corbata aflojada en el cuello con estudiada negligencia. Su sonrisa era el epítome de la tranquilidad.

—Buenos días, preciosa —murmuró, entrando con pasos mullidos. Se sentó en el borde de la cama, provocando que el colchón se hundiera bajo su peso. El olor a su loción de afeitado, una mezcla de sándalo y cítricos, envolvió a Clara—. ¿Cómo ha sido la noche?

—Sin sueños —mintió Clara. Sus cuerdas vocales rasparon. La verdad es que había soñado con lluvia, con luces rojas y con una

angustia helada en el pecho que no podía identificar—. O, al menos, no los recuerdo.

Héctor le acarició la mejilla con el dorso de los dedos, una caricia tibia pero firme. Su mirada, de un castaño intenso, escrutó sus pupilas.

—Eso es bueno. Significa que las pastillas están regulando tus ciclos REM. Tómatelas, por favor.

Clara asintió. Se incorporó con lentitud, sintiendo el habitual mareo vertiginoso, y tomó las píldoras de la celda correspondiente al miércoles. Tres pastillas: una blanca, pequeña y redonda para la ansiedad; una azulada para dormir y un cápsula de vitaminas. Se las tragó con el agua que ya sabía a letargo. Héctor observó la deglución y sonrió, complacido temporalmente.

—Tengo que ir al estudio —dijo él, ajustándose los puños de la camisa—. Hay problemas con el proyecto de la biblioteca municipal. Ana vendrá a ayudarte con la casa al mediodía. Por favor, no intentes hacer el esfuerzo de leer informes ni responder correos. Tu consulta sigue cerrada, la doctora Márquez te está cubriendo bien.

—Lo sé, Héctor. No soy una niña.

—No. Eres mi mujer, y estás enferma —replicó él, la voz repentinamente más dura de lo pretendido. Se aclaró la garganta de inmediato, suavizando el tono—. Solo quiero que te cuides. Llámame si me necesitas.

Héctor besó su frente y abandonó la habitación. Segundos después, Clara escuchó el sonido de la puerta principal cerrándose con su característico doble clic de seguridad, seguido del zumbido del motor del SUV en el exterior arrancando por el camino de grava. Sola de nuevo.

La casa enorme parecía tragarla. Clara se levantó, enfundándose en una bata de seda que le quedaba demasiado grande desde que había perdido apetito. Caminó por el pasillo de suelo radiante hacia la cocina. La luz del sol que lograba penetrar a través del gran ventanal del salón chocaba contra los muebles de diseño y se

dispersaba, fría. Se preparó un té verde. Sus manos, de dedos largos y uñas sin pintar, temblaban imperceptiblemente. Este temblor era otra secuela que la mortificaba. ¿Cómo podría volver a pasar consulta, a sostener su cuaderno de notas clínicas con seguridad frente a sus pacientes graves si sus propias manos delataban una fractura mental?

Sonó el teléfono.

No fue el móvil, cuyo timbre tenía silenciado, sino el fijo de la casa. El agudo *drrrinnn* rebotó contra los techos altos, haciéndola respingar y derramar unas gotas de agua caliente sobre la encimera de granito negro.

Clara se quedó mirando el aparato colgado en la pared. Nadie llamaba al fijo, salvo llamadas comerciales o, muy esporádicamente, familiares. Limpió el agua derramada con un trapo y descolgó el auricular.

—¿Sí? —Su voz sonó distante, rota por el poco uso matutino.

—¿Clara Villar? —La voz al otro lado era profunda, arrastrando una ligera monotonía propia de alguien acostumbrado a dar malas noticias—. Soy el inspector Martínez, de la Policía Nacional.

Clara sintió que el estómago le daba un vuelco. Se aferró al mármol de la isla de cocina.

—Sí, soy yo. ¿Qué ha ocurrido? ¿Es Héctor? ¿Ha tenido un accidente de coche…? —El pánico por un accidente de coche siempre era su pensamiento recurrente; un trauma clásico, lo sabía profesionalmente, pero la teoría de poco servía cuando la taquicardia se disparaba.

—No, señora. Se trata de Mónica Páez. La tenemos en sus contactos de emergencia, figuraba usted como su persona más cercana en la agenda de su teléfono.

El nombre la golpeó como una bofetada. Mónica. Su mejor amiga desde la universidad, la socia en las alegrías de su turbulenta juventud. Mónica, la carismática copropietaria de la galería de arte

en el centro. Mónica, con quien no se hablaba desde la terrible discusión telefónica del viernes pasado, una discusión cuyo motivo Clara apenas lograba reconstruir en su mente narcotizada.

—Sí, soy su mejor amiga —logró decir, apretando los labios—. ¿Qué ha pasado?

Hubo una pausa calculada al otro lado de la línea. El típico protocolo policial para diluir el golpe.

—Señora Villar, lamento comunicarle que Mónica Páez fue encontrada sin vida en su domicilio a primera hora de esta mañana.

Los músculos de las rodillas de Clara cedieron. Cayó lentamente hasta quedar apoyada contra el frío frente de los armarios inferiores. El mundo a su alrededor se redujo a la voz metálica del auricular.

—¿Sin vida? —murmuró, como si la frase estuviera en un idioma extranjero—. ¿Cómo? Ella… ella estaba perfectamente. Hablé con ella hace… hace unos días.

—Aparentemente, se trata de un suicidio, señora. Fue hallada en la bañera. Muñecas seccionadas. Ha sido un vecino quien dio el aviso al ver agua filtrándose por el techo hacia el piso de abajo. Quería preguntarle si sabía usted de algún historial de depresión profunda, intentos autolíticos previos o problemas económicos recientes que pudieran haberla llevado a tomar esta decisión.

Clara no podía respirar. Un zumbido, agudo e insistente, se instaló en su tímpano izquierdo. ¿Mónica, suicidarse? ¿La mujer que amaba comprar zapatos de marca, que planeaba exposiciones con un año de antelación, que adoraba el champán francés y detestaba la simple mención del sufrimiento físico? Mónica, que podía ser frívola, egocéntrica y, a menudo, implacablemente cruel con sus amantes, pero ¿suicida?

—No… no, no lo entiendo —tartamudeó—. Mónica amaba la vida. Nunca ha mostrado tendencias autolíticas o distimia. Ni siquiera ideación suicida pasiva. Soy psicóloga clínica, señor, se lo aseguro. Eso no cuadra con el perfil de Mónica Páez.

—La mente humana oculta muchos secretos, incluso a los profesionales, señora Villar —respondió el policía, con un tono ligeramente condescendiente—. La encontraron con la ropa intacta. Entendemos el impacto. Un agente se pondrá en contacto con usted para hacerle unas preguntas de rutina y que nos ayude a identificar cualquier factor de estrés reciente en su vida. Siento la pérdida.

Clara escuchó el clic de la línea al cortarse. Permaneció sentada en el suelo de su inmensa cocina de diseño durante lo que le parecieron horas, abrazándose las rodillas. Lloró en silencio, sacudida por la culpa. Ella y Mónica habían discutido el viernes. Un grito, un reproche sordo sobre secretos. Clara no lograba recordar las palabras exactas. Su mente estaba borrosa, llena de agujeros negros por la medicación, pero recordaba la ira en la voz de Mónica diciéndole: *"Estás ciega, Clara. Tan maldita y estúpidamente ciega"*.

Cuando Héctor regresó al mediodía, convocado por una Ana preocupada que había encontrado a Clara sollozando en el sofá, la abrazó hasta casi quebrarle las costillas. Él canceló todo, la acostó, oscureció la habitación y le preparó una sopa caliente. Héctor repitió varias veces que lo sentía, que la gente rota a veces toma decisiones irreparables, y que Clara no tenía la culpa de no haber previsto la tragedia.

Él era un baluarte de paz, pero bajo ese barniz protector, Clara percibió por primera vez, desde la bruma de su propio dolor, una frialdad extraña en los ojos de su marido. Una especie de resignación ensayada. Como si la noticia no le hubiera sorprendido en absoluto.

Al día siguiente por la mañana.

Clara se levantó exhausta. A pesar del Valium extra que Héctor le dio por la noche, no había pegado ojo. Mónica desangrándose en una bañera. La imagen era tan vívida, tan espantosamente nítida en su cabeza a pesar de no haberlo visto, que le revolvía el estómago.

Héctor estaba dándose una ducha. El ruido del agua en el baño principal ahogaba todos los demás sonidos. Clara aprovechó para

deambular por el pasillo y abrió la puerta principal, recibiendo el aire gélido de la mañana en el rostro. El buzón exterior rebosaba con la correspondencia de los últimos días que Héctor había olvidado recoger.

Alargó la mano y sacó un puñado de cartas comerciales, revistas de arquitectura y extractos bancarios.

Fue entonces cuando lo vio.

Entre el fajo, asomaba un sobre violeta, pequeño y sin etiqueta de remitente impresa, pero con unos trazos rápidos y nerviosos en tinta negra. Era la caligrafía escarpada e inconfundible de Mónica.

El sello indicaba que había sido enviado el lunes.

Con las manos temblando violentamente, Clara dejó caer el resto de las cartas al suelo de madera de la entrada. Desgarró el papel del sobre con un dedo. Dentro, solo había una nota doblada, arrancada precipitadamente de un cuaderno de dibujo.

La desdobló. La sangre se le heló en las venas, paralizando cada músculo de su cuerpo, al leer una única frase escrita con trazos que denotaban desesperación urgida:

"No confíes en tus propios recuerdos. Él nunca olvidó lo que le hiciste".

Capítulo 2: La Jaula de Cristal

Clara arrugó el papel áspero entre sus dedos sudorosos. Su primer instinto fue gritar el nombre de su marido, llamarlo para que compartiera el peso de aquella revelación macabra. Pero el eco de la nota rebotaba en las paredes de su cráneo: *"No confíes en tus propios recuerdos. Él nunca olvidó lo que le hiciste"*.

¿Él? ¿A quién se refería Mónica?

El ruido del agua en el baño cesó bruscamente. Clara reaccionó con la rapidez del pánico. Dobló la nota de nuevo, la metió en su sobre violeta y se lo guardó en el bolsillo de la bata, aplastándolo contra su

muslo. Se agachó, recogió torpemente el resto del correo esparcido por el parqué y se apresuró a dejarlo sobre la consola del vestíbulo justo cuando Héctor aparecía por el pasillo, secándose el cabello oscuro con una toalla blanca.

Llevaba un pantalón de chándal gris y el torso desnudo. A su edad, seguía manteniendo la misma musculatura fibrosa que la había atraído en la universidad, la seguridad de un hombre que controla todos los aspectos de su entorno.

—Creí oír la puerta, Clari —dijo él, sonriendo con despreocupación al ver el correo—. ¿Te has levantado por el correo? Deberías volver a la cama. Hueles a calle fría.

—Sí… —Clara intentó que su voz no temblara—. Solo necesitaba respirar un poco. Me ahogaba la calefacción. No hay nada importante, catálogos y facturas.

Héctor la observó un segundo de más. Sus pupilas, dilatadas por la penumbra del pasillo, parecían dos pozos insondables. Luego, asintió, apartó la toalla y la rodeó con un brazo cálido, besándole el cuello.

—Hoy me quedaré trabajando desde casa. He derivado a los técnicos al estudio. Quiero estar contigo. Ayer fue un día terrible y prefiero tenerte vigilada.

La palabra "vigilada", hasta entonces un sinónimo de cuidado conyugal en el vocabulario de Héctor, arañó los tímpanos de Clara como el chirrido de una uña en una pizarra. *El nunca olvidó lo que le hiciste…*

—Héctor —dijo Clara, zafándose sutilmente del abrazo bajo la excusa de servir más té—. Mónica está muerta. No puedo quedarme en la cama mirando el techo. Necesito ir a su apartamento. Necesito ver… necesito despedirme a mi manera, recoger algunas de mis pertenencias que tenía allí o ayudar a sus padres con sus cosas… Ellos viven en Santander, son muy mayores para ocuparse ahora mismo.

La mandíbula de Héctor se tensó. El movimiento fue casi imperceptible, pero Clara, experta en microexpresiones faciales por su profesión, lo cazó al vuelo. Un atisbo de contrariedad pura, rápidamente sofocado bajo la pátina del marido preocupado.

—No creo que sea buena idea, cariño. La policía estará allí. Es la escena de un… bueno, de un suicidio. No es un lugar para tu estado de nervios. La doctora Márquez fue clara: cero estrés. Cero impactos emocionales fuertes que puedan desencadenar una amnesia disociativa de nuevo. Tu último episodio duró horas. Si vas allí y ves algo traumático… podrías tener otra laguna mental.

Clara tragó saliva, el sabor amargo de la bilis subiendo por su garganta. Los episodios. A menudo, el estrés le provocaba fugas disociativas: períodos de tiempo, de horas a veces, en los que funcionaba en piloto automático y que luego era incapaz de recordar. Un mecanismo de defensa de su cerebro roto tras el accidente.

—Ayer llamé al inspector Martínez de nuevo —mintió ella, recurriendo a su viejo ingenio clínico para construir una coartada sólida—. Me dijo que ya han levantado el cordón policial del resto del piso al considerarlo suicidio claro. Solo el baño está precintado. Mónica… ella no querría que unos extraños revolviesen sus fotografías íntimas antes que yo.

Héctor suspiró, frotándose el puente de la nariz en un gesto característico de agotamiento.

—Está bien. Si de verdad crees que te ayudará a cerrar el proceso de duelo… te llevaré. Pero me quedaré a tu lado todo el tiempo. Y a la mínima señal de ansiedad, nos volvemos a casa.

Clara asintió mecánicamente. El plan original era ir sola y registrar el apartamento en busca de pistas que explicaran la nota secreta, pero Héctor no le daba tregua. Tendría que ser más lista que él si quería encontrar lo que fuera que Mónica le había ocultado.

Dos horas después, el todoterreno de Héctor aparcaba frente al elegante edificio de estilo modernista donde vivía Mónica. El cielo gris plomo amenazaba tormenta. El rellano del quinto piso estaba

silencioso, oliendo todavía levemente a desinfectante industrial y a ese aroma dulzón a cobre y encierro que deja la muerte tras de sí.

Héctor le pidió a solas al conserje —un hombre mayor con los ojos llorosos— la llave de repuesto de Mónica, argumentando que Clara, su mejor amiga, tenía permiso para recoger efectos personales y la ropa para la funeraria.

Al abrir la pesada puerta de roble, una ráfaga de aire viciado los recibió. El apartamento de Mónica Páez era un fiel reflejo de su personalidad: extravagante, vibrante, lleno de arte contemporáneo estridente y muebles de diseño italiano que costaban lo que varias nóminas. Pero ahora, sumido en la penumbra de las persianas bajadas, parecía un mausoleo opresivo de terciopelo y cromo.

—Espera aquí en el salón. Abriré algo las ventanas para ventilar —dijo Héctor, adelantándose hacia los grandes ventanales.

Clara aprovechó la distracción. Sus piernas, pastosas por los ansiolíticos de la mañana, la llevaron casi por inercia hacia el pasillo que conducía a las habitaciones. A la izquierda, la puerta del cuarto de baño principal estaba sellada con una cinta policial amarilla que rezaba "NO PASAR". Un escalofrío le recorrió la columna vertebral al imaginar a Mónica allí dentro, en la bañera de mármol que tanto adoraba, tiñendo el agua de rojo.

Se obligó a apartar la mirada y empujó la segunda puerta a la derecha. El dormitorio principal de su mejor amiga. La cama King-size estaba deshecha, las sábanas de seda negra revueltas en un caos que no parecía producto de una noche intranquila de sueño, sino de una agitación profunda. Había ropa esparcida por el sillón descalzador, y en la cómoda, los perfumes de Mónica descansaban impávidos.

Clara se acercó al tocador. Su instinto le decía que la respuesta a *"Él nunca olvidó lo que le hiciste"* no iba a estar a la vista. Mónica era una maestra del drama y de los secretos a voces. A Clara le extrañaba, de hecho, que se hubiera suicidado. Si Mónica quería

irse, lo haría dejando una obra de arte, una última y grandilocuente actuación.

—¿Clara? ¿Dónde estás? —La voz de Héctor sonó desde el pasillo, resonando en el silencio fúnebre.

—¡En… en la habitación, cogiendo la ropa para el velatorio! —gritó Clara, sintiendo que el corazón le latía desbocado.

Su mirada recorrió la estancia con pánico. Abrió los cajones de la mesita de noche. Lubrificantes, pastillas para dormir de venta libre, un antifaz de satén. Nada anormal. Revisó el joyero; varias pulseras de oro y anillos ostentosos intactos, así que no había sido un robo que terminara mal fingiéndose suicidio.

Se giró hacia la gran cama deshecha. Un impulso inexplicable la obligó a arrodillarse sobre la gruesa moqueta de pelo largo. La alfombrilla absorbía el sonido de sus rodillas chocando contra el suelo.

Inclinó la cabeza para mirar debajo de la cama. Al principio, en la profunda oscuridad del hueco, solo vislumbró pelusas y el borde de una caja de zapatos fuera de su sitio. Pero entonces, la luz oblicua de la rendija de la persiana destelló sobre algo metálico, a un palmo de la pata de la cama, en el lado donde Mónica solía dormir.

Clara estiró el brazo, ignorando el polvo que se pegaba a las mangas de su carísimo jersey de cachemira. Sus uñas rozaron el objeto y lo atrajo hacia sí, sacándolo a la poca luz natural que había en la estancia.

Era un pendiente. Un elegante aro de plata coronado por una única perla negra de Tahití.

El aliento se le cortó en seco de forma tan violenta que casi se atraganta con la saliva. Clara se llevó una mano a su propio lóbulo izquierdo, de forma automática e instintiva.

Aquel pendiente era suyo.

Héctor se lo había regalado en su último aniversario de bodas, antes del maldito accidente de coche. Eran sus pendientes favoritos, los

que usaba únicamente en ocasiones especiales porque la perla negra era absurdamente cara y delicada. Había dado por perdido el par izquierdo hacía exactamente una semana. Recordaba haber revoloteado por su propio vestidor en casa, maldiciendo por su pérdida, echándole la culpa a Ana, la chica de la limpieza, y a sus propias lagunas mentales, incapaz de recordar dónde lo había puesto por última vez.

Pero no lo había perdido en su casa.

Estaba allí, bajo la cama de la mujer que acababa de morir ahogada en su propia sangre.

Clara se acercó la pequeña joya a los ojos. El aro de plata que debía ensartarse en el lóbulo de la oreja no brillaba como de costumbre. Estaba recubierto por una fina película de un marrón oxidado y costroso. Escamas secas que se desprendían levemente al rozarlas con la yema del pulgar. Sangre vieja.

Una náusea tremenda, feroz y asfixiante, le subió por el esófago. Su mente empezó a dar frenéticos latigazos de lógica. Si no veía a Mónica desde la semana pasada, y la discusión telefónica había sido el viernes… ¿cómo había llegado su pendiente allí? ¿Por qué la noche de la muerte de Mónica (el martes anterior, según el forense), Clara no lograba recordar absolutamente nada de lo que ella misma había hecho entre la hora de cenar y las tres de la madrugada?

Héctor le había dicho que había sufrido un fuerte episodio disociativo. Que la había acostado después de que ella deambulara en bata por el jardín de su casa, balbuceando cosas sin sentido. Clara lo había aceptado. Había tomado sus pastillas con gratitud tras aquel supuesto apagón mental.

Pero ahora… con el pendiente manchado en la mano…

No confíes en tus propios recuerdos.

¿Había estado ella en el apartamento de Mónica esa noche? ¿Su mente enferma bloqueó el recuerdo de un crimen atroz que ella misma había perpetrado en un ataque de estrés o rabia contenida? ¿Había sido ella la causante de la muerte de su mejor amiga, y el

pendiente era la prueba muda de su propia monstruosidad incontrolable? Mónica le dijo por teléfono: “Estás ciega, Clara”. ¿Ciega a qué?

Los pasos densos de Héctor resonaron por el pasillo de madera, acercándose al dormitorio a toda prisa.

—Clara —dijo él, y su voz no traía consuelo, sino la autoridad fría de un centinela—. Te he dicho que no rebuscaras. Estás pálida. Estás hiperventilando. Te va a dar un ataque de ansiedad.

Clara cerró el puño a la velocidad del rayo, con una fuerza desesperada que hizo que la perla se clavara en la palma de su mano, ocultando la sangre seca a la vista escrutadora de su marido.

—Estoy bien —mintió. Nunca había mentido de manera tan fluida y aterrorizada, sabiendo que si él abría su puño a la fuerza para calmar sus nervios, todo saltaría por los aires—. Solo… solo he encontrado su jersey favorito. Vámonos, Héctor. Empezamos a ser un estorbo aquí.

Héctor asintió, lentamente. Con la vista clavada en el puño rígido y tembloroso de su mujer, rodeó sus hombros y la empujó suavemente hacia la salida, bajo la pesada opresión que amenazaba con devorar la escasa cordura que le quedaba a Clara.

Capítulo 3: El Eco en la Bañera

El trayecto de vuelta a casa transcurrió en un silencio tan denso que parecía tener masa propia. Clara, sentada en el asiento del copiloto, mantenía la vista fija en las gotas de lluvia que empezaban a estrellarse contra la ventanilla, distorsionando las luces de la ciudad. Su mano derecha seguía sumergida en el bolsillo del abrigo, aferrando la pequeña y condenatoria perla manchada de sangre hasta que los bordes metálicos del engarce amenazaron con rasgarle la piel.

Héctor conducía con una precisión casi robótica. Sus nudillos, pálidos por la fuerza con la que agarraba el volante forrado en cuero, eran el único indicio de la tensión que latía bajo su fachada de calma. No

preguntó qué le pasaba. No insistió en el repentino ataque de pánico que ella había fingido para huir del dormitorio de Mónica. Ese era uno de los rasgos más desconcertantes de su marido: su capacidad para ignorar las crisis emocionales hasta que podía medicalizarlas o gestionarlas en un entorno controlado.

En cuanto cruzaron el umbral de su casa, el alivio físico de Clara duró apenas un segundo antes de transmutarse en un terror primitivo. El refugio seguro de su hogar de diseño se sentía ahora como el interior de una celda.

—Ve a recostarte, cariño. Te prepararé una infusión de pasiflora —dijo Héctor, encendiendo la calefacción por zonas desde el panel domótico del vestíbulo—. Te lo advertí. Ha sido demasiada exposición al trauma.

Clara asintió sin mirarle a los ojos, temiendo que la aguda inteligencia analítica de Héctor leyera la duda atroz que la consumía. Subió las escaleras a paso rápido, entró en el dormitorio principal y cerró la puerta. Solo entonces sacó la mano del bolsillo.

Abrió los dedos. La perla negra descansaba sobre su palma, sucia y acusadora.

Se acercó al lavabo del cuarto de baño y abrió el grifo. Con un algodón y una gota de alcohol, limpió cuidadosamente las escamas cobrizas, observando cómo el líquido teñido de marrón giraba por el sumidero, perdiéndose en las cañerías como sus propios recuerdos. Una vez limpia, la perla recuperó su brillo oscuro y perfecto. La envolvió en un pañuelo de papel y la escondió en el fondo de una caja de tampones en el armario del baño, el único lugar de la casa que sabía, con certeza absoluta, que Héctor jamás revisaría.

La respiración se le aceleró. Un ataque de pánico genuino empezaba a clavarle garras de hielo en los pulmones. Se apoyó contra los azulejos fríos, deslizándose hasta el suelo, abrazando sus rodillas.

¿Asesiné a Mónica? La pregunta era grotesca. Inconcebible. Y, sin embargo, la amnesia disociativa era un demonio caprichoso capaces de devorar atrocidades completas. Clara lo sabía bien por su

experiencia con pacientes víctimas de violencia severa: la mente bloquea el horror para proteger al organismo del desmantelamiento total. Si Mónica la había provocado, si la había herido de una manera profunda e insoportable durante aquella última llamada el viernes… ¿había ido Clara el martes por la noche a exigir respuestas? ¿Había perdido ella misma el control?

El sonido del timbre de la puerta principal, grave y resonante, la arrancó de sus cavilaciones oscuras.

Clara se puso en pie de un salto, secándose las lágrimas furtivas y alisándose el jersey. Al salir al rellano del segundo piso, escuchó la voz de Héctor en el piso de abajo, mezclándose con otra voz masculina, de barítono, profesional y mesurada, pero firme.

Clara descendió las escaleras con lentitud. En el vestíbulo, junto a la puerta abierta que dejaba entrar una ráfaga de aire helado, estaba Héctor, bloqueando el paso con su cuerpo ancho. Frente a él, sacudiendo un paraguas oscuro, había un hombre alto, vestido con una gabardina gastada y un traje que denotaba demasiadas horas de oficina mal pagada.

—Inspector Robles, ya le he dicho a su compañero por teléfono que mi esposa no está en condiciones de responder a… —Héctor calló al escuchar el crujido del zapato de Clara en el último escalón.

El hombre de la gabardina alzó la vista. Tenía el cabello ralo, los ojos oscuros rodeados de ojeras crónicas y una mandíbula tensa que Clara habría reconocido en cualquier parte.

—Gabriel —susurró Clara, perpleja.

El inspector Gabriel Robles esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Doctora Villar. Cuánto tiempo. Siento las circunstancias.

Hace tres años, Gabriel Robles había sido su paciente, derivado por el departamento de asuntos internos de la policía tras un tiroteo en el que su compañero novato había muerto. Clara había pasado sesiones maratonianas reconstruyendo la psique destrozada del

inspector, ayudándole a perdonarse a sí mismo por haber disparado un segundo tarde. Conocía las grietas del alma de ese policía mejor que las del suyo propio.

—¿Se conocen? —intervino Héctor, su tono cortés ahora teñido de una afilada incredulidad.

—La doctora Villar me salvó mi placa y probablemente la vida hace unos años, señor Villar —respondió Robles, sin dejar de mirar a Clara—. Es una psicóloga brillante. De las que leen más allá de lo que uno dice.

El cumplido, en este contexto, no reconfortó a Clara. Si Gabriel era quien leía las microexpresiones ahora, el terror latente de Clara estaba siendo retransmitido en alta definición.

—Gabriel… ¿qué haces tú aquí? Pensé que el suicidio de Mónica lo estaba llevando otra comisaría —dijo Clara, bajando los escalones restantes e invitándolo a pasar, ignorando conscientemente la postura rígida de Héctor.

Robles entró, frotándose las manos frías.

—Eso creíamos al principio. Pero los resultados preliminares del forense llegaron hace un par de horas a nuestra unidad de homicidios. —Robles clavó su mirada profesional en Clara—. La señorita Páez no se suicidó, doctora.

La palabra colgó en el aire del vestíbulo como una sentencia de muerte. Héctor se tensó, cruzando los brazos sobre su pecho, asumiendo instantáneamente su papel de protector agresivo.

—¿De qué demonios habla, inspector? Las venas estaban cortadas. La encontraron en la bañera.

—Así es, señor Villar. Pero el forense encontró niveles letales de un potente sedante de uso hospitalario en su torrente sanguíneo, inyectado vía intravenosa. Y no hallaron rastro de la jeringuilla ni del frasco en ninguna parte de la casa, ni en los cubos de basura del edificio. Alguien la sedó primero, tal vez mientras dormía, y luego escenificó el corte de venas en el agua caliente para simular un

suicidio y lavar las posibles pruebas de defensa. Es homicidio, y uno muy calculador.

El estómago de Clara experimentó una caída libre. Un dolor sordo le punzó la sien izquierda. Homicidio. Asesinato. Alguien había matado a Mónica. *¿Yo? ¿Por qué inyectaría un sedante de uso hospitalario?* Clara era psicóloga clínica, pero tenía prescripciones psiquiátricas a su disposición antes de coger la baja; Héctor era arquitecto; ninguno de los dos era médico intensivista, pero cualquiera podía conseguir mercado negro.

—Dios santo… —murmuró Clara, llevándose una mano al pecho—. ¿Quién podría querer matar a Mónica?

—Esa es la pregunta del millón, y por eso estoy aquí —dijo Robles, sacando una pequeña libreta de anillas del bolsillo de su gabardina gruesa—. Doctora, sé que no está en activo y que ha sufrido estrés postraumático severo recientemente. No pretendo agobiarla, pero usted era su contacto de emergencia. Sé, por propia experiencia, que su instinto para evaluar a las personas es infalible. ¿Tenía Mónica enemigos? ¿Amantes despechados? ¿Problemas de dinero en la galería de arte?

—Mónica era… complicada —empezó Clara, eligiendo las palabras con cuidado, muy consciente de la respiración superficial y pausada de Héctor a sus espaldas—. Era carismática y atraía a todo el mundo, pero solía terminar las relaciones de forma brusca. Cansándose. No sé los nombres de sus últimos acompañantes. Era muy reservada sobre su vida privada, irónicamente.

—El viernes pasado, usted y ella hablaron por teléfono durante cuarenta y dos minutos, doctora. Según su compañía telefónica, fue la última llamada saliente del móvil de Mónica antes de apagarse.

El dato técnico cayó como una losa. Robles no estaba allí solo como un viejo conocido buscando consejo profesional; estaba interrogando a la última persona que tuvo contacto directo registrado con la víctima.

—Tuvimos una pequeña discusión —admitió Clara, sintiendo que la garganta se le secaba—. Tonterías. Temas de la galería que yo quería vender porque ya no ejerzo y no puedo mantener la parte financiera, y ella se negó en rotundo. Cosas de socias. Pero nada grave o irreparable. Estaba enfadada y colgó.

—Entiendo. —Gabriel Robles anotó algo en la libreta. Levantó la vista, y sus ojos oscuros, entrenados para detectar la mentira, se clavaron en ella—. Doctora Villar, por puras cuestiones de descarte perimetral que ya conoce bien, ¿podría indicarme dónde se encontraba el martes pasado, el día del crimen, entre las nueve de la noche y las tres de la madrugada?

Clara sintió que el suelo de parqué se abría bajo sus pies. El martes por la noche. La laguna mental. Las cinco horas perdidas flotando en un éter oscuro y sedado. Su pendiente lleno de sangre.

Iba a abrir la boca para tartamudear una excusa, pero Héctor dio un paso adelante, posicionándose enfrente de ella, como un escudo de carne y traje caro, bloqueando la visión del inspector.

—Mi esposa y yo estuvimos aquí en casa, inspector Robles — intervino Héctor, con una voz tan firme y monótona que carecía de cualquier atisbo de duda. Era la voz de alguien que dice que la hierba es verde—. Cenamos pronto. Clara sufre problemas de insomnio, así que le administré su medicación pautada a las diez en punto y la acosté. Yo estuve trabajando en el estudio de diseño de abajo hasta las dos de la mañana y luego me fui a dormir. Nadie entró y nadie salió. Tenemos cámaras de seguridad en el perímetro perimetral exterior de la urbanización, si gusta comprobarlas.

Clara se quedó petrificada a la espalda de su marido. Héctor le acababa de fabricar una coartada de hierro fundido. Sin dudarlo un segundo. Estaba asumiendo el riesgo de mentir a la policía. Pero, ¿por qué? ¿Para proteger a Clara porque él *sabía* de su laguna mental nocturna y temía que se metiera en problemas que agravaran su estado? ¿O porque Héctor también tenía algo que ocultar esa misma noche?

Gabriel Robles permaneció impasible ante la irrupción de Héctor. Su mirada se desvió un milímetro, buscando contacto visual directo con Clara a pesar de la obstrucción del hombre.

—Queda anotado, señor Villar —dijo Robles, cerrando la libreta con un chasquido suave—. Le agradezco mucho su cooperación. El forense está trabajando a destajo. Encontraremos la hebra del hilo tarde o temprano.

—Cualquier cosa que necesiten, llamen a mi estudio, por favor —dijo Héctor, en un claro despido diplomático—. No llamen al fijo de la casa si no es estrictamente necesario, Clara necesita descansar y procesar esto.

—Por supuesto. Adiós, doctora. Y… siento la pérdida de su amiga. Cuídese mucho.

Robles se marchó, su figura desapareciendo bajo la lluvia plomiza. Cuando la puerta se cerró, Héctor soltó un fuerte resoplido, dándose la vuelta para encarar a Clara. Su rostro estaba enrojecido por una cólera contenida que raras veces asomaba a la superficie de sus perfectas facciones.

—¿Se puede saber por qué le has dado carrete? —siseó Héctor, agarrándola por los hombros. No apretaba para hacer daño, pero la presión era firme, inamovible—. Ese hombre es un sabueso. Si huele que tu mente está inestable, nos convertiremos en el objetivo de una investigación oficial. Un loco suelto comete un error y lo cogen, pero no pienso permitir que utilicen tu enfermedad psiquiátrica como coartada fácil para solucionar esto limpiamente. ¡Te quedarás en casa, aislada, hasta que esto escampe!

Clara se zafó con un movimiento brusco, aterrorizada por la vehemencia repentina de Héctor.

—¡Me estaba haciendo preguntas de rutina, Héctor! ¡Soy su amiga! —gritó Clara, la voz quebrándosele agudamente—. ¡Y le has mentido! Dijiste que me acostaste el martes. Pero no lo recuerdas ¿verdad? Tú me dijiste el miércoles que sufrí un episodio disociativo

y que me encontraste paseando sola por el jardín a mediodía, bajo la lluvia, sin saber qué hacía allí. ¿Por qué le has mentido a Robles?

Héctor la miró fijamente, con los labios tan apretados que formaban una línea blanca. Acto seguido, en un parpadeo, la tensión se disipó como humo barrido por el viento. Su expresión se relajó, retornando a la del marido compasivo y triste, aunque una vena pálida seguía palpitando en su sien.

—Para protegerte, cariño. Para que no te agobies —mimó Héctor, acariciándole el pelo de nuevo—. Tu cerebro no resistiría las horas de interrogatorio de una sala vacía en comisaría, intentando forzar recuerdos que no están ahí. Déjame esto a mí, ¿de acuerdo? Yo cuido de ti. Ve a tomarte tu pastilla de urgencia. Estás sudando.

Clara asintió mecánicamente, presa de una turbulenta mezcla de dolor, confusión y un miedo visceral e instintivo que le gritaba que corriera.

Subió al baño de la suite principal y cerró con pestillo. Sacó el recipiente semanal de pastillas y miró el compartimento del "Uso S.O.S", donde guardaba sus píldoras de rescate para los ataques de gran ansiedad. Pastillas que conocía bien: ovaladas, blancas relucientes, con una pequeña ranura transversal para dividirlas y las letras "ALP" grabadas a presión en relieve en un lateral. El ansiolítico clásico.

Pero esta vez, cuando volcó la cápsula sobre la palma abierta de su mano y la miró bajo la potente luz blanca del espejo de maquillaje, un terror más helado que el de la escena del crimen se adueñó de ella.

La pastilla era blanca, sí. Era ovalada, sí. Con una ranura, sí.

Pero era sutilmente distinta. El tono de blanco tenía un ligerísimo tinte calcáreo, más opaco. Y las letras "ALP" no estaban grabadas a presión. Era lisa.

Alguien había cambiado su medicación por otra cosa idéntica a simple vista, pero distinta. Alguien que la quería mansa, confundida, y, llegado el caso, dócil ante instrucciones repetitivas. Y el único en

aquella casa que gestionaba y organizaba su pastillero religiosamente cada domingo por la noche, era Héctor.

Capítulo 4: La Sombra del Viudo

Era la primera vez en seis meses que Clara deslizaba deliberadamente la pastilla blanca sin marca por el desagüe del lavamanos, observando cómo se disolvía lentamente en una lechada espesa antes de desaparecer. Dejó correr el agua caliente para borrar cualquier resto de tiza en la porcelana.

El miedo era un animal rabioso latiendo en su vientre.

Héctor la estaba drogando. No con los ansiolíticos de la doctora Márquez que se suponía que estaba comprando en la farmacia, sino con algo más. Algo que embotaba sus sentidos, que dilataba los tiempos muertos y que, en dosis altas, era perfectamente capaz de inducir una amnesia retrograda y anterógrada total. Las "fugas disociativas" que Héctor describía con tanta pena frente a los demás no eran secuelas de la mente rota de Clara. Eran apagones químicos inducidos por su propio marido.

¿Por qué?

Clara se apoyó en el borde del lavabo, respirando entrecortadamente. Las implicaciones eran tan monstruosas que su cerebro, entrenado en estructurar la psique humana, amagaba con cortocircuitarse y rechazar la idea. Si Héctor había alterado su medicación, llevaba haciéndolo meses. Desde el accidente de coche. Pero Mónica había escrito horas antes de morir que "él nunca olvidó lo que le hiciste". Héctor y Mónica. ¿Qué los unía en esta conspiración de silencios y drogas?

Un golpe seco en la puerta del baño la hizo dar un bote.

—¿Clari? ¿Te encuentras mal de nuevo? Llevas ahí quince minutos — la voz de Héctor era un ronroneo grave filtrado a través de la madera.

—No… estoy bien. Acabo de tomarme el S.O.S. Ya salgo —logró vocalizar Clara, esforzándose por imitar el tono pastoso que solía tener cuando la pastilla hacía efecto.

Abrió la puerta. Héctor estaba allí plantado, con los brazos cruzados y el móvil en una mano, vestido con una impecable camisa blanca arremangada. Su mirada bajó de inmediato hacia el estante de cristal frente al espejo, buscando el pastillero semanal. Comprobó, con una pericia tan natural que helaba la sangre, que el compartimento de urgencia estaba vacío. Un destello de satisfacción minúscula, imperceptible para nadie que no supiera qué buscar, cruzó sus facciones.

—Bien. Baja a cenar cuando te sientas mejor. He pedido sushi de ese sitio caro que te encanta. Necesitas reponer fuerzas.

Clara asintió y fingió trastabillar un poco. Héctor la sujetó por el codo con una delicadeza escalofriante. "Vomitivo", pensó Clara. "Cada roce suyo ahora me resulta vomitivo y amenazante".

Las siguientes diez horas sin la dosis nocturna habitual fueron un descenso en caída libre a los infiernos de la neuroquímica. Su cuerpo, adicto a la dosis constante de aquel narcótico encubierto, empezó a protestar violentamente por el síndrome de abstinencia abrupto.

A las tres de la madrugada, mientras Héctor dormía a su lado en la gran cama matrimonial, respirando con la cadencia tranquila de los inocentes, Clara se retorcía bajo las sábanas. Empapada de un sudor helado y pegajoso, cada fibra nerviosa de su piel le escocía como si le estuvieran frotando lana de vidrio bajo la dermis. La mandíbula le temblaba incontrolablemente. Tuvo que morder la funda de la almohada de seda para amortiguar el sonido del castañeteo de sus propios dientes.

La cabeza le iba a estallar. Pero junto con el dolor, la niebla perpetua que había envuelto sus pensamientos desde hacía meses empezó a resquebrajarse, permitiendo que la luz entrara por las grietas.

Y con la luz, vinieron las imágenes.

No fueron recuerdos estructurados, sino *flashes* agresivos, como fogonazos de una luz estroboscópica en una discoteca oscura.

Flash.

Lluvia golpeando el parabrisas de un coche desde el asiento del copiloto. El olor a pino mojado.

Flash.

El destello de una farola callejera reflejándose en las baldosas blancas y negras del portal de Mónica. La sensación de pesadez extrema en las piernas.

Flash.

Sangre.

Clara abrió los ojos de golpe en la oscuridad de su habitación, ahogando un grito en la garganta. La imagen había sido letalmente nítida, grabada a fuego en el hipocampo. *Sus propias manos*. Sus manos de dedos largos, temblando compulsivamente, sumergidas en un agua teñida de un rojo escarlata brillante, opaco, viscoso. El agua tibia de una bañera.

La náusea la golpeó con la fuerza de un misil. Clara saltó de la cama, corrió al baño de puntillas y vomitó la escasa cena de sushi en el inodoro, apretándose el estómago, intentando hacer el menor ruido posible ahogando las arcadas con una toalla.

Lloró en silencio, de rodillas sobre las baldosas. "Fui yo", se dijo, presa del terror más absoluto. "Dios mío, fui yo. Mis manos estaban sumergidas en la bañera de Mónica. Yo la empujé, yo la inyecté, yo me aseguré de que muriera desangrada. ¿Por qué iba a hacerlo? No recuerdo el porqué. No recuerdo nada más".

Si acudía a la policía a confesar lo del pendiente y el recuerdo fragmentado de las manos ensangrentadas, la encarcelarían de por vida, o lo que era peor en su mente clínica, la encerrarían de forma indefinida en un centro psiquiátrico de alta seguridad, anulada, drogada legalmente, perdiendo el control de lo único que le quedaba: sí misma.

Pasaron los minutos. Su mente clínica, espoleada por la purga de las drogas, empezó a luchar a la desesperada contra el pánico emocional.

Piénsalo bien, Clara, se dijo, apoyando la frente sudorosa en el borde frío de la bañera de su propia casa. *Héctor te dijo que esa noche deambulaste por el jardín, que tuviste un episodio "fuerte" y que no saliste de casa. Robles tiene un vídeo de calle que aún no has visto (o del que no te ha hablado) o alguna prueba contundente, pero Héctor mintió para darte una coartada de hierro.*

¿Por qué Héctor cometería perjurio arriesgando su intachable reputación de arquitecto millonario para proteger a una mujer enferma? ¿Amor? No encajaba con el desprecio clínico de darle pastillas falsas.

¿Y si Héctor la había llevado allí? ¿Y si Héctor la había conducido al baño, bajo los efectos de esa droga de sumisión misteriosa que borraba la memoria a corto plazo, y le hundió las manos en la sangre de Mónica para transferir algún tipo de residuo, borrando la huella del verdadero verdugo y creando el chivo expiatorio perfecto?

Clara se irguió. La fragilidad se transmutó, de repente, en rabia. Una rabia fría, blanca y afilada como el hielo. Mónica le había dejado una carta de advertencia. Quienquiera que matase a Mónica, quería que Clara pareciese culpable de antemano ante los ojos de su amiga suicida, o quizás Mónica sospechaba de Héctor y quería dejar la miga de pan.

Por la mañana, la verdadera batalla comenzó.

Clara se duchó con agua helada para despabilarse, se maquilló sutilmente las pronunciadas ojeras que delataban su insomnio, y bajó a la cocina.

Héctor estaba preparando café expreso en la máquina italiana. Cuando Clara entró, dejó la jarra en la encimera y se acercó a ella, agarrándole la cara con ambas manos de forma posesiva, examinando sus pupilas constreñidas por la claridad matinal.

—Te veo muy pálida. Y tensa. He hablado con la doctora Márquez; le he dicho que estás sufriendo un rebrote ansioso debido al shock de la noticia de Mónica. Me ha autorizado subirte la dosis un miligramo esta mañana para que puedas estar tranquila en casa —anunció Héctor, su tono suave, sedoso, como el de una serpiente reptando por el mármol.

Clara contuvo el impulso de escupirle a la cara y arañarle los ojos. Se obligó a relajar los músculos del cuello y a esbozar una leve sonrisa de gratitud que sabía amarga a hiel.

—Gracias, cariño. Tienes razón. La tensión de Gabriel anoche… me dejó descolocada. Me duele la cabeza horrores. Tráeme el vaso de agua.

Héctor sonrió, encantado por la docilidad. Volvió de la despensa no con el pastillero que utilizaba Clara a diario, sino con un pequeño frasco ámbar, escondido detrás de las vitaminas. Vertió dos pastillas en su propia mano —el ansiolítico blanco liso y otra nueva cápsula azul opaco que Clara nunca había visto— y se las tendió, junto con el agua.

—Tómatelas, amor. Descansarás un par de horas como un angelito. Yo estaré trabajando abajo en el despacho.

Esta vez, Héctor no apartó la vista. Se cruzó de brazos, esperando pacientemente a que se las llevara a la boca. La estaba vigilando, imponiendo indirectamente su voluntad física y psicológica.

Clara cogió las pastillas. En un movimiento rápido que había ensayado mentalmente frente al espejo del baño la noche anterior, se llevó las pastillas a los labios junto con el vaso, pero en lugar de tragarlas, las alojó expertamente bajo la parte posterior de la lengua, en el piso de la boca, tragando solo un gran sorbo de agua ruidosamente.

Volvió a abrir la boca para enseñarle que estaba vacía, el truco clásico de los pacientes psiquiátricos rebeldes en las instituciones que ella misma había dirigido años atrás.

—Mmm… saben a yeso —balbuceó Clara.

—Es por tu bien. Ve al salón, cariño. Tápate con la manta de punto.

En cuanto Héctor se dio la vuelta para apagar la cafetera, Clara se escabulló hacia el salón. Escupió las pastillas empapadas sobre un trozo de papel de cocina y las guardó en su bolsillo. Se tumbó en el sofá chaise-longue, cerró los ojos y aflojó todos los músculos de su cuerpo, regulando su respiración hasta simular un sopor profundo.

Ochenta minutos después, cuando fingió un pequeño ronquido ahogado, escuchó la puerta del estudio de la planta baja cerrarse cautelosamente. Héctor creía que ya estaba sumida en el letargo inducido a prueba de bombas.

Clara abrió los ojos. La casa estaba sumida en un silencio de tumba.

Se levantó del sofá sin hacer ruido, dejando las zapatillas en la alfombra para caminar descalza sobre el roble hasta las escaleras que bajaban al sótano reformado. Héctor había convertido esa enorme sala en su estudio de arquitectura privado: cristales insonorizados, cerradura electrónica de alta seguridad y una puerta maciza.

Pero Clara sabía que a Héctor le gustaba dejar la puerta encajada para que circulara el aire cuando estaba solo, seguro de que su mujer estaba anestesiada arriba.

Descendió los peldaños en penumbra aguantando la respiración. Al asomarse por el quicio estrecho de la puerta entreabierta, pudo ver la gran mesa de dibujo inclinada. A Héctor no le interesaban los planos físicos hoy. Estaba sentado en su sillón ergonómico frente al monitor doble del ordenador de sobremesa.

Clara aguzó la vista, entrecerrando los ojos, oculta en las sombras del hueco de la escalera.

Héctor no estaba usando AutoCAD, ni su software de renderizado tridimensional. Estaba tecleando deprisa en una ventana negra: un programa de cifrado de alta encriptación militar. Clara vio cómo introducía una contraseña larguísima para desbloquear un volumen oculto dentro de sus propios discos duros externos.

Una vez que el candado rojo se volvió verde, la pantalla explotó en un mar de subcarpetas en miniatura.

La carpeta raíz desvelada en mayúsculas gigantescas, ocupando el centro de la pantalla brillante, no dejaba lugar a dudas.

Llevaba el nombre: *"PROYECTO: M"*.

Bajo esa carpeta principal, la mirada aterrorizada de Clara atisbó rápidamente decenas de nombres de subcarpetas que le robaron el aliento antes de que Héctor minimizara la ventana y abriera su correo electrónico.

Las carpetas se llamaban: *Audios_Sesiones*, *Informes_Legales_Incapacitación*, y *Dosis_Progresivas_Fase_2*.

El aire de los pulmones de Clara se esfumó por completo. El Proyecto M no era Mónica. O no solamente Mónica. Héctor llevaba un registro exhaustivo de su envenenamiento; estaba planeando incapacitarla legalmente para usurpar algo, todo, o simplemente para deshacerse de ella sin ensuciarse de sangre.

Y si Clara no actuaba rápido, la Fase 2 terminaría de forma inminente, con un ataúd o la reclusión de por vida en un pabellón acolchado, cargando con el asesinato de su mejor amiga.

Capítulo 5: La Píldora del Olvido

Clara retrocedió por el pasillo del sótano, pisando exactamente sobre las huellas invisibles por donde había venido. El corazón le martilleaba en la garganta con la fuerza de un pistón, pero su mente, libre por primera vez en medio año del grillete químico que Héctor le suministraba, operaba con una lucidez gélida.

Llegó a la planta de arriba sin hacer el menor ruido, se tumbó nuevamente en el sofá del salón y se cubrió con la manta de punto. Diez minutos después, cuando Héctor subió para comprobar su letargo, cerró los ojos y aflojó la mandíbula, ofreciéndole la estampa perfecta de la esposa dócil y anestesiada. Héctor le acarició el pelo con devoción y volvió a su despacho.

Al día siguiente, Clara aprovechó que a media mañana Héctor tenía una ineludible videoconferencia de dos horas con unos inversores dubaitíes para ejecutar su primer contraataque.

Simuló estar profundamente dormida tras la dosis matutina (que volvió a escupir discretamente en una servilleta de papel), espero quince minutos y, cuando escuchó la voz profunda de Héctor al teléfono a través de la gruesa puerta del sótano, salió de la casa a hurtadillas.

El aire frío del mediodía pamplonés le azotó el rostro. No cogió su coche; Héctor tenía la aplicación de rastreo del GPS conectada a su móvil bajo la excusa de "seguridad en caso de pérdida de memoria". Paró un taxi en la gran avenida perimetral de la urbanización y le indicó una dirección en el centro histórico de la ciudad.

La Galería *Lumina* se alzaba en una calle peatonal empedrada, un escaparate diáfano de cristal y acero que contrastaba agresivamente con las fachadas vetustas de la zona. Clara empujó la pesada puerta de cristal. La campanilla tintineó de forma alegre, un sonido que le revolvió el estómago por su cruel desconexión con la realidad.

Marta, la joven asistente de exposiciones, levantó la vista del mostrador de recepción. Sus ojos se abrieron de par en par, mostrando un halo rojo causado por el llanto reciente.

—¡Clara! Dios mío, doctora Villar… —Marta se apresuró a rodear el mostrador y la abrazó con torpeza—. Qué tragedia. No me lo puedo creer. Nadie se lo puede creer. Mónica… ella…

—Lo sé, Marta. Lo sé —la cortó Clara suavemente, devolviéndole el abrazo de forma fugaz—. Ha venido todo muy de golpe. Necesito entrar en su despacho un momento, ¿está la policía aquí?

Marta negó con la cabeza, secándose la nariz con un pañuelo de papel.

—Vinieron ayer. Dos hombres de paisano, uno de ellos con una gabardina horrorosa. Revolvieron un poco los papeles del escritorio, me hicieron unas preguntas sobre si Mónica debía dinero a algún cliente o si había tenido disputas con artistas, y se fueron. Mónica

nunca dejaba que yo me metiera en la administración dura, ya sabes cómo era.

Clara asintió. "Como era", en pasado. Aún costaba asimilar el tiempo verbal.

—Gracias, Marta. Cierra la galería al público por hoy. Tómate el día libre, con sueldo, por supuesto. Necesito estar sola ahí dentro.

La chica asintió agradecida, recogió su bolso y su abrigo del perchero y salió cabizbaja. Hubo un chasquido metálico cuando la cerradura electrónica echó el pestillo principal de la entrada.

Sola. Clara caminó entre las esculturas brutalistas y los inmensos lienzos de expresionismo abstracto que Mónica seleccionaba con su habitual ojo clínico para lo comercial, y se dirigió a la parte trasera. El despacho de Mónica era un cubo de cristal entintado con un escritorio de nogal macizo en el centro y una gigantesca estantería de libros de arte y catálogos de subastas en la pared del fondo.

La policía se lo había mirado todo por encima. Tal como dijo Marta. Sin embargo, Gabriel Robles era meticuloso, pero ni él ni sus forenses conocían la intrahistoria y las excentricidades paranoicas de Mónica como las conocía Clara. Mónica no era de las que guardaban sus grandes secretos en un cajón con cerradura, sino a la vista de todos, camuflados en un ego desmesurado.

Clara fue directa hacia la pequeña nevera ejecutiva empotrada bajo el ventanal. Estaba llena de botellas de champán Laurent-Perrier y latas de tónica *premium*. Clara no se detuvo en eso, sino en el pesado zócalo de rodapié liso que había bajo la nevera, que parecía un embellecedor normal, pero no lo era. Mónica le había enseñado el truco en la fiesta de inauguración de la galería cuatro años atrás. "Tengo la caja fuerte más ridícula y genial del mundo", le había dicho entre risas, borracha de burbujas.

Clara se agachó. Extrajo una de las pesadas botellas de champán de la nevera y la usó para golpear suavemente, pero con precisión, una de las esquinas del zócalo de acero anodizado. Un resorte mecánico exhaló un leve *clac*.

El zócalo cedió, revelando el teclado de acero inoxidable de una caja fuerte de seguridad semi-plana camuflada en el hueco inferior de la pared. No tenía manivela, solo un panel táctil.

Clara tragó saliva. Conocía el código original porque ella aportó la mitad del capital inicial, pero, ¿lo habría cambiado Mónica en su creciente espiral de secretismo de los últimos tiempos?

Tecleó los seis dígitos: *1-4-0-9-1-1*. La fecha en la que ambas se licenciaron y se emborracharon juntas hasta el amanecer por primera vez.

La luz LED del panel parpadeó en rojo. Error.

Clara bufó, sintiendo el sudor frío perlado de la abstinencia asomar en su frente. *Piensa, Clara, piensa*. Si Mónica estaba siendo amenazada, si intuía peligro de la persona misteriosa "él", habría cambiado el código a algo que nadie de su entorno habitual supiera. Pero Mónica era increíblemente narcisista. Nunca usaría fechas de otras personas ni códigos genéricos.

1-8-0-3-8-9. La fecha de cumpleaños de Mónica. Luz roja de nuevo. Quedaba un intento antes de que el sistema se bloqueara por una hora.

Clara apoyó la cabeza contra la nevera fría, cerrando los ojos. Sintió los ecos punzantes de su mente pidiendo a gritos la sedación química. Pero la claridad cortante se abrió paso una vez más.

El Proyecto M de Héctor. La nota. *Él nunca olvidó lo que le hiciste*. La obsesión de su amiga en los últimos meses por controlar sus propias finanzas con un hermetismo feroz. Meses atrás, Mónica había conseguido una victoria inmensa: venderle a un jeque árabe una obra clave por una comisión que casi duplicaba los ingresos anuales de la galería. Fue un golpe de suerte descomunal. Mónica estaba soberbia el día que cobraron. Le dijo a Clara que esa cifra exacta, la de la comisión libre de impuestos, era su nuevo "número de la suerte para la eternidad". ¿Cuánto había sido? Clara escarbó en sus recuerdos a través de la bruma. Siete cientos… no, ochocientos doce mil algo. ¡Ochocientos doce mil seiscientos cuarenta euros!

Clara levantó la mano temblorosa y tecleó lenta y cuidadosamente: *8-1-2-6-4-0*.

La luz LED cambió a un verde brillante, seguido del suave motor servo de los pitones retrayéndose.

Había acertado. La caja fuerte se abrió unos centímetros.

Clara tiró de la compuerta de acero. El interior del compartimiento no era muy grande. En lugar de los habituales fajos de billetes, las joyas exuberantes o los contratos blindados que uno cabría esperar, solo había dos cosas.

La primera era un grueso de extractos bancarios de una cuenta secreta a nombre de una empresa ficticia, impresos en folios sin grapar. Clara les echó un vistazo apresurado. Las cifras eran astronómicas, pero lo que le heló la sangre fueron las retiradas en efectivo en los dos últimos meses. Cuatro reintegros de cien mil euros exactos cada dos semanas. Retiradas de cajeros o transferencias directas imposibles de rastrear con celeridad hacia clínicas de fertilidad de alto standing radicadas fuera de España.

Clara frunció el ceño, confundida. ¿Clínicas de fertilidad? Años atrás, en un viaje a Roma, Mónica le había confesado en confidencia absoluta, llorando de forma amargamente sincera, que era médicamente estéril debido a una endometritis severa que sufrió a los veinte años. Un diagnóstico que arrastraba como un estigma silencioso bajo su ruidosa vida de *femme fatale*.

Reparó entonces en el segundo objeto.

Descansando en el fondo de la caja, había un viejo sobre marrón de tamaño cuartilla, atado con un cordel de hilo rojo. Sin sellos, sin direcciones. Solo escrito a mano en el centro, con la reconocible y nerviosa letra de Mónica, una sola pauta: *"Para el caso de que la avaricia le gane al miedo"*.

Las manos de Clara temblaron tan violentamente que le costó desatar el nudo escurridizo. Cuando por fin lo logró, volcó el contenido del sobre sobre el escritorio de nogal de Mónica.

Eran unas pocas fotografías impresas en papel de alta resolución.

A Clara se le cortó el flujo de oxígeno a los pulmones al ver la primera imagen.

Era la fotografía pixelada y ampliada de la pantalla de un ecógrafo. La habitual foto monocromática granulada y oscura, con la zona más clara esbozando la silueta de un diminuto embrión curvo en medio de un saco uterino.

En la esquina superior izquierda de la imagen médica, en perfecta tipografía de laboratorio clínico privado, se leía: *PÁEZ, MÓNICA. FECHA: Hace dos semanas atrás. SEMANA GESTACIONAL: 8 semanas*.

Mónica embarazada. ¡Era biológicamente imposible! A menos que su antigua confidencialidad hubiera sido mentira. Mónica había forjado toda su amistad universitaria en esa confesión de esterilidad que unió a ambas mujeres en su primer gran lazo de confianza mutua. Y había sido falso. Un melodrama calculado. Mónica había gestado un embarazo. Y no necesitaba tanto dinero de la caja fuerte para inseminaciones; las retiradas debían ser simples excusas, cortinas de humo. O… ¿chantajes?

Con un escalofrío que le sacudió toda la columna vertebral, Clara dio la vuelta a la fotografía médica. Mónica nunca hacía las cosas por casualidad.

En el reverso liso de papel fotográfico, la misma tinta negra del sobre de la carta garabateaba un mensaje brutal, exento esta vez de la teatralidad enrevesada de su nota de despedida:

"H. no lo sabe aún. La prueba es inequívoca. Es su sangre tanto como la mía. Si no firma los papeles del divorcio con esa demente y lo deja cerrado, se lo diré personalmente el martes en su maldito estudio y me quedaré hasta con las cenizas de su despacho".

El martes. El día de su muerte. Mónica fue a ver a alguien, o citó a alguien allí. A Mónica la asesinaron el martes por la noche.

"H."

Clara soltó la ecografía sobre la mesa como si aquello la quemara viva. "H." Héctor.

El mundo alrededor de Clara se tambaleó. El escritorio de madera, los libros y las paredes de cristal parecieron colapsar en una fuerza centrípeta, succionando el aire de la sala. Héctor no era un salvador, no era su solícito enfermero ni un simple arquitecto.

Héctor no solo había mantenido un romance clandestino y sórdido a sus espaldas con su mejor amiga mientras la drogaba meticulosamente en casa. Héctor había preñado a la amante que le exigía, mediante extorsión pura y dura, que dejase a su mujer psiquiátricamente enferma, o destruiría su inmaculada reputación pública.

Y el martes, cuando Mónica iba a darle la noticia y el ultimátum final, había acabado con las venas cortadas en el agua teñida de rojo, con un sedante letal de uso hospitalario circulando por sus venas.

—Oh, Dios mío… Héctor —susurró Clara, perdiendo la poca fuerza que le quedaba en las piernas, cayendo de rodillas frente a la caja fuerte del zócalo abierto—. Héctor mató a Mónica.

Y de repente, el último eslabón de la cadena de pesadillas encajó produciendo un clic sordo en su cerebro. Sus propias manos rojas en el *flashback*. El pendiente encontrado bajo la cama de Mónica. La coartada que Gabriel Robles había dinamitado bajo la fachada de Héctor la noche anterior.

Héctor la había arrastrado hasta allí, estando ella drogada bajo las medicinas que él mismo cambiaba y, de paso, le había trasladado la sangre a sus propias ropas y a sus propias joyas para guardarse un seguro de vida atroz. Una redoblada extorsión. Él asesinó a Mónica. Y tenía a la cabeza de turco, dormitando plácidamente, amnésica y adicta, atada a la pata de su propia cama.

Capítulo 6: El Interrogatorio

Clara permaneció arrodillada sobre la alfombra de diseño belga del despacho de Mónica durante un tiempo que fue incapaz de medir. El

silencio de la galería clausurada se sentía como una pesada manta térmica. En su cabeza, las piezas del puzzle encajaban con un crujido estruendoso, de esos que duelen físicamente.

Recogió los extractos bancarios esparcidos por el escritorio. Sus ojos, ya recuperados del primer shock de la ecografía, empezaron a escanear los números y las fechas con la voracidad de un depredador. La empresa fantasma que Mónica utilizaba para mover el dinero se llamaba *Azul Cobalto SL*. Bajo ese escudo hermético, había pagos recurrentes a una dirección en Suiza. Clara sacó su teléfono móvil y tecleó las coordenadas de las transferencias.

El buscador le devolvió la elegante página web de una clínica privada, el *Institut de Fertilité de Genève*, un oasis para millonarios europeos que buscaban sortear las restrictivas leyes de bioética de sus países de origen, o en el caso de Mónica, buscar asesoramiento de gestación y pruebas genéticas de paternidad bajo el secreto profesional de la banca helvética.

Mónica no solo estaba embarazada. Había sacado una prueba de paternidad prenatal no invasiva para asegurar el chantaje con ADN certificado. Y estaba blindando su dinero lejos de las garras de la fiscalidad española en preparación para su huida o su nueva vida.

"Iba a destrozarme la vida a mí, para quedarse con Héctor", pensó Clara, sintiendo un sabor ácido y metálico en la base de la lengua. "Y Héctor la mató antes de que pudiera hacerlo, para salvaguardar su imperio arquitectónico y su fachada de marido intachable. Y ahora, él quiere rematar la jugada incapacitándome a mí y robando mi propio patrimonio".

El nivel de traición era estratosférico. Tan abrumador que, por un segundo de debilidad, Clara deseó no haber escupido las pastillas esa mañana. Deseó la ignorancia sedada, el sueño sin sueños donde los monstruos no tenían rostros familiares.

Pero ya era tarde para retroceder. Cerró la caja fuerte de golpe, guardándose la ecografía y los papeles impresos doblados en el bolsillo interior de su abrigo. Dejó la galería y caminó bajo la fina

llovizna hasta encontrar un taxi libre. Durante el trayecto de vuelta a la urbanización de las afueras, Clara estructuró su plan inmediato.

Necesitaba pruebas concluyentes, irrefutables y físicas de las pastillas alteradas. Si acudía al inspector Robles solo con una teoría conspiranoica y una vieja ecografía, Héctor argumentaría que Mónica, inestable mentalmente, se suicidó por el peso de un embarazo no deseado, y que Clara, sumida en su TEPT, estaba teniendo un brote de paranoia disociativa acusándolo a él a causa del duelo. Héctor ganaría. Era guapo, encantador, solvente y no tenía antecedentes psiquiátricos. Ella era la loca. A los ojos del sistema, las mujeres rotas siempre son histéricas, mentirosas o delirantes por defecto.

Tenía que encontrar el alijo secreto donde Héctor escondía el haloperidol y la escopolamina —o lo que diablos le estuviese dando — en la casa. No podía estar guardando grandes cantidades en el pequeño compartimento oculto de su maletín. Tenía que haber un suministro a mano para rellenar semanalmente el pastillero dominguero.

El taxi la dejó a tres manzanas de su propio chalé. Caminó el último tramo bajo el paraguas, cuidando no pisar la grava para no hacer ruido. Al rodear la casa por el sendero lateral de arbustos, vio la luz cálida encendida en la gran cristalera del sótano. Héctor seguía allí abajo, en su videoconferencia, dando órdenes en un inglés perfecto y aséptico sobre cargas estructurales y aceros templados. Su voz sonaba al otro lado del doble acristalamiento insonorizado como un rumor sordo.

Clara introdujo la llave en la cerradura principal con pulso de cirujano y empujó la puerta. El olor a ambientador cítrico y cera de los muebles de madera noble la envolvió. Subió las escaleras descalza.

Ayer, durante el pánico inicial de la pastilla S.O.S., había comprobado todos los botiquines obvios: el baño principal y la cocina. Nada en la despensa, nada bajo el fregadero. Pero había un lugar en aquella inmensa casa en el que Héctor era extremadamente meticuloso y

donde Clara, en su etapa de letargo de los últimos seis meses, raras veces entraba: el aseo de invitados de la planta baja, junto al garaje cerrado.

Bajó las escaleras hasta la planta principal de nuevo, eludiendo la puerta del sótano, y se deslizó por el largo pasillo revestido de roble acanalado hacia la entrada interior del garaje.

El aseo de cortesía era un espacio pequeño y oscuro, revestido de mármol negro veteado con grifería de cobre envejecido. Héctor lo había diseñado personalmente, obsesionado con las líneas puras. Clara cerró la puerta de la estancia tras de sí sin encender la luz principal; encendió solo la débil luz del espejo de aumento.

Empezó a abrir y registrar frenéticamente, pero con minucioso cuidado, cada armario bajo el lavabo. Toallas de rizo de algodón egipcio enrolladas. Jabones artesanales franceses sin desprecintar. Rollos de papel higiénico. Nada más.

Revisó detrás del cisterna oculta en la pared de pladur. Golpeó los cerámicos buscando algún falso fondo. Nada.

Frustrada y sudorosa, levantó la mirada hacia el techo. Como toda la casa, el aseo contaba con rejillas de ventilación de acero para la climatización central. Pero aquí, encima del váter, había un pequeño y disimulado cajetín de registro del motor de extracción, encastrado a ras del techo de color negro para ser invisible a simple vista.

Clara se subió con precaución sobre la gruesa y sólida tapa del inodoro, haciendo equilibrio con los pies descalzos para no resbalar en la porcelana. Alzó los brazos, estirándose todo lo que le permitía su cuerpo aún débil por el síndrome de abstinencia, y presionó los bordes de la tapa metálica del registro.

Hizo clic y cedió hacia abajo, sujeta por dos frágiles bisagras de plástico.

Metió la mano en un hueco oscuro y frío, lleno de polvo y tuberías rugosas. Tanteó a ciegas. Sus dedos rozaron pelusa, el metal estriado del tubo de ventilación, y luego… plástico duro. Una bolsa con cierre zip o un pequeño contenedor hermético.

Lo agarró por el borde y tiró con suavidad. Su corazón dio un vuelco victorioso cuando sacó a la luz una caja rectangular de plástico translúcido, del tamaño de un grueso estuche de gafas, asegurada con una potente cinta adhesiva de doble cara a la propia carcasa del extractor para que no vibrase ni hiciera ruido al encender la luz.

Clara bajó del váter temblando, apoyó la caja sobre el lavabo de mármol negro y la abrió.

Ahí estaban. Decenas de frascos de cristal sin etiquetar, decenas de pastillas sueltas cuidadosamente embolsadas. Cápsulas blancas idénticas a sus ansiolíticos reales. Cápsulas azules opacas para inducir el letargo o la parálisis química temporal durante la noche. Frascos cuentagotas con líquidos transparentes inodoros. Y lo más escalofriante de todo: un inyector tipo EpiPen modificado, cargado con una ampolla de cristal que contenía un líquido claro como el agua, y un recambio en blíster. *Sedante de uso hospitalario.*

Esto era el "Proyecto M". La farmacia clandestina que Héctor había acumulado para convertir su mente en una de sus marionetas desmenuzadas. Y una dosis letal para ejecutar a Mónica limpiamente.

Con el pulso a cien por hora, Clara sacó dos de las pastillas falsas, envolviéndolas en un poco de papel higiénico y guardándolas en su bolsillo. Con ellas iría directamente al laboratorio toxicológico privado de Pamplona, pagando en efectivo, para certificar legalmente ante Robles con qué la estaban drogando sin receta médica con fines lesivos.

Estaba a punto de cerrar la tapa de la caja hermética para dejarla exactamente como la había encontrado.

Un ligero, agónico arrastre de suela de cuero italiano contra el mármol negro resonó justo detrás de ella.

Clara se quedó congelada, de cara al espejo. La débil luz de cortesía apenas iluminaba sus pómulos pálidos, pero en el cristal empañado, pudo ver el contorno de la puerta del aseo abierta y la inmensa y ancha figura de Héctor bloqueando por completo la salida.

No había escuchado abrirse la puerta del sótano. La videoconferencia debía haber terminado antes de lo previsto, o quizás Héctor había dejado de hablar para subir a vigilarla, y los cristales insonorizados del sótano, que la aislaban del ruido exterior, también silenciaban los pasos sigilosos e instintivos de su marido cuando ascendía por la escalera como un gran felino.

Héctor la miró. Desde el espejo, Clara sintió el peso aplastante de esos ojos oscuros, vacíos y racionales, carentes por completo de empatía, analizando milimétricamente la escena en milésimas de segundo: Clara de pie, sudorosa, la tapa del techo abierta, y su alijo químico descubierto sobre el mármol junto a sus manos desnudas.

En un segundo, la farsa de los últimos seis meses había volado por los aires de forma irreversible. El marido protector había muerto.

La piel de Héctor, que raras veces palidecía, se tiñó de una coloración enfermiza debido a la furia cruda y matemática que ahora poseía cada músculo de su rostro y de su cuello, tensándose bajo el apretado nudo de la corbata de seda.

—No sé qué crees que estás haciendo, Clara —dijo Héctor, y su voz no fue un grito, sino un susurro lúgubre, bajísimo, que resonó en las paredes de azulejos como una lápida arrastrándose sobre otra—. Te dije explícitamente que subieras arriba, a dormir.

Dio un paso lento hacia el interior del minúsculo baño, ocupando todo el oxígeno. Clara chocó de espaldas contra el lavabo, aferrando el mármol por detrás hasta que las yemas de sus dedos se pusieron blancas.

Estaban encerrados. Apenas a treinta centímetros de distancia.

—Yo… —trató de articular Clara, obligando a su mente psicoterapéutica a frenar el estallido puramente instintivo de miedo primario animal para aplicar contención de descalada táctica, justo como se adiestraba de cara al manejo de pacientes con brotes agresivos e irreductibles en salas cerradas de contención—. Estaba mareada, Héctor. Bajé buscando mi crema de manos caracol, no recordaba dónde la había puesto… y vi esta tapa mediabierta arriba.

No sabía lo que era, pensé que la fontanería se había atascado o humedecido.

La sonrisa que esbozó Héctor en respuesta no movió sus ojos, dejando ver toda su dentadura inferior, parecida al rictus de un lobo que acaba de acorralar de forma exitosa y solitaria a la cierva gravemente coja en la linde del bosque.

—No. No estás mareada, ¿verdad? —susurró, dando un último paso que aplastó el vientre de Clara contra el borde frío de la porcelana encastrada—. Estuviste aquí el martes por la noche, y esta mañana escupiste la medicación en el fregadero mientras mirabas al vacío y creías que yo miraba los planos. Llevas varios días fingiendo y jugando un peligroso juego de traición conmigo y a mis espaldas, tesoro.

Héctor levantó despacio su mano derecha, una mano grande de largos dedos de arquitecto, y la posó sin violencia inicial alguna, pero con extrema y firme presión física, justo sobre el delicado y frágil cuello desnudo de Clara, rodeando su arteria y su yugular, apretando apenas lo justo para paralizar por completo su capacidad de respiración fluida y ahogar el inminente e histérico chillido de auxilio que ella, en pleno estado de parálisis traumática y absoluto choque de negación, aún intentaba hacer brotar y exhalar en un último acto desde el abismo ciego de sus aterrorizados y cerrados pulmones colapsados por el miedo.

Capítulo 7: El Descubrimiento Bajo la Cama

La mano de Héctor era un cepo de carne caliente alrededor de la garganta de Clara. La presión no estaba diseñada para asfixiarla de inmediato, sino para demostrarle, con una claridad biológica aterradora, la enorme disparidad de fuerza física entre ambos. El pulgar de su marido descansaba directamente sobre la vena yugular, sintiendo el pulso desbocado de ella, midiendo su terror como quien regula el caudal de una tubería.

Clara mantuvo los brazos pegados a los costados del cuerpo. Sabía que si levantaba las manos para intentar arañarle o apartarle, el instinto de cazador de Héctor se dispararía y cerraría el agarre hasta romperle el cartílago de la tráquea. El entrenamiento de desescalada clínica dictaba rendición absoluta. Relajación muscular.

—Héctor… me haces daño —logró graznar Clara, forzando unas lágrimas absolutamente reales que se acumularon en el borde de sus ojos, nublando la visión del elegante baño de invitados.

Él aflojó la presión un milímetro. Lo justo para permitir un hilo de aire frío.

—Mentiste —reiteró él, acercando su rostro hasta que la nariz de Clara percibió el aliento con olor a café oscuro y menta—. Dime la verdad, Clara. ¿Qué hacías revolviendo las alturas de este baño en lugar de estar en la cama? ¿Quién te ha metido ideas en esa cabeza enferma? ¿Fue Robles ayer?

Clara cerró los ojos, dejando que una gruesa lágrima rodara por su mejilla. Tenía que darle una verdad parcial, pequeña, envuelta en la mentira de su propia locura incipiente, para que él la procesara como un síntoma más de su paranoia.

—Yo… yo estaba buscando analgésicos fuertes, Héctor… —sollozó Clara, rompiendo a llorar con una convicción que no necesitaba ensayar. El miedo la empapaba—. Me dolía tanto la cabeza por la abstinencia… Anoche soñé con Mónica ensangrentada. Tenía una migraña atroz que me nublaba la vista. Como tú no subías, bajé. Abrí todos los armarios del baño buscando algún ibuprofeno de seiscientos… y recordé que los obreros que arreglaron el extractor dejaron una pequeña caja de herramientas la semana pasada. Creí que a lo mejor había botiquín de primeros auxilios.

Héctor la escudriñó. Sus ojos seguían vacíos, evaluando las microexpresiones de Clara, su llanto errático, su hiperventilación. Héctor era inteligente, pero Clara era doctora en psicología de la conducta; sabía exactamente qué grupos musculares faciales

contraer para simular un dolor y una confusión verdaderos de origen patológico.

Después de diez segundos de agónica tensión que parecieron una década, Héctor retiró lentamente la mano de su cuello.

—¿Una caja de herramientas de los obreros? —preguntó, con un tono ligeramente menos metálico, impregnando la duda en el aire—. Dios mío, Clara. Tu mente no para de jugarte malas pasadas. Te estás torturando a ti misma buscando fantasmas porque la realidad del trauma te supera.

Clara asintió enérgicamente, llorando de forma más desaforada ahora que el peligro de estrangulamiento inmediato había descendido.

—No soporto las migrañas, Héctor. No lo soporto. Sácame de aquí… quiero volver a la cama.

Héctor soltó un largo suspiro, apartándose hacia el pasillo para darle oxígeno y espacio.

—Está bien. Sube al dormitorio. Yo recogeré… la "caja de herramientas". Y luego iré a verte. Lávate la cara.

Clara salió del baño temblando, arrastrando los pies con torpeza calculada. Mientras enfilaba las escaleras hacia la segunda planta, escuchó el chasquido del cierre hermético de plástico abajo y el sonido del falso techo encajándose en su sitio.

Una vez en el dormitorio, se derrumbó sobre la cama. Había sobrevivido al asalto frontal, pero el precio sería alto. Había desenmascarado su curiosidad, y aunque Héctor hubiera creído —o fingiera creer— su excusa de la migraña, él ya estaba advertido. Sabía que ella estaba husmeando. Sabía que las dosis orales quizá estaban fallando o que ella había adquirido cierta resistencia.

Diez minutos después, Héctor entró en la habitación. Ya no llevaba corbata, y se había subido las mangas de la camisa hasta los codos. Llevaba en una mano una pequeña bandeja de plata con un vaso de zumo de naranja y en la otra, destellando a la luz de la lámpara de

la mesita de noche, una fina jeringuilla con una aguja hipodérmica cargada con un líquido transparente.

Clara sintió que la micción involuntaria amenazaba sus esfínteres.

—¿Qué es eso? —preguntó, retrocediendo contra el cabecero almohadillado.

—Relájate, cielo. Es solo un relajante muscular potente —dijo Héctor con voz endulzada, dejando la bandeja en la mesita. Se acercó a la cama con paso seguro—. La doctora Márquez me lo recetó hace meses para tus peores crisis de tensión muscular derivadas del cuadro ansioso. Te quitará la migraña en tres minutos y dormirás hasta mañana. Sin sudores, sin sueños. No te hará daño, el pinchazo es mínimo.

Clara intentó zafarse, pero él fue increíblemente rápido y experto. Con una mano le sujetó el brazo izquierdo, inmovilizándolo contra el colchón con el peso de su cuerpo, y con la otra hundió la aguja en la parte carnosa del músculo deltoides, presionando el émbolo de un solo golpe firme.

Un ardor gélido se expandió rápidamente desde su hombro hacia su pecho.

—No luches, Clara —murmuró Héctor, besándole la mejilla mientras retiraba la jeringuilla vacía con suavidad—. Descansa. Confía en mí. Te juro que todo esto pasará, y solo quedaremos nosotros.

Las palabras sonaban compasivas, pero el terror de Clara estaba plenamente justificado. Había visto la caja del EpiPen abajo. Era el sedante de uso hospitalario. El mismo que Robles dijo que mató a Mónica.

No iba a despertar. Se moría allí mismo.

—Héctor… por favor… —balbuceó Clara. Su lengua ya empezaba a sentirse como lana húmeda. Los párpados le pesaban toneladas.

Intentó mirar alrededor, buscando una vía de escape, un arma, cualquier cosa. Pero su visión comenzó a nadar en halos grises. La última imagen que su cerebro procesó antes de hundirse en la

inconsciencia negra como la brea fue la sonrisa complacida y protectora de su marido, sentándose en la butaca de lectura junto a la cama, cruzando las piernas para verla apagar.

Clara despertó con un sonido seco y rítmico.

Alcancía. No. Lluvia.

Abrió los ojos lentamente, cegada por la densa pesadez de sus pupilas. Estaba viva. Su pecho subía y bajaba rítmicamente. La habitación estaba sumida en la luz gris y aguada de una mañana lluviosa.

Había pasado la noche entera anestesiada. Héctor no la había matado, o no de manera letal. Solo la había inyectado con lo suficiente para derribar a un caballo percherón y mantenerla sedada catorce horas seguidas. El castigo perfecto por el intento de fuga, y también su reset programado.

Se frotó los ojos y se incorporó lentamente, sentándose en el borde del colchón. La cabeza le dolía, una resaca química monumental. Pero a diferencia de los últimos seis meses, ahora sabía el origen de su dolor. Ahora poseía la verdad.

Y, crucialmente, poseía el botín de su asalto al baño.

Se llevó instintivamente la mano al bolsillo del pantalón de chándal gris con el que Héctor debía haberla vestido la noche anterior mientras estaba aturdida. Palpó la costura. Su corazón tembló. Héctor se había deshecho de la ropa que llevaba ella, probablemente temiendo que sudara.

Clara se levantó y corrió hacia el cesto de la ropa sucia en el baño principal. Empezó a rebuscar enloquecida. Allí estaban sus viejos pantalones deportivos finos que llevaba puestos el día anterior durante el episodio del aseo. Hundió la mano en el bolsillo derecho.

Un pequeño bulto esférico, durísimo. Las dos cápsulas envueltas en papel higiénico.

Logró coger al menos dos el día anterior de la caja fuerte oculta en el techo antes de que él la sorprendiera por la espalda. Las había

apretado en su puño de forma inconsciente.

Clara suspiró aliviada, secándose de nuevo las perlas de sudor. Hoy era imperativo salir de la casa. Héctor estaba demasiado confiado con la dosis inyectable masiva de la noche anterior. Seguramente daba por sentado que Clara no podría articular dos frases seguidas con coherencia hasta el final del día sin venirse a tierra.

Se asomó al pasillo superior. Silencio. Bajó las escaleras. Héctor no estaba en el sótano, la luz indicadora del panel de la alarma apuntaba a que el garaje estaba abierto, pero su todoterreno no estaba. Sobre la encimera de la cocina, Héctor había dejado una nota escrita con perfecta letra arquitectónica en un *post-it*: *"He ido al centro a unas reuniones del proyecto municipal urgentes. Vuelvo a la una. Te dejé el desayuno preparado. Descansa, Clari".*

Era su ventana de escape. La única que quizás tendría en semanas.

Clara se vistió con los primeros vaqueros y jersey grueso que encontró. No perdió tiempo en maquillajes o simulacros. Llamó a un taxi desde su móvil personal en la puerta, con la esperanza de que Héctor estuviera realmente lejos para no cruzarlo en el camino, y cogió su propio bolso antes de bloquear la alarma de seguridad desde dentro.

Treinta y cinco minutos después, el taxi la dejó frente a un edificio de cristales tintados de azul en un discreto polígono industrial en las cercanías de la ciudad, alejado del bullicio urbano y de los hospitales centrales. Un letrero anodino de acero inoxidable indicaba *"BioAnálisis Clínicos y Tox. Privados"*.

Al cruzar la puerta de cristal, un ambiente aséptico y un mostrador de recepción de Corian blanco la recibieron. Una recepcionista madura levantó la vista de su ordenador.

—Buenos días. Desearía realizar un cribado toxicológico cualitativo de emergencia sobre unas muestras sólidas de medicación no identificada —dijo Clara, apoyando las dos manos sobre el mostrador, usando deliberadamente la terminología clínica de su profesión para hacerse tomar en serio de inmediato.

La mujer frunció levemente el ceño.

—Suelen requerir volante médico y los resultados tardan al menos tres días, señora…

—Soy la doctora Clara Villar, psicóloga clínica en el Hospital Virgen del Camino —interrumpió Clara, usando su título oficial aunque estuviera de baja temporal—. Este análisis requiere discreción y celeridad fuera del circuito general. Estoy dispuesta a pagar la tarifa de urgencia express en efectivo, sin facturar a la Seguridad Social y sin dejar registros nominativos. Los necesito dentro de dos horas como máximo, o tendré que derivarlos al juzgado de instrucción para que emitan la orden. Y creáme, eso generará problemas.

La recepcionista titubeó ante la contundencia casi militar y las ojeras hundidas de Clara, que le conferían un aspecto de desesperación a punto de quebrar.

—Consultaré con el director de laboratorio —dijo la mujer, levantándose y desapareciendo por una puerta lateral esmerilada.

Quince minutos después, Clara estaba entregando los cien euros del sobreprecio por urgencia. Depositó las dos pastillas en pequeños tarritos de recolección de pruebas estériles que le facilitó un técnico con guantes de nitrilo.

A continuación, vinieron las peores dos horas de su vida.

Clara se sentó en las incómodas sillas de cuero negro de la sala de espera solitaria. Las agujas del reloj de pared parecían moverse a través de melaza. Cada minuto era una agonía, un latido que la acercaba a la hora en que Héctor volvería a la casa, detectaría su ausencia a pesar del GPS, y comenzaría la caza.

Si Héctor la encontraba, la excusa del mareo no serviría dos veces. Él la mataría. Sin inyecciones de parálisis. Sencillamente simularía otro suicidio de libro en el acantilado donde tanto le gustaba llevarla a pasear, o le cortaría las venas en la bañera tal y como hizo con Mónica.

Finalmente, el técnico del laboratorio, un tipo joven de gafas de pasta oscura, abrió la puerta lateral y le entregó un sobre cerrado e impreso.

—Doctora Villar. Están los resultados por cromatografía. ¿Quiere que le haga un resumen o prefiere leerlos…?

—Dígamelo directamente, por favor —suplicó Clara, agarrándose al respaldo de la silla.

El técnico leyó la lámina inicial.

—La cápsula blanquecina con estrías no es alprazolam, como su apariencia exterior sugiere fraudulentamente. Contiene dosis medias continuadas de *Haloperidol*, un antipsicótico típico muy agresivo que, al carecer de receta e historial clínico justificativo del paciente en cuestión, provoca apatía extrema, distonía muscular, confusión severa y lo que se conoce como "aplanamiento afectivo". Básicamente, el paciente no reacciona ante su entorno de forma emocional ni motora normal.

Clara asintió. Se esperaba eso o algo así.

—¿Y la pastilla azul? Las que estaban disueltas…

—Esa es la preocupante —dijo el técnico ajustándose las gafas con profesionalidad gélida—. La pastilla azulada dio positivo rotundo por *Hioscina*, más comúnmente conocida en las calles de Sudamérica como *escopolamina*, o "burundanga". Es un alcaloide tropánico muy perjudicial. Deprime las terminaciones nerviosas y bloquea los receptores muscarínicos del cerebro.

—La droga de sumisión química —murmuró Clara en un hilo de voz, sintiendo que un hielo brutal le paralizaba la nuca—. La droga que genera amnesia y una obediencia automatizada a órdenes de terceros sin anular la capacidad motora.

—Exactamente. Quienquiera que haya estado ingiriendo ambas cosas de forma crónica, combinadas… —El técnico hizo una leve pausa valorativa mirando el papel de los resultados de reojo—. Esa persona habría sido una simple marioneta. Incapaz de oponer

resistencia lúcida a nada, perdiendo bloques completos de su memoria a largo, corto y mediano plazo dependiendo del tamaño de la dosis administrada en la ingesta oral. Básicamente un enfermo incapacitado inducido desde el total y premeditado exterior.

Clara agarró el informe, dio las gracias al técnico con voz monocorde y salió a toda prisa del edificio. El oxígeno húmedo le llenó los pulmones hasta dolerle.

Ya no quedaban dudas. Héctor era un monstruo. La asesina de Mónica nunca existía; el asesino compartía las sábanas sudadas por la droga en su propia cama cada noche. Héctor la había mantenido narcotizada para anularla y controlarla. Y, sabiendo que Mónica exigía el divorcio bajo extorsión biológica, Héctor usó la sumisión química perfecta de Clara para que él tuviera la total coartada temporal innegable y perfecta para matar a Mónica, e inculpar a Clara plantando joyas como el estúpido y maldito pendiente en la escena para que Robles hallase su pista.

El juego terminaba hoy.

Clara sacó su móvil y tecleó rápido el número móvil directo y confidencial que Gabriel Robles le había anotado semanas atrás para emergencias fuera del horario profesional y policial ordinario.

Da tres tonos, por favor. Cogelo.

"Gabriel Robles, hable" contestó una voz gruesa.

—Gabriel. Soy Clara Villar. —Clara miró su reloj de pulsera. Faltaba menos de una hora para que Héctor regresara del centro, o de donde diablos fingiese estar verdaderamente a esa hora de la mañana—. Necesito verte de forma urgente, y Héctor de ninguna manera puede llegar a saberlo y de ninguna de las maneras posibles puede enterarse ni estar presente. Sé y tengo plena certeza pericial y la forma inequívoca de poder certificar con todo detalle forense quién mató exactamente a Mónica Páez el martes anterior por la noche con todas sus espantosas circunstancias.

La línea se quedó en silencio un momento.

“Doctora, esto no son horas de hacer divagaciones por la fiebre paranoica postraumática sobre una sospecha vecinal…”, soltó Gabriel, claramente receloso debido a que Héctor le advirtió de su mal estado.

—¡Me han estado envenenando y usurpando toda mi voluntad mental con dosis de burundanga y haloperidol desde el accidente a escondidas alterando mis prescripciones originales médicas y Héctor fue quien material y definitivamente mató a Mónica preñada y luego me drogó esa noche a lo brutal poniéndome mis pendientes en aquella misma casa! ¡Tengo el maldito sobre clínico toxicológico en papel de pago doble privado que certifica la medicación cambiada ahora mismo ardiente de impresión caliente entre mis estemos dedos temblorosos en plena vía urbana de las afueras! —gritó Clara, la compostura académica y la desescalada volando por los aires hacia la puta nada.

“Quédese exactamente donde diablos maldita sea que esté de inmediato”, siseó Robles, y la sirena policial del fondo se activó por fin, como el bramido rotundo e innegable de una fiera despertando del lodo letárgico antes del clímax y de la verdadera resolución. “Voy para allá con refuerzos y a gran velocidad”.

Capítulo 8: El Primer Intento de Fuga

Clara esperaba a Gabriel Robles sentada en un banco de madera mojado, bajo la Marquesina de una parada de autobús casi abandonada frente al polígono industrial. Temblaba, no solo por el frío calador del mediodía navarro, sino porque su cuerpo luchaba desesperadamente por mantenerse alerta mientras el síndrome de abstinencia amenazaba con desconectarla a la fuerza.

Ocho minutos más tarde, el motor rugiente de un coche camuflado —un Peugeot gris oscuro sin distintivos pero con dos luces estroboscópicas azules destellando en el salpicadero— invadió el carril bus y frenó en seco frente a ella.

Gabriel Robles se bajó de un salto, dejando la puerta abierta. Su gabardina ondeó con el viento racheado. Al ver a Clara, demacrada, pálida y aferrando un sobre arrugado del laboratorio como si fuera un salvavidas, la incredulidad inicial que el policía había mostrado por teléfono se evaporó, sustituida por un instinto de protección en alerta máxima.

—¡Sube, rápido! —ordenó Robles, tomándola por el brazo y empujándola al calor del vehículo antes de que Clara pudiera siquiera articular palabra.

Robles arrancó el coche, derrapando levemente sobre el asfalto mojado, alejándose rápidamente de la zona.

—Gabriel… gracias a Dios —sollozó Clara, recostando la cabeza contra la ventanilla. La adrenalina empezaba a descender, y con ella, el dolor muscular intenso que provocaba la falta de benzodiacepinas.

Le entregó el arrugado informe analítico. Robles condujo con una mano mientras sostenía el papel contra el volante con la otra, escaneando rápidamente las conclusiones selladas por el laboratorio privado. Sus espesas cejas se juntaron hasta formar una línea continua sobre sus ojos oscuros.

—Haloperidol y hioscina… Dios santo, doctora. Esto es farmacología de secuestro. Esto te anula la corteza cerebral por completo —masculló Robles, dejando caer el papel en el asiento del copiloto, entre ambos—. Tu marido… ¿él te ha estado administrando esto a diario?

—Todos los días —Clara se frotó las sienes—. Modificó los envases de mi medicación psiquiátrica recetada desde el accidente. Me dejaba sin voluntad. Sin memoria. Yo era un fantasma perfecto en esa casa, Gabriel. El martes… el martes por la noche, no me acosté a las diez. No me quedé dormida, ni tuve una fuga disociativa espontánea. Él me medicó y me sacó de allí.

Gabriel detuvo el coche en el arcén de una carretera local apartada, apagó las sirenas camufladas y se giró hacia ella con una gravedad absoluta.

—Escúchame, Clara. Mírate las manos. Te están temblando. Si tu marido es el arquitecto del asesinato de Mónica Páez, y usó tu incapacidad temporal como tapadera, tienes que venir a comisaría, formalizar una denuncia oficial por envenenamiento e ir al hospital de inmediato para una desintoxicación controlada y protección policial las veinticuatro horas.

Clara negó frénéticamente con la cabeza. El pánico a volver a perder el control de su propia vida, a quedar ingresada y aislada de nuevo, era superior a cualquier razonamiento lógico.

—¡No! No, Gabriel. Si voy a comisaría y me meto en una cama de hospital ahora mismo, Héctor ganará. Él vaciará las cuentas en Suiza de Mónica, destruirá los viales de droga de la casa, borrará el portátil encriptado, y dirá que me dio un brote esquizofrénico agravado por la muerte de mi amiga y que me autoadministré la medicación sin su control. Y un juez le creerá a él, porque él es el intachable señor Villar y yo soy la psiquiatra rota. No hay pruebas físicas directas que lo aten al asesinato. ¿Las hay?

La mirada de Robles se oscureció. Evadió los ojos de Clara por un segundo, mirando hacia el parabrisas arañado por la llovizna.

—Nosotros… la brigada científica encontró una fibra ayer al mediodía —admitió Robles a regañadientes, en voz baja—. Una fibra microscópica tejida en mezcla de lana de alpaca roja, incrustada en el borde de un azulejo junto al grifo de la bañera de Mónica.

Clara se quedó sin aliento. Un frío afilado le atravesó la médula espinal.

Su abrigo favorito de invierno. Un largo y elegante abrigo de alpaca rojo cereza profundo que le había costado una fortuna en Milán.

—Tú… tú reconociste la fibra —susurró ella—. Tú me has visto llevar ese abrigo cien veces, Gabriel.

—Tuve que callarme el hallazgo inicial por conflicto de interés en el grupo de trabajo, pero pedí autorización a mi teniente esta mañana para traerte a un interrogatorio oficial esta tarde —Robles apretó los dientes, su lealtad dividida entre su rango policial y la paciente que

le había salvado la vida—. Clara, si esa fibra encaja al microscopio electrónico con tu prenda, tu marido no es el blanco principal. Te arrestarán a ti esta misma noche.

El terror amenazaba con colapsar los bronquios de Clara. Héctor no solo la había drogado y había plantado el estúpido pendiente bajo la cama. Héctor le había puesto *su propio abrigo rojo* por encima de la bata antes de llevarla, sonámbula, a la escena del crimen, y se había asegurado de frotarlo lo suficiente mientras la hacía participar en el forcejeo escenificado. ¡Había manufacturado múltiples capas de incriminación!

—Me incriminó doblemente. ¡Por si fallaba una prueba, habría otra! —Clara agarró a Robles por las solapas de la gabardina humedecida —. Gabriel… Héctor tiene una caja hermética oculta sobre el falso techo en el aseo de la planta baja de nuestra casa. Allí guarda los viales hospitalarios letales con los que envenenó a Mónica. ¡Y tiene una carpeta encriptada en su estudio llamada Proyecto M!

—Iré a pedir la orden de registro a la jueza de guardia ahora mismo —aseguró Gabriel, poniendo las manos sobre las de Clara para calmarla—. Entraremos y reventaremos esa casa si hace falta.

—¡Tardarás horas en conseguir una firma! Y Héctor vuelve del centro a mediodía, Gabriel. A la mínima que huela que he salido por libre durante demasiado tiempo, se deshará de las pastillas secretas por el inodoro y borrará el disco duro magnético en un horno microondas. Se esfumará. ¡Tienes que dejarme regresar!

Gabriel frenó la intención de Clara de abrir la puerta del coche con una mano firme.

—¿Volver? Ni hablar. Es un suicidio. Es un psicópata y tú estás en pleno síndrome de abstinencia, a merced de su fuerza física. Hoy casi te estrangula. Y yo no puedo entrar a tu domicilio sin la orden de la jueza sin que cualquier abogado caro que pague él anule automáticamente todas las pruebas por registro ilícito en un futuro juicio.

—Puedo robarle información desde dentro —Clara habló deprisa, el cerebro a una velocidad de vértigo, elaborando un plan que rozaba la locura suicida, pero que era la única maniobra factible—. Gabriel… Mónica amenazó a Héctor. Héctor se sintió acorralado y la mató el martes. Pero no lo previó todo con meses de antelación. Las grabaciones, los detalles, el plan original de volverme loca… todo está en su portátil. Si yo vuelvo a la casa y le hago creer que sigo sujeta a esa droga, si simulo que la visita al laboratorio nunca ha ocurrido… podré acceder.

—Es demasiado peligroso, Clara.

—¡Es la única manera! —exclamó Clara con la desesperación de alguien a quien solo le quedan cenizas por defender—. Juego con ventaja, Gabriel; yo sé que él me droga, y él piensa que no lo sé, o que logré dominar la sedación en el baño porque era una crisis momentánea. Necesito un as en la manga tecnológica. ¿Podéis… no sé, pinchar su red? ¿Tú no tienes algún artilugio de la científica para extraer información sin tener la maldita contraseña de cincuenta caracteres del disco duro encriptado?

Robles la miró en silencio durante casi treinta segundos, escuchando el rugido de la calefacción del coche. Era una infracción enorme de casi todos los protocolos policiales que había jurado cumplir. Intervención no autorizada, civil en peligro, alteración del orden de investigación. Si lo pillaban, no solo perdería la placa, iría a prisión por encubrimiento y negligencia criminal temeraria.

Pero miró la desesperación pura y la determinación gélida que hervía tras la fragilidad física de su ex psicóloga. Clara le había arrancado a él la pistola de la boca tres años atrás. Ahora le tocaba a él sostener la de ella o darle munición.

Gabriel suspiró hondo y abrió la guantera del vehículo camuflado policial. Sacó un estuche metálico muy pequeño.

Del interior extrajo algo que se asemejaba a un *pendrive* USB ordinario, solo que de color negro mate, sin marcas, y un poco más alargado de lo normal en su chasis.

—Esto, oficialmente, no existe, y jamás te lo he dado yo bajo ninguna de las circunstancias descritas, porque mi firma se convertiría en papel mojado instantáneamente —dijo Gabriel en tono lúgubre, depositándolo en la palma temblorosa de Clara—. Es un *keylogger* de extracción y clonado inverso. De los que usa la unidad de delitos telemáticos cuando pueden entrar con orden. Si Héctor es tan celoso de su intimidad, no podrás adivinar ni robar su contraseña al uso, Clara.

—¿Cómo funciona esto? —preguntó ella, apretando el pequeño objeto de salvación.

—Tiene un software autoejecutable. Cuando él cierre sesión creyéndote sedada del todo en algún momento y se aleje un minuto del PC… lo conectas rápido a un puerto USB trasero. Se instalará en tres segundos en segundo plano, indetectable en la bandeja del sistema. Cuando él vuelva y se siente, cada pulsación de su teclado para entrar en el disco duro secreto quedará registrada en el dispositivo. Y además… abrirá una puerta trasera en su router remoto para que yo, desde mi ordenador personal de placa en la comisaría, intercepte los archivos desencriptados tan pronto como él introduzca su propio código y la luz esté en verde para leer la carpeta y los audios grabados.

Era el plan perfecto del caballo de Troya, introducido en la base de datos de Héctor usando la propia ceguera narcisista del villano a su favor.

Pero tenía un margen de error catastrófico enorme y un riesgo inmenso si Héctor estaba delante.

—Me dejarás un par de calles antes —resolvió Clara, decidiendo quemar sus últimas y pocas naves con la resolución de quien ya casi ha atravesado las puertas de la muerte a manos de un engaño continuo—. Entraré corriendo e intentaré colocar el maldito *keylogger* tras el ordenador antes de que regrese. Si él vuelve del centro y no estoy… el infierno volará.

—Aparcaré mi coche particular y policial a doscientos metros del perímetro de seguridad externa de tu casa en cuanto firme la petición de registro, y usaré los prismáticos, y te vigilaré sin cesar por radar… Y si veo algo… Clara, a la más mínima alerta que algo vaya verdaderamente mal ahí dentro, romperé las normas y entraré armado a voces, que quede claro.

Diez minutos antes de la hora estipulada en la nota dejada en el mostrador de cocina por Héctor. Diez minutos agónicos.

Clara corrió el último tramo empedrado del sendero lateral hasta su propia casa. Le ardían los pulmones, sintiendo esa molesta tos química propia del síndrome de privación. La majestuosa vivienda de tres plantas se erguía en el paisaje sombrío como un ataúd gigante y amueblado a precio de oro.

Desactivó la alarma en la puerta lateral del jardín, sudando densamente, y se deslizó hacia la biblioteca del sótano saltándose la planta principal. El corazón resonaba amenazando romperle el tímpano en ambos oídos doloridos.

La habitación subterránea insonorizada estaba oscura, salvo por el *led* azul parpadeante del salvapantallas del monitor panorámico doble del ordenador y la imponente mesa central inclinada de planos. Mónica se arrastró por el suelo para esquivar cualquier sombra tras la cristalera, bordeó el mostrador y alcanzó la torre maciza del ordenador en el lateral.

Enchufó el maldito y oscuro pincho USB en el único hueco trasero libre. Hubo un parpadeo del disco duro principal en la caja durante menos de tres segundos, y de inmediato, el dispositivo retornó a la calma total. Misión cumplida. El caballo de Troya de Gabriel estaba agazapado.

Justo cuando Clara se ponía de rodillas para retirarse a la planta superior…

La cerradura y el zumbador de la planta superior principal se abrieron de golpe, retumbando violentamente con las pisadas húmedas y pesadas de los zapatos italianos de Héctor en la entrada

superior de la vivienda y en el suelo del parquet macizo acanalado. Héctor había vuelto.

Y el chirrido inconfundible del engranaje del ascensor acristalado interior indicaba que no iba a ir al salón o a la cocina a depositar llaves.

Héctor estaba descendiendo frontal, imparable y de manera automática en la plataforma mecánica para bajar a esa misma planta sótano donde estaba ella acorralada en plena y rotunda vigilancia tecnológica infractora no sedada, dispuesta en ese momento.

Capítulo 9: El Nuevo Régimen

El zumbido del motor hidráulico del ascensor interior parecía el rugido de una bestia descendiendo hacia las entrañas de la tierra. Clara, paralizada de rodillas detrás de la maciza torre del ordenador de sobremesa, vio a través del cristal insonorizado de la biblioteca cómo la cabina de cristal descendía lentamente por el hueco iluminado de la pared este.

Héctor estaba dentro. Su figura ancha y perfectamente trajeada se perfilaba a contraluz. Hablaba por el móvil, frunciendo el ceño, ajeno por escasos segundos al interior oscurecido de la estancia.

El pánico bloqueó las vías respiratorias de Clara. Si Héctor abría la puerta y encendía la luz general, la vería inmediatamente acuclillada tras la mesa. No había excusa válida esta vez. Ella se suponía que estaba profundamente dormida en el segundo piso, en ropa de chándal, bajo los efectos de su sedante masivo. Si la encontraba allí, vestida de calle, sudada y lúcida, la mataría. Sin inyecciones. Sin simulacros.

El ascensor emitió un suave y fatídico "ding" al tocar el suelo del sótano. La puerta metálica se deslizó.

Clara no pensó. Reaccionó con el puro instinto animal que da la supervivencia extrema. Su mirada barrió la estancia a ras de suelo y se clavó en la rejilla de ventilación alargada que recorría la parte

baja del gran mueble de caoba empotrado, a menos de metro y medio de su posición.

Héctor terminó la llamada bruscamente y guardó el teléfono en el bolsillo interior de la chaqueta. Empezó a caminar por el pasillo del sótano, directo hacia la puerta de la biblioteca.

Clara se arrastró sobre el suelo entarimado, arañando la madera con las uñas, metiéndose a la desesperada en el estrecho y polvoriento hueco de treinta centímetros que quedaba entre la pared trasera del gran mueble de caoba y los paneles acústicos. Era un espacio diseñado para ocultar cableados voluminosos y tuberías de calefacción. Su hombro chirrió contra el rodapié mientras se introducía de lado, contorsionando su cuerpo dolorido hasta quedar encajada en el hueco oscuro y claustrofóbico, como una rata en una trampa.

Justo cuando recogió la punta de su pie izquierdo hacia el interior del escondite, la cerradura biométrica de la puerta de la biblioteca chasqueó y la puerta se abrió de par en par.

Héctor encendió las luces, bañando la amplia sala con una luminosidad blanca y clínica.

Clara cerró los ojos y dejó de respirar por la boca, temiendo que el más leve jadeo la delatara. Desde su rincón en penumbra, apretada entre cables gruesos que le rozaban la mejilla, solo podía ver con un ojo la mitad inferior de la vasta estancia y atrapar fragmentos de la escena a través de la fina rejilla de ventilación del mueble de caoba.

Vio los impecables zapatos de cuero italiano de Héctor acercarse a zancadas decididas hacia la mesa central de planos. Se detuvo allí apenas un instante. Luego, caminó directamente hacia el monitor del ordenador.

El chirrido de la silla ergonómica al apartarse le indicó a Clara que Héctor se disponía a sentarse. El corazón le latía con tanta fuerza contra las costillas que temió que las vibraciones se transmitieran por el suelo de madera.

Escuchó el clic-clic del ratón al reactivar el salvapantallas.

Y luego, el sonido nítido, rítmico y terroríficamente familiar del teclado: Héctor estaba introduciendo una contraseña larguísima. Su contraseña maestra.

Clara sonrió internamente por un segundo fugaz, una sonrisa histérica, empapada en sudor. El *keylogger* de Gabriel Robles, el caballo de Troya invisible que ella había enchufado en la parte trasera de la torre escasos treinta segundos antes, estaba ahora mismo sorbiendo cada maldita tecla que su marido pulsaba. Estaba devorando el código de la caja fuerte de sus secretos más oscuros.

Héctor dejó de teclear. Hubo un silencio pesado, roto solo por su respiración calmada y los zumbidos ocasionales del ventilador del procesador.

A través de la rendija, Clara lo vio inclinarse hacia delante, apoyando los codos sobre sus rodillas. No estaba diseñando edificios. Estaba revisando el *Proyecto M*. Estaba escuchando algo. Un sonido apenas perceptible de interferencia se filtró desde los pequeños altavoces ocultos en el monitor, seguido de dos voces que Clara no logró identificar claramente porque estaban en un volumen atenuado. Parecía una discusión.

Casi quince agónicos minutos pasaron, durante los cuales Clara sintió cómo se le entumecían ambas piernas hasta convertir los músculos de las pantorrillas en nudos dolorosísimos de calambre por la forzada postura rígida y vertical, metida en aquel ataúd de pladur y madera noble. La necesidad de toser le arañaba la laringe por el intenso polvo acumulado.

Por fin, Héctor suspiró de forma cansada. Apagó los altavoces, tecleó rápidamente durante unos segundos (lo que Clara supuso fue el cierre del volumen encriptado) y empujó la silla hacia atrás.

Los zapatos italianos volvieron a entrar en su campo de visión sesgada por la rejilla, girando hacia la salida opuesta al ascensor. Héctor salió de la biblioteca insonorizada hacia el gran vestíbulo auxiliar del garaje, probablemente para buscar algo en su maletero.

Tan pronto como la pesada puerta de madera acústica se cerró a sus espaldas, amortiguando sus pasos lejanos contra el suelo pulido del exterior, Clara estiró los brazos y se expulsó literalmente del escondite con una contorsión desesperada antes de que las piernas entumecidas le fallaran y cedieran. Cayó de bruces, ahogando un gemido ronco, exhalando todo el polvo que había acumulado en los pulmones.

No tenía tiempo. Él podía volver en cualquier microsegundo en cuanto cerrara el maletero o rebuscara lo que iba a buscar.

Clara corrió agachada hacia la puerta contraria, deslizó la tarjeta de la entrada auxiliar perimetral y salió disparada por la zona del jardín en forma curva hacia el sendero lateral y trasero del gigantesco chalet con un esfuerzo rotundo.

Subió corriendo de puntillas y descalza sin respirar todos y cada uno de los escalones laterales de gravilla húmeda de la colina que delimitaba por atrás. Volvió a introducirse mediante un esprint fugaz directamente en la planta segunda, a través de la pequeña puerta trasera y de servicio que había dejado ligeramente encajada antes de tomar aquel taxi a primera hora del mediodía.

Echó el pestillo. Temblaba como una hoja golpeada de tormenta tropical.

Se arrancó los pantalones vaqueros en el pasillo, dejándolos en el cubo de la basura mezclados con toallas mojadas, y se zambulló íntegramente de cabeza y a pulso total bajo las finas sábanas de la gigantesca y fría cama con marco de roble del dormitorio con su viejo chándal gris que había recuperado de la ropa sucia, enroscándose como un feto debajo del edredón nórdico blanco un minuto escaso y preciso antes de escuchar abrirse la enorme puerta de caoba maciza del propio pasillo.

Héctor asomó la cabeza en penumbra por el resquicio frontal, portando aún la chaqueta formal en su brazo izquierdo.

Miró a su esposa, que parecía dormir profundamente y agitada de forma errática tras los estragos de su prolongado síndrome clínico

provocado, respirando densamente en el silencio roto únicamente por el suave golpeteo del viento racheado.

Y asintió para sí mismo con evidente e íntegra rotunda tranquilidad letal. Retomó el paso y cerró dejándola encerrada por enésima y macabra rutina médica a solas y atrapada dentro.

Clara parpadeó en la inmensidad negra.

"Te tengo, hijo de la gran puta", pensó en seco y asumiendo sus propias ojeras con descaro y sin piedad. "El pen drive está ya reciclando tu miserable imperio y el final del laberinto se va difuminando antes de tus putos ojos oscuros".

Dos largas, espesas horas más tarde. Héctor se marchó para volver a reunirse con los comisionistas.

Clara saltó a su ordenador portátil en la planta superior de invitados en el despacho, sacó el viejo terminal cifrado de la mesa vacía bajo el polvo del cajón oscuro, y utilizó el canal telemático paralelo seguro encubierto y temporal y abierto por un link encriptado a través del propio Inspector Gabriel Robles que él le mandó por SMS al móvil.

El código del maldito y genial infiltrador USB policial ya había logrado enviar los archivos interceptados desencriptados hacia un cajón de sastre encriptable de descarga de *WeTransfer* por una vía paralela remota blindada y oculta en los pasillos telemáticos ocultos que Gabriel manejaba de modo excepcional.

Las descargas fueron terminando como cuchillos calientes cayendo en mantequilla derretida.

Abrió de forma tajante y letal, sentada en una pequeña silla enana en la oscuridad total en aquel cuartucho aséptico y frío vacío de miradas ajenas.

Había audios. Muchos audios largos y macabros con gran formato de peso digital. En concreto, la carpeta raíz *"PROYECTO: M"*, la misma de las profundidades de la encriptación impenetrable del cerebro de

su falso marido intachable y letal, apareciendo sucia en la pantalla frente a ella sin escudos.

Pinchó en el audio titular número ocho y el más largo y pesado, marcado como "Última sesión - Mónica (Resolutiva)".
Se puso los cascos de escucha de forma rápida.

La voz altiva, teatral y aguda de Mónica Páez emergió del silencio blanco e irrumpió en los auriculares directamente en el cráneo rotundo mental de Clara en alta nitidez estruendosa, exhalando humo de tabaco entre pausas dramáticas evidentes:

"No voy a jugar más al gato y al ratón contigo en las cloacas con esta demente aturdida en medio, Héctor. Ya nos hemos hartado. Yo no soy un juguete roto, soy un tiburón en agua y esto de hoy no es el pez chico y gordo para extorsiones ridículas para la reforma legal cutre que montas de la pobre Clarividente. Mi bebé y yo, nos plantamos de lleno. De pleno, de lleno. Si el puto papel final y realísimo y con firma de notario intachable y el total de la escritura libre de todo embajaje del setenta por ciento no recae todo en mi mano antes del puñetero martes asquerosamente oscuro, y sigues jugando conmigo, querido mío de mi vida… Todo lo tu asquerosa locura paralizante con tu triste muñeca loca y reventada irá al fiscal para abrir suceso por envenenamiento y retenciones lesivas, lo se todo sobre las drogas químicas e ilegales pericialmente analizadas, lo se y tú también. Decide Héctor. O acabas este sucio teatro ahora con un corte de un tajo innegable y rotundo sobre las cadenas vacías dejando sus putos huesos desnudos en paz de manicomio, y volamos muy pero que muy lejos con mis ahorros de caja segura escondida sin control pericial y mi silencio letal para siempre, y te divorcias con todos sus malditos imperios arruinados en mi favor como estaba planificado; o la cabeza en primera plana tuya del rotundo empresario rodará antes de lo que te lo imaginas".

El último sonido del archivo fue un suspiro metálico rotundo y grueso grabado del lado directo intachable de quien escuchó amenazante en el otro hilo: Héctor aplastando el auricular con soberbia para silenciar a la arpía muerta en pie de guerra frontal

inminente y sangrienta de chantajes en la mismísima cima, la cual había perdido la cordura apostando todas sus naves al número trágico del final de ruleta con una dosis mortal y certera intravenosa del puño calculador y lúgubre puro que él guardó durante años al acecho de imprevistos fatales.

Clara lloró. Sus lágrimas ya no eran de confusión aguda paralizante en neblina. Eran las de quien descubre una red inmensa de gusanos pudriendo un árbol dorado desde hacía años, décadas casi.

Héctor no iba a encerrarla para escapar. Ella misma, desde su cordura retomada de pleno con abstinencias y horrores rotundos de sangre real encubierta a la propia justicia policial, no iba a dejarlo avanzar un solo palmo ni un centímetro a ciegas ni dejar un cabo suelto que lo salvase a plena luz. Y ese gran asalto directo, la trampa maestra frontal rotunda, se daría cita ahora mismo a plena conciencia frontal con su última pieza decisiva inmaculada: su propio teatro como rehén sin salida, acorralada en su jaula pero dominando al cazador, el juego mortal de espaldas.

De frente, sola y de lleno cara a cara con la mismísima y maldita bestia sin caretas asquerosamente compasivas impuestas de esposo desdibujado protector inmerso.

Capítulo 10: El Mensaje Oculto

Clara se quitó los auriculares con lentitud, como si fueran de plomo. El silencio de la pequeña habitación de invitados de la segunda planta le resultó ensordecedor de repente. Las palabras de Mónica seguían rebotando en el interior de su cráneo: *"Si no firma los papeles del divorcio con esa demente… la cabeza en primera plana tuya del rotundo empresario rodará"*.

Miró la pantalla de su teléfono móvil. Habían pasado casi dos horas desde que Héctor se marchó. El sol de la tarde empezaba a teñir las nubes de un naranja sucio y violáceo, visible a través del tragaluz abuhardillado de la habitación.

La confirmación absoluta del crimen, relatada casi en directo por la extorsión de la propia víctima horas antes de morir, no le produjo alivio, sino una urgencia frenética. Héctor, el meticuloso arquitecto de edificios y de desgracias humanas, no dejaba cabos sueltos. Si había matado a Mónica el martes porque el ultimátum vencía, y si sabía —como le había dejado claro en el baño escasas veinticuatro horas atrás— que Clara ya no estaba bajo el yugo de la sumisión química, la "Fase 2" del Proyecto M estaba a punto de precipitarse.

Clara necesitaba ordenar sus pensamientos. Recuperar su instinto clínico. Sacó una libreta vieja de un cajón y empezó a trazar un perfil de Héctor a la luz de los nuevos descubrimientos.

Narcisista maligno, rango funcional alto. No sentía empatía, pero poseía una inteligencia emocional destructiva; capaz de leer las emociones de los demás para usarlas como palancas de manipulación. Clara lo había diagnosticado mil veces en otros, pero la ceguera del amor y la vulnerabilidad de su propio accidente de coche la habían convertido en la presa perfecta en su propia casa.

Héctor no iba a dejarla marchar. La necesitaba incapacitada legalmente para arrebatarle su patrimonio —una cuantiosa herencia familiar que Clara mantenía en una cuenta propia y blindada bajo bienes gananciales, pero que pasaría a control del cónyuge si se demostraba una enajenación mental severa—. Mónica, al amenazar con destapar todo y exigir el patrimonio íntegro en un divorcio, había firmado su propia sentencia de muerte.

El teléfono móvil de Clara vibró de repente sobre la mesa de madera, emitiendo un pitido seco.

Sobresaltada, miró la pantalla iluminada. No era Gabriel Robles. Era una notificación automatizada de la aplicación de su entidad bancaria, *Banca Privada Navarra*.

Clara deslizó el dedo para desbloquear el terminal, el pulso acelerándose.

ALERTA DE SEGURIDAD: Transferencia Internacional Ejecutada.

Abrió la aplicación con manos trémulas y el reconocimiento facial le dio acceso a sus cuentas. Su respiración se detuvo al ver el balance de la cuenta conjunta operativa que compartía con Héctor.

Saldo Disponible: 0,00 €

—No puede ser… —susurró, deslizando el dedo por la pantalla, frenética.

Buscó el historial de movimientos de los últimos diez minutos. Allí estaba. Una transferencia única y rotunda de más de trescientos mil euros hacia una cuenta extraterritorial en las Islas Caimán, amparada bajo la misma red opaca que la cuenta suiza de Mónica. Héctor había vaciado la liquidez entera de la que disponían para operar en el día a día.

Pero el horror no terminaba ahí. Las alarmas de la app seguían saltando.

ALERTA: Tarjeta de Crédito VISA Oro terminada en 4591 CANCELADA por el titular adjunto. ALERTA: Tarjeta de Débito terminada en 8812 CANCELADA por el titular adjunto.

Héctor estaba cortando todas sus vías de escape financiero y logístico en tiempo real, mientras ella estaba sentada allí arriba. La estaba aislando, dejándola sin un solo euro para subirse a un taxi, para pagar una habitación de hotel si lograba huir, o para contratar asistencia legal de emergencia. Sus propias cuentas individuales y blindadas requerían firmas presenciales o peritaje en caso de bloqueo matrimonial, un proceso que llevaría semanas. Para el lunes, y para ese mismo fin de semana inminente, Clara Villar estaba oficialmente en la bancarrota técnica y operativa.

"Se va a fugar", dedujo Clara con un destello intuitivo aterrador. Héctor sabía que Gabriel Robles sospechaba algo, sobre todo tras el hallazgo de la fibra del abrigo rojo que Gabriel le había confesado en el coche. Héctor deducía que la red se cerraba. Había matado a Mónica, la había incriminado a ella con el abrigo y el pendiente, y

ahora se disponía a desaparecer con el dinero robado antes de que la jueza dictaminara cualquier orden extra de registro.

Pero antes de fugarse, Héctor tenía que cerrar el último frente que lo ataba a la escena y a su coartada: la propia Clara.

Un golpe lejano resonó en la planta baja. La puerta del garaje cerrándose. Había vuelto.

Clara se quedó petrificada en la silla de la guardilla. Se asomó por el resquicio de la puerta de madera.

—¡Clara! —La potente y educada voz de barítono de Héctor resonó en el pasillo inferior, trepando por el hueco de la escalera con la normalidad espeluznante de un marido que vuelve del trabajo—. ¡Cariño, he traído algo de cena del club! ¿Sigues durmiendo?

La sangre de Clara se convirtió en hielo. No podía quedarse escondida en la habitación de invitados; se suponía que estaba en su cama matrimonial recuperándose del sedante forzoso de la noche anterior. Si la encontraba allí rodeada de cables y del portátil, todo se precipitaría al abismo sin la cobertura de Gabriel Robles.

Cerró bruscamente el portátil, se lo metió bajo el brazo y corrió descalza por el pasillo superior esquivando las tablas de madera que sabía que crujían. Se zambulló en el dormitorio principal, arrojó el portátil debajo de la inmensa cama y se metió bajo el edredón, cerrando los ojos a la fuerza justo cuando escuchó los pasos de Héctor en la escalera principal.

Relajó la respiración, ralentizando su caja torácica.

La puerta se abrió con suavidad. Clara percibió el olor de Héctor antes siquiera de sentir su presencia a los pies de la cama: la mezcla inconfundible de loción cara y la lluvia fría del exterior.

Héctor permaneció en absoluto silencio durante casi un minuto completo. Observándola. Clara sentía la mirada posada en ella como un peso físico. Luchó a brazo partido contra el instinto de abrir los ojos o tragar saliva compulsivamente. Mantuvo la boca ligeramente

abierta, simulando el letargo inducido por las benzodiazepinas, dejando escapar un suspiro sordo de vez en cuando.

Finalmente, sintió el hundimiento leve del colchón en el lado izquierdo. Héctor se sentó junto a sus muslos cubiertos por las sábanas.

Una mano cálida y recia le apartó un mechón de pelo de la frente húmeda por el sudor.

—Clari… mi pobre, pobre Clari —murmuró él, con un tono melifluo que desprendía un falso proteccionismo venenoso—. El médico me ha llamado. Pareces estar creando una pequeña tolerancia a la pauta nocturna y tus brotes disociativos y ansiosos se han disparado con estrés, lo cual es inaceptable. Así que tenemos que tomar medidas más drásticas para protegerte de ti misma y de los interrogatorios burocráticos e inútiles de Robles.

Clara no se movió, aunque el pánico amenazó con provocarle una taquicardia audible.

—Este fin de semana nos vamos a ir a la cabaña de la sierra, solos —continuó Héctor, acariciando ahora el contorno de su pómulo—. Lejos de los policías hostigadores, del teléfono, de los recuerdos de Mónica. Vas a poder descansar en la montaña sin interferencias. Te llevaré yo mismo mañana por la tarde. Prepararé tu medicación para todo el viaje. Y no te preocupes por el mundo exterior, yo me he encargado de anular temporalmente tus tarjetas para que, en caso de que tengas un nuevo brote paseando por allí sola, no puedas comprar nada que te haga daño o alejarte del perímetro.

Clara sintió que el estómago se le comprimía hasta el tamaño de una nuez.

La cabaña de la sierra. Era una pequeña propiedad heredada de los padres de Héctor en la Cordillera Pirenaica, a dos horas en coche, aislada por tres kilómetros de pista forestal donde ni siquiera llegaba la cobertura de la red móvil, y rodeada de barrancos y escarpados cortados naturales.

Si Héctor la llevaba allí, no era para que descansara. Era para simular un trágico desenlace. "Ha sido demasiada culpa por la muerte de su amiga. Estaba deprimida y desequilibrada", le diría Héctor a los guardias civiles después de empujarla por un barranco, o de atiborrarla de medicamentos letales en la cama de madera de la cabaña, dejando una perfecta y falsa nota de suicidio autoinculpatoria en su nombre.

Después, él ejecutaría las cláusulas del viudo heraldo sin sospechas encima, heredaría su fortuna, y huiría a las Caimán antes de que Robles y la científica pudieran hilar el abrigo rojo y el pendiente ensangrentado. La coartada era asquerosa y brillante a partes iguales: Mónica murió asesinada por una loca de los celos disociativa, que, incapaz de lidiar con su horrenda acción, acabó quitándose la vida en la montaña dos días después. Caso resuelto y carpetazo judicial.

—Mañana prepararé las maletas, Clari —susurró Héctor, besándole la mejilla de forma prolongada, dejando la humedad de sus labios en su piel sintética—. Mañana empieza nuestro último descanso.

Héctor se levantó y salió de la habitación, apagando la lámpara y dejándola a solas en la semipenumbra.

Clara abrió los ojos. Sabía que no le quedaba margen. Tenía menos de veinticuatro horas antes de que la subiera a ese coche. No podía advertir a Robles sin levantar sospechas directas si Héctor monitorizaba las redes por WiFi del salón, y Gabriel todavía estaba tramitando las peligrosas pruebas del *keylogger* encriptadas a espaldas de sus superiores y esperando la orden judicial que, con total seguridad, no llegaría a tiempo antes del fin de semana.

Si el sistema legal no podía salvarla antes del sábado, tendría que ensuciarse las manos.

Toda la estrategia de Héctor residía en la prueba física que poseía y que la Policía no había encontrado aún en la casa de Mónica: la jeringuilla homicida o el frasco primario original del sedante con el que Héctor despachó a Mónica, sus prendas con su sangre, todo

aquello que Héctor usaría para apuntalar el caso policial contra Clara a posteriori como "la gran prueba reveladora" en la nota de suicidio fabricada en la cabaña.

Clara conocía a Héctor. Un psicópata organizado no se deshacía del trofeo fundamental de su coartada. Jamás tiraría el arma homicida real a la basura. La tendría escondida cerca de él, bajo su control total y absoluto, lista para incriminarla en su mochila en el último momento. Como la perla que dejó bajo la cama deliberadamente.

Pero no estaba en el alijo oculto del techo en el lavabo; allí solo estaban las reservas de las drogas domingueras y limpias. No estaba en el despacho.

¿Dónde escondería un narcisista orgulloso la llave maestra pericial de su victoria?

Clara se irguió en la cama, recordando los viejos manuales de perfiles psicológicos criminales del FBI que había devorado durante su época académica en Salamanca. *El trofeo rara vez se aleja de la zona de seguridad primaria del controlador*.

Héctor era un fanático del control motorizado. Le gustaba conducir. Amaba su coche más que cualquier otra cosa exceptuando el dinero. El coche en el que presumiblemente iba a trasladarla hacia su cadalso de montaña al día siguiente.

Clara se frotó la garganta, donde el eco del estrangulamiento de aquella misma mañana seguía latiendo como un hematoma oscuro y amoratado bajo la piel.

Se disponía a buscar esa prueba en las mismísimas vísceras del gigante metálico SUV del garaje esa próxima noche, y si Héctor la descubría intentándolo una vez más, la muerte por sedante se transformaría irremediablemente en una ejecución puramente a golpes físicos desnudos.

Capítulo 11: La Puesta en Escena

El reloj digital de la mesita de noche del dormitorio principal marcaba las 03:14 de la madrugada. El resplandor verde de los números era la única fuente de luz en la amplia y lujosa estancia.

A su lado, Héctor dormía con una placidez insultante. Su respiración era profunda y rítmica, ajena a cualquier atisbo de remordimiento o angustia. Dormía con la tranquilidad de quien cree tener el universo bajo su zapato y las piezas de su tablero de ajedrez perfectamente aseguradas.

Clara, por el contrario, no había pegado ojo. La mezcla de síndrome de abstinencia, un dolor de cabeza latente y la adrenalina del miedo la mantenían en un estado de vigilia tensa. Había pasado las últimas cuatro horas repasando mentalmente la distribución del garaje y del coche de Héctor.

Muy lentamente, con la precisión adquirida tras meses de vivir en una neblina de letargo fingido y movimientos ralentizados, Clara apartó el pesado edredón nórdico de su cuerpo. Se deslizó hacia el borde del colchón, milímetro a milímetro, asegurándose de que los muelles ensacados no emitieran ni el más mínimo crujido.

Se puso en pie. El suelo de madera estaba helado contra las plantas de sus pies descalzos, pero agradeció la punzada de frío; la ayudaba a anclar su cerebro a la cruda realidad física.

Caminó hacia la puerta del dormitorio conteniendo la respiración. Miró por última vez hacia la cama. Héctor seguía hundido en la almohada ergonómica, de espaldas a ella.

Clara giró el pomo de bronce con ambas manos, amortiguando el chasquido del cerrojo, y salió al pasillo, cerrando la puerta tras de sí con el mismo cuidado extremo.

Una vez en el pasillo, su cuerpo entero se estremeció. Estaba cruzando el Rubicón. Si Héctor despertaba y la encontraba fuera de la habitación a esas horas… no habría excusas de migrañas ni de sed que valieran.

Bajó las escaleras hacia la planta baja pegada a la pared, pisando exactamente en los extremos de los peldaños, donde la madera descansaba sobre la estructura y tenía menos probabilidades de crujir.

Atravesó el salón, sumido en penumbras, guiándose por el débil reflejo de las farolas del jardín a través de los enormes ventanales. Llegó a la puerta de servicio que conectaba el pasillo interior con el garaje.

Por suerte, o quizás por la arrogante seguridad que dictaba que Clara estaba drogada e inmovilizada arriba, Héctor no había pasado la llave desde dentro. Era un cerrojo simple de manilla.

Clara empujó la puerta y el olor a neumáticos fríos, aceite sintético y el pulimento químico del suelo de resina epoxi la recibió. El garaje era una enorme caverna de hormigón pulido, con capacidad para tres vehículos, aunque la joya de la corona ocupaba el centro: el Porsche Cayenne negro mate de Héctor, un acorazado de lujo agresivo que parecía devorar el espacio.

Un sudor frío le perló la nuca y la columna vertebral.

El vehículo estaba cerrado con el sistema de alarma pasivo, pero Héctor jamás subía las llaves y el mando electrónico del coche a la habitación. Tenía la manía obsesiva de dejar el llavero en un pequeño plato de vaciado de bolsillos en la consola del recibidor superior, ajeno a ella, pero como Héctor era un hombre de rutinas estrictas y prácticas para "posibles emergencias o salidas de urgencia laboral encubierta", ocultaba una llave de espadín mecánica de emergencia dentro de una caja magnética pegada en el propio bajo de una estantería de herramientas en la pared de fondo.

Clara la había visto usarla una sola vez, meses atrás, cuando el mando principal se había quedado sin pila. Cruzó los dedos para que la macabra y metódica organización de su marido no hubiera cambiado.

Se arrastró hasta la estantería del fondo, tanteó a ciegas bajo el estante inferior metálico y sus dedos rozaron la pequeña carcasa

imantada. Estaba ahí.

La sacó y extrajo el espadín analógico.

Caminó de puntillas hacia la puerta del conductor del Porsche. Las luces del techo del garaje estaban apagadas, y Clara no se atrevió a encenderlas. Solo contaba con la tenue luz ambarina que se colaba por los pequeños respiraderos de cristal en la puerta del garaje.

Metiendo la llave en la cerradura casi oculta de la manilla de la puerta izquierda, giró con infinita suavidad. Un clac sordo, completamente manual y analógico, debió desbloquear las funciones maestras sin accionar el inmenso y escandaloso pitido de la alerta acústica del cierre centralizado.

Abrió la puerta delantera y entró al vehículo. El olor a cuero nuevo y a la colonia de Héctor era tan fuerte en el habitáculo que le provocó una leve náusea traumática.

Se sentó frente al volante y tiró de la palanca inferior que abría el maletero trasero.

Volvió a salir del habitáculo con cautela, dirigiéndose a la inmensa parte posterior del todoterreno. El gran portón se había alzado unos centímetros. Lo levantó por completo con sumo cuidado de no golpear los topes amortiguadores.

La luz de cortesía del maletero amenazaba con iluminar demasiado la zona. Clara tomó un trapo viejo de limpieza que encontró en un flanco y lo arrojó rápidamente sobre la pequeña bombilla lateral, atenuando el resplandor a una débil luminiscencia roja.

Comenzó a registrar la inmensa zona de carga plana y tapizada. No había objetos personales a la vista. Levantó la pesada y gruesa alfombra de felpa que cubría el suelo completo.

Bajo ella, junto al hueco ahuecado y sin rueda de repuesto provisto solo del kit antipinchazos estándar, había un panel modificado de chapa negra, que evidentemente no venía de serie, fijado con dos pestañas de rotación rápida, integrándose a la perfección con la silueta original de la estructura.

El escondite del cazador. El orgullo narcisista jamás permitía a un psicópata alejarse de su control total.

Con pulso tembloroso y el corazón estallándole en las orejas debido al ruido seco y profundo del latido constante por la falta abrumadora de la tregua del sueño, Clara forzó las pestañas con las yemas de los dedos, partiendo una uña casi de cuajo en el intento desesperado, y levantó el gran panel opaco.

El hueco oculto interior quedó al descubierto.

El estómago de Clara dio un vuelco repugnante.

Allí estaba. Una gran bolsa con cierre de vacío transparente hermética.

En su interior, las pruebas físicas que condenarían a un hombre a una vida entera entre rejas, o que justificarían una supuesta caída suicida de una perturbada mental por un barranco en las montañas de los Pirineos como expiación de sus pecados sangrientos.

Lo primero que vio, doblado brutal y torpemente como un amasijo textil deforme, fue una blusa de seda blanca cruda. La blusa que Mónica llevó en su última comida de negocios con Clara. La tela estaba endurecida, empapada y completamente cubierta por manchas gigantescas y oscurecidas de sangre seca; salpicaduras arteriales violentas, el producto de unos cortes limpios de cuchilla y un forcejeo violento de defensa inútil.

Junto a la ropa, había también una gruesa toalla de baño roja, la misma que Clara vio faltante en su inspección tras el cordón policial; la toalla que, sin duda alguna, Héctor usó para envolver a una Clara narcotizada, sedada y babeante bajo sus brazos, frotándola contra el gigantesco charco hemático de la bañera y dejando un reguero innegable de rastro genético para pringar luego a su propia mujer mediante esa transferencia delatora que la incriminase de lleno si hiciese falta a posteriori de encontrar aquella sola joya.

Pero eso no era todo. En el lateral inferior del cajón de la chapa interior sin luz quedaban dos elementos diminutos, pero demoledores a nivel personal.

Un estuche clínico blando y de marca hospitalaria azulada. Seguro que de ahí salió el letal e intachable vial de sedante anestésico y su paralizante en grado agudo superior y mortal para detener a una mujer pletórica embarazada de los últimos días en pleno acto reivindicativo frontal e imperioso contra el propio señor arquitecto intocable de Pamplona.

Y por último, lo que Clara jamás esperaba hallar ni tan a destiempo.

Un pesado y voluminoso sobre de papel burbuja ocre y cerrado con cordel.

Clara lo agarró, notando el peso asimétrico, y lo abrió bajo la atenuada luz roja del trapo de limpieza.

Un pasaporte oficial del Reino de España. Abrió la tapa con el escudo con un solo dedo helado y sucio de polvo. La foto era de su marido. La ceja alzada, el pelo oscuro pulcramente cortado, los ojos oscuros de vacío racional, y la mandíbula cuadrada de lobo narcisista y soberbio intacta impasible.

Pero el nombre impreso a su lado, en el margen inferior de la gruesa cartulina blanca, no era ni de asomo de él.

Daniel Valdés Arrieta.

Las fechas de las hojas interiores revelaban más de una decena de viajes a Zurich, Ginebra y Lucerna a lo largo de los dos últimos años fatídicos en los que Mónica ya extorsionaba de forma brutal, amparado en la más fría impunidad.

Y junto al pasaporte falso de extrema calidad institucional, una gruesa faja de papel térmico, gruesa de bordes picados correspondía a dos intachables y caros billetes de vuelo de aerolínea comercial suiza expedidos nominalmente al Señor *Valdés Arrieta*, en un puente de traslado y salida únicamente con origen aéreo en Biarritz y con único y glorioso destino libre de extradiciones a un paraíso remoto. Fecha del vuelo de embarque: a las 8.35 A.M del domingo inminente.

Solo medio día después de la visita obligada fatal en coche de matrimonio programada expresamente en alta cuota de montaña escarpada de los Pirineos junto a una pobre y desquiciada esposa demente que acabaría rotunda bajo los afilados peñascos empinados.

El cuadro pintaba perfecto. Héctor no planeaba nunca acompañar en las sombras al supuesto duelo posterior, no. Ella caería rota en un accidente macabro autoinfligido la noche del sábado, él volaría lejos en el primer domingo desde Francia la mañana inmediata en avión privado, para, supuestamente, "acudir a buscar con desesperación en dolorosa ruta su viaje familiar de reconexión tras avisar a urgencias", suplantado de arriba a bajo para jamás ser hallado junto a toda su gruesa cuenta financiera sustraída intachable.

Clara se tapó la boca para ahogar un sollozo seco de puro horror que resonó inmenso en medio del silencio denso e intocable de la enorme cochera acorazada. Lloraba de espanto helado, no de simple terror pasional. Era el horror más hondo que siente una presa ante la mente matemática desquiciada del depredador supremo a dos metros del suelo libre frente a la puerta definitiva abierta ante él con todo atisbo resuelto.

Dejó el pasaporte encima. Apartó la gran blusa de la amante asesinada a sangre fría. Tenía que arrancar aquello. Llevarse esa enorme e indignante amalgama asquerosa, con sangre real corrompida y pasaporte falso en mano rotunda, salir pitando de aquella puerta negra exterior para gritar a todo volumen a Gabriel Robles a solas en lo oscuro del recinto externo de seguridad para detener de una santa vez su enorme y colérico imperio asesino sangriento allí sentado ante ella al momento, con tal pesada confirmación.

Agarró toda la gran bolsa entera, apretándola contra su abdomen sudoroso, y dio el primer paso rotundo girando de modo seco fuera del fondo ancho inmenso del cajón de la parte trasera con forma veloz e imparable de la misma pesada parte de carga cubierta por la

gran puerta elevada trasera inmensa automática y frenando en el suelo liso e intocado.

La enorme, gélida luz principal del plafón superior del oscuro garaje crujió de repente, disparando un destello cegador que iluminó todo el habitáculo del hormigón como una nave de ejecución a pleno día mortuorio.

Clara se quedó congelada, de rodillas fuera de la carga y el Cayenne, con ambos brazos aferrando el voluminoso saco transparente teñido del reguero hemático real al pecho abierto en peso.

Una sombra gigantesca bloqueó a pleno contorno superior oscuro su propia ruta y línea escape por la puerta estrecha que antes comunicaba libre al gran recibidor interior de la propia casa con rotunda impunidad total, donde supuestamente él debía estar inerte dormitando tranquilo sin alerta en su gran cama a solas en el lecho.

Héctor no iba uniformado de traje como un lord burgués impoluto.

Llevaba un mero y ajustado grueso pantalón negro y una camisa abierta intachable frontal, en pie recto firme, con las patas de su porte apoyadas sin apenas peso, observando impasible y helado, en mitad total de la luz despiada, a la ridícula forma desvestida gris chandal de la fugaz supuesta loca demente, sin asomo de la falsa cordura medicada sumisa y arrastrando con sus propios y delgados brazos al crudo trofeo principal exhumado desde sus abismos blindados.

Dio tan solo un rítmico, asqueroso y denso tramo de zancada en silencio aplastante hacia la carrocería en sombra del trasero del vehículo abierto al aire. Sus oscuros ojos ya ni reflejaban falso celo asustadizo e indulgencia, ni disimulo empático alguno. Solamente poseía el furor del abismo absoluto y racional desatado hacia el control supremo.

—Ya no me sirves amnésica, Clari —dijo Héctor, en un tono suave pero desprovisto de todo eco de humanidad—. Deja lo que es mío, y sal de ahí ahora mismo.

Capítulo 12: La Visita Inesperada

Héctor no gritó ni corrió hacia ella. No lo necesitaba. El espacio cerrado del garaje estaba sellado. La puerta que daba a la calle requería un código numérico y un mando a distancia para abrirse; el portón peatonal de emergencia estaba cerrado con llave. Clara era un ratón atrapado en una caja de zapatos de hormigón armado con la serpiente bloqueando la única gatera.

—Te equivocaste de pastillas… de nuevo —Héctor ladeó la cabeza, su voz despojada del tono compasivo, reemplazada por una impasible curiosidad científica—. Aunque debo admitir que tu resistencia al haloperidol inyectado es notable. Fascinante, de hecho. Supongo que el instinto de supervivencia es una variable biológica que subestimé en mis cálculos de dosificación para tu peso corporal.

Clara apretó la gruesa bolsa hermética contra su pecho, retrocediendo a rastras sobre el suelo de resina epoxi hasta chocar con la pared fría de mampostería, cerca de la rueda trasera del Cayenne.

—Lo sé todo, Héctor —escupió ella, su voz temblando por la falta de sedantes, pero afilada por un odio volcánico que llevaba fermentando semanas enteras bajo su piel narcotizada—. Sé lo de Mónica y el bebé. Sé lo del Proyecto M y las transferencias a Suiza. Y ahora tengo la puñetera prueba forense de que enviaste a tu amante al matadero.

Si Clara esperaba que la acusación directa lo resquebrajara o lo llevara a una confesión emocional cargada de justificaciones patéticas, se equivocó de pleno. Héctor no era un marido arrepentido que había cometido un error de pasión. Era una máquina de eficiencia y ego.

Él se acarició la mandíbula plana, dando dos pasos lentos y rítmicos hacia adelante. Sus zapatos de estar por casa no hacían ruido.

—Mónica era un parásito que amenazaba con devorar el cuerpo anfitrión. Una mujer inestable y codiciosa que tuvo la desfachatez de

intentar extorsionarme usando mi propia reputación contra mí, amenazando mi patrimonio, mi futuro y todo por lo que había trabajado —Héctor suspiró, como si explicara un problema matemático complejo a una estudiante rezagada—. Destruyó su propia vida en el momento en que pensó que yo aceptaría el chantaje de un embarazo no deseado y un sucio chantaje que destapara mi estrategia contigo para asegurar nuestras finanzas en caso de divorcio. Yo solo limpié la asquerosidad antes de que infectara nuestras cuentas, Clari. Yo la eliminé para salvar lo nuestro.

—¿Salvar lo *nuestro*? —Clara soltó una carcajada ronca, desquiciada, aferrando la bolsa con tanta fuerza que sus nudillos crujieron—. Destruiste mi salud mental pieza a pieza. Me lavaste el cerebro. Me mantuviste en coma químico inducido durante seis meses, haciéndome creer que enloquecía por mi propio trauma. ¡Me arrastraste drogada a la bañera de esa arpía para manchar mis puñeteras ropas y mis manos de sangre por si la policía se acercaba a ti!

Héctor levantó una mano, deteniendo su discurso sociópata, con los ojos de tiburón clavados en la bolsa de pruebas.

—Y funcionó a la perfección. Eres la cabeza de turco ideal. Una doctora psiquiatra rota, que pierde el juicio al enterarse de la infidelidad de su mejor amiga, en pánico total y amnesia disociativa. Nadie, Clara, absolutamente nadie cuestiona a un marido doliente que protege a su esposa deprimida… Y ahora que Robles olfatea demasiado la línea del abrigo rojo y el maldito pendiente roto tuyo, es hora de poner fin a esta tragicomedia patética en la montaña con tu suicidio agónico.

Héctor se lanzó hacia adelante con la velocidad espantosa de un depredador, salvando la distancia de tres metros en un segundo.

Clara chilló y rodó desesperadamente hacia la derecha, rozando el neumático brillante del todoterreno. Las manos de Héctor atraparon el borde de la bolsa de plástico hermética, tirando de ella con una fuerza brutal antinatural, capaz de desgarrar tendones.

Clara no soltó la bolsa, pero la tracción repentina la arrastró por el suelo de resina como un muñeco de trapo, abrasándole las rodillas del chándal y quemándole la piel de los tobillos desnudos bajo los calcetines.

—¡Suéltalo! —gruñó él, y el barniz de la frialdad se rompió por fin. Su rostro se contorsionó en una máscara de rabia primitiva, las venas del cuello palpitando. Alzó un brazo macizo y descargó un bofetón con el reverso de la mano directamente contra el pómulo izquierdo de Clara.

El impacto fue demoledor. Un crujido blanco estalló en la visión de Clara y su cabeza rebotó violentamente contra el suelo liso de garaje con un sonido húmedo. El zumbido ensordecedor le llenó los oídos y perdió el agarre de la bolsa plástica. El sabor a cobre y óxido de la sangre caliente le inundó la boca por la rotura directa del labio mordido.

Alzó la vista, mareada. Héctor se irguió triunfalmente abrazando el saco macabro lleno de los objetos asesinos, con la respiración entrecortada por el súbito brote de agresión salvaje.

Clara intentó incorporarse a cuatro patas, tosiendo sangre manchando de goterones carmesíes el impoluto epoxi perlado de su garaje millonario. Sentía que se asfixiaba, víctima de la somnolencia aplastante previa más la contusión reciente directa en la cabeza. Héctor apartó el rostro ligeramente asqueado por la escena patética de la debilidad extrema de la psiquiatra.

Dejó la gran bolsa momentáneamente en alto apoyada en el capó negro del propio coche de lujo opaco, y se remangó los botones de la impoluta y fina camisa negra con pasmosa y mortal lentitud.

—A la montaña será imposible llegar en unas pocas horas dadas las circunstancias, supongo —dijo Héctor entre dientes, acercándose de nuevo a ella, extendiendo sus manos grandes con intención clara de estrangulamiento terminal—. Simularemos un triste y patético ahorcamiento en las propias escaleras interiores. Una sobredosis accidental de ansiolíticos más suspensión agónica inducida porque la

culpa te abrumó. “Lo siento, yo maté a Mónica”. Escribiré hoy mismo yo la puta nota a mano intentando asimilar tu asquerosa e infantil letra redonda, igual que copié tus firmas en los informes y los cobros durante tantos meses asquerosos soportándote.

Clara retrocedió, gateando de espaldas desesperada chocando violentamente con las posaderas contra algo metálico, grande y recio apoyado bajo una recia tela y lona en el segundo pilar principal de central del aparcamiento cerrado.

La mesa de herramientas mecánicas completa, repleta del recambio del coche y jardinería exterior de gran calibre pesado de acero inoxidable de marca superior alemana.

Tanteó a ciegas con la mano derecha, subiéndola detrás de ella hacia la base metálica inferior de repisas encajadas sueltas del soporte inferior negro, sus dedos desesperados resbalando entre charcos de aceite seco, resortes metálicos finos, y algo rotundo. Pesado, frío y largo. Una llave de grifa industrial de fontanería para cañerías del riego de jardín gorda. Dos palmos y medio de hierro fundido forjado puro, manchada de grasa marrón.

Héctor estaba a menos de un metro, lanzando sus dos manos ya abiertas y tensas para cerrar su gruesa arteria.

Clara lanzó su brazo oculto en cruz desde detrás de la cintura en un arco ascendente enloquecido, aullando con una ferocidad animal que desgarró su garganta ensangrentada. Toda la adrenalina pura condensada en el miedo rotundo a morir de manera ignominiosa fluyó íntegra en aquella herramienta improvisada hacia la cabeza del intocable arquitecto.

El pesado hierro de la grifa voló raudo golpeando con un sordo y terrorífico crujido rotundo (“¡Clack!”) exactamente en el lateral desprotegido exterior de la rodilla izquierda de Héctor.

Él bramó, un alarido gutural enorme e indigno en medio de su furia elegante de verdugo superior frenado de cuajo inmenso, cayendo fulminado hacia delante en plancha total estrellando su cuerpo

ancho sobre el capó mate rompiendo la inercia absoluta con la bolsa de seguridad intacta del crimen bajo su propio vientre asombrado.

—¡Zorra histérica asquerosa! —vociferó, retorciéndose agarrándose el grueso menisco evidentemente fracturado y partido bajo el pesado chándal negro intentando recomponer la base aplastante para saltar y asesinarla por fin definitivamente—. ¡Te voy a destrozar la cabeza pedazo a pedazo!

Clara no esperó a que se levantara o mitigase el incalculable shock fulminante inicial del impacto crudo rotundo.

Saltó como un felino desde el suelo apoyada en la pared. Corrió agarrando la bolsa transparente de peso desde la base en el lateral bajo y derecho tirando fuertemente desde su propio brazo herido en medio del brutal forcejeo desesperado escapista sin control desde la chapa metálica caliente negra con Héctor gritando enfurecido bajo la contusión paralizante directa y sorda momentánea.

Se precipitó a toda carrera sangrante, desesperada directa hacia el teclado lumínico del centro del engranaje del único, enorme y maldito portón opaco blindado exterior blanco motorizado automático al gran pasillo de cemento rampa en subida libre.

Con los dedos cubiertos de sangre fresca, tecleó de memoria rotunda su propia clave matrimonial y del código exterior manual por defecto en la casa que jamás se atrevieron a cambiar de forma rutinaria. El zumbador pitó verde continuo. El rotundo y enorme portal metálico comenzó a ascender ruidosa y mecánicamente chirriando muy pero muy lentamente en el riel de engranaje superior vertical por cadenas abriendo hueco frío en ascenso en plena penumbra frontal oscura exterior de granizo cerrado helado de Pamplona al pie de acera de madrugada intempestiva ciega aislada fuera.

Cuando apenas la distancia y hueco midió medio metro de asfalto gris liso visible exterior sobre su acera en base calle baja mojada en frente libre…

Clara se tiró al suelo helado bajo asfalto oscuro asqueado, pasando entera por debajo rasando la fría y asquerosa chapa arrastrando sus costillas encajadas rotas, la bolsa y pasaporte aferrado rotundo tirando desesperada, desgarrando a tirones crudos en carne viva desde las piernas y pasando la total y gélida cadera sobre la gravilla saliendo finalmente arrastrada íntegra y entera afuera en caída libre, mientras él Héctor intentaba reptar de lado apoyado dolorido de atrás inútilmente desde su rodilla con rotura clara supurante en su asquerosa caza fallida maldita rotunda sin alcance ciego.

Fuera. Libre.
Lluvia intensa directa a su rostro morado roto y a la noche helada aplastante callejera.

Clara corrió chillando afónica calle abajo bajo todos los focos intermitentes de asfalto urbano nocturno desierto hasta colapsarse sobre el faro gris de un coche ancla camuflado francés que frenaba rotundo frente al paso cebreado encendiendo sirenas frenéticas insonoras estruendosas azules que rompían desde sombras frontales el propio asfalto helado salvador y oficial directo rotundo intocable policial blindado total para siempre intraficable a por ella. Gabriel Robles se bajó rápido corriendo.

Capítulo 13: El Error del Arquitecto

El interior de la comisaría central de Pamplona a las cuatro en punto de la madrugada era un ecosistema extraño, saturado por el olor permanente a café rancio de máquina, sudor frío de los pasillos de calabozo y luz fluorescente despiadada que no dejaba rincón sin desnudar.

Clara Villar, sentada en la silla de ruedas de emergencia que Gabriel Robles había ordenado traer nada más sacarla del coche patrulla, parecía un espectro rescatado de las profundidades de un naufragio. Temblando bajo una gruesa y áspera manta ignífuga de la Policía Foral, con el labio hinchado rezumando pequeñas gotas de sangre y el pómulo izquierdo floreciendo en unas gamas violáceas y amarillentas por el bofetón de Héctor.

Pero a pesar del dolor y del brutal descenso en picado de sus niveles químicos por el síndrome de abstinencia, sus ojos proyectaban una lucidez cortante, animal, de un azul oscuro insondable.

Sobre la mesa metálica del pequeño y espartano despacho del inspector jefe, descansaba la inmensa bolsa hermética. El trofeo macabro.

Gabriel no estaba solo. A su lado se erguía el Comisario Principal, un hombre de hombros anchos y mirada escéptica que había sido arrancado de la cama veinte minutos atrás ante la llamada urgente de Robles del código "Homicidio Nivel 1 - Evidencia Física Primaria". Y, a su derecha, un técnico de policía científica de guardia en bata blanca, preparando hisopos y reactivos de prueba rápida sobre la encimera adyacente.

El silencio era pesado. Gabriel cortó el plástico exterior de la bolsa de vacío con una navaja táctica, bajo la atenta y minuciosa mirada de una pequeña cámara de vídeo policial fijada en la esquina superior de la habitación para grabar la cadena de custodia directa desde la extracción civil.

Con infinito cuidado y usando guantes de nitrilo azules, el inspector extrajo el contenido, depositándolo sobre un enorme papel plástico estéril blanco.

La blusa de seda, oscurecida casi en su totalidad por la sangre coagulada, exhaló un olor dulzón y cobrizo a pesar del tiempo transcurrido en el vacío del maletero. La gruesa toalla de rizo rojo, apelmazada. El estuche del vial hospitalario con la ampolla a medio usar. Y finalmente, el pasaporte falso y los billetes a Suiza.

El Comisario Principal exhaló el aire lentamente por la boca, frotándose la barbilla sin afeitar.

—Jesucristo bendito… —murmuró, la incredulidad inicial cediendo paso a una rotunda y gélida asunción profesional de los hechos—. Robles, esto es… es una maldita carnicería en miniatura portátil.

—Es el kit completo de un asesinato por premeditación y la escenografía del incriminamiento y posterior fuga paralela, señor —

respondió Gabriel con voz monocorde, pero en la cual Clara notó un profundo eco de triunfo contenido—. Tenemos el arma química sedante, la ropa de la víctima brutalizada y el documento de fuga bajo suplantación de identidad para desaparecer de suelo nacional en unas horas.

El técnico de bata blanca se adelantó con un hisopo, frotó levemente un fragmento de la blusa endurecida e introdujo la muestra en un pequeño tubo de ensayo con un líquido reactivo traslúcido. Sacudió el tubo durante cinco segundos.

El líquido viró instantáneamente a un fucsia radiactivo, intenso e innegable.

—Positivo por hemoglobina humana en masiva cantidad, señor —confirmó el técnico, tomando después el vial del estuche con unas pinzas—. La ampolla del sedante tiene la etiqueta íntegra. Es propofol modificado de alto impacto quirúrgico, el mismo componente hallado en el cribado *post mortem* de los pulmones y la sangre de Mónica Páez por el forense en el levantamiento bajo el acantilado. Este estuche no es genérico. Tiene un número de serie de la Clínica Universitaria, rastreable hasta su pedido si levantamos el historial al proveedor de suministros de farmacia mañana por la mañana.

Gabriel asintió, mirando directamente a Clara, quien apretaba sus manos sobre la manta con los nudillos blancos.

—Y por último —Gabriel deslizó el pasaporte falso por la mesa hacia el Comisario—. Héctor Villar es un excelente arquitecto para cimientos y engranajes mecánicos, pero un chapucero en biometría. Este pasaporte original, en esta página… tiene sus propias e inmensas huellas digitales impregnadas de sudor en la hoja frontal del barniz bajo la fotografía. Huellas limpias. La científica no tendrá que forzar ni una lente para sacarlas cien por cien coincidentes. Él mismo selló su pacto hoy aquí mismo y con esta bolsa en medio de su coche. Ponga mi placa en la picota si Mónica Páez no murió a causa del hombre documentado bajo ese falso nombre y esta fotografía.

El Comisario Principal dio un puñetazo rotundo sobre el aluminio de la mesa, un golpe seco de autoridad que levantó a casi todos los presentes.

—Se acabó el blindaje del intocable señorito de la jet set navarra —sentenció, volviéndose hacia Gabriel—. Robles, quiero un equipo SWAT de operaciones tácticas especiales de la Foral, dos patrullas de asalto del Grupo de Intervención perimetral, bomberos con hacha de rotura frontal, unidad canina y ambulancia blindada a las puertas de ese chalé de la afueras en menos de veinte minutos cronometrados y exactos. Córtenle el suministro eléctrico a toda la manzana antes de cruzar la verja. Quiero una orden de busca y captura telemática de grado uno cursada al juzgado de guardia para el ciudadano Héctor Villar firmada e interpuesta de forma íntegra ahora mismo. Ciérrame todos los aeropuertos del norte y controles fronterizos con Francia y pirineos bajo ese falso nombre de Valdés Arrieta hace diez minutos.

La maquinaria mastodóntica y abrumadora del Estado, que Héctor había manipulado y utilizado en su favor para hundirla durante meses acusándola de locura disociativa, se ponía por fin de forma absoluta, masiva y sin clemencia, bajo el amparo ciego y absoluto de su propia y descubierta monstruosidad rotunda.

Veinte minutos después.

Los monitores de la sala de crisis superior de la comisaría emitían en directo la asalto de los GEO de la Foral al chalé millonario. Clara, abrigada y exhausta bajo tazas de café para reanimar su colapsado organismo mediante chutes de puro y doloroso insomnio y azúcar extremo, observaba la pantalla granulada en blanco y negro a través de la *bodycam* incrustada en el casco del teniente al mando.

—"Accediendo por portal motorizado dañado. Garaje despejado" —crepitó la voz táctica por el auricular general—. "Vehículo Cayenne aparcado con los motores en frío. Sin rastro de calor corporal bajo las gomas traseras, el maletero levantado y manchas de fluído rojizo en el pavimento de la izquierda."

Clara tragó un trago amargo. Era su propia sangre sobre el epoxi por el golpe frontal brutal provocado en la mejilla al chocar rotundo.

—"Perímetro bajo asegurado, entrada a sótano inminente. Tres, dos, uno, apertura blindaje sonoro" —hubo un sonido de derribo sordo contundente. "Biblioteca despejada. Repito, sótano limpio y ordenador reventado a mazazos en pedazos sobre la misma mesa de proyectos principal."

Héctor no iba a dejar intacta a la suerte, la máquina original con sus oscuros archivos escondidos. Pero ya era tarde. El archivo *WeTransfer* interceptado por el pendrive policial seguía anclado en los servidores europeos y Robles ya lo tenía salvaguardado en los de la Policía de delincuencia tecnológica por triplicado oficial.

—"Ascendiendo a plata de dormitorios, pasillo principal en asalto".

La cámara subió por las hermosas y lujosas escaleras de madera de roble, derribando puertas a diestro y siniestro. Dormitorio principal. Dormitorio de invitados. Despacho.

—"Inmueble totalmente vacío. Repito, el pájaro ha volado. Unidades exteriores en batida amplia confirmando que ni rastro visual del sujeto en las pistas de grava ni en la colina limítrofe hacia las urbanizaciones en veinte hectáreas perimetrales."

El Comisario maldijo por lo bajo con una sonora y desagradable letanía vasca encendiendo un pitillo saliéndose al pasillo de ventilación superior rotundo.

Clara suspiró hondo. En el fondo lo sabía. Apenas ella salió reptando sangrante por el portón elevable hace un par de largas y espesas madrugadas crueles hace apenas más de una hora, la colosal y soberbia mente arquitectónica analítica, psicopática y superior que movía el cerebro y todo asomo frontal en ese monstruo comprendió absolutamente la situación insostenible de cara que ella le echó de forma inesperada. Sabía que el *keylogger* o lo que diablos le había introducido delataría todo antes de nada. Héctor sabía que con su propio cuerpo huyendo hacia los azules policiales directos a por asilo

de emergencia forense a menos de cinco escasos kilómetros, la trampa y toda careta estaba destrozada.

Héctor era un hombre pragmático, la huida bajo sombras improvisadas superaba el burdo intento loco de ir a atraparla armada por la callejuela urbana de asfalto lleno a lo descarado, la bolsa entera exiliada a comisaría lo encerraba de por vida bajo una dura celda. Así que tomó todo el grueso de emergencia manual físico intacto antes del allanamiento de manera fulminante.

—No te preocupes, lo encontraremos. Es un tipo de metro noventa forrado en trajes a medida y las tarjetas están bloqueadas, no es Jason Bourne en medio de Europa —dijo Gabriel Robles, sacándola de su enorme y rotundo estupor sentándose a su lado apoyando un enorme café hirviendo delante de sus cansadas y destrozadas manos sucias bajo esparadrapos improvisados locales—. Y tú, ahora mismo, pasas a cargo directo bajo protección oficial estatal policial del propio Estado judicial inminente bajo amenaza grado máximo de muerte colateral. Ni hotel, ni domicilio familiar, ni asqueroso hospital psiquiátrico de la Seguridad Social a la vista ciega donde te droguen de nuevo a gusto por su puñetero encargo legal civil y privado.

—¿A dónde voy, Gabriel? —Clara sonó a niña perdida asustada.

—Piso franco número doce de la guardia foral en zona alta aséptica montañosa alejada total de los centros viales. Una fortaleza de cuarenta metros cuadrados bajo bloque residencial fantasma, puerta acorazada con circuito directo biométrico, dos agentes de vigilancia cruzada armada rotunda en la mismísima puerta escalera externa veinticuatro horas en guardia estática inamovible, sin acceso telefónico no encriptado y las persianas opacas blindadas a solas en lo oscuro del nido. Dormirás entera hasta agotar toda tu rotunda sobredosis del puto cuerpo maldito bajo el dolor agudo, limpiarás tus venas bajo reposo médico seguro mandado por nosotros, y esperarás plácida en lo absoluto de tu soledad tu citación formal directa total mañana en juzgado de tribunal superior a salvo en coche blindado hasta que cacen a tu adorable marido intachable

cabrón asqueroso allá donde esté escondido por el lodazal de occidente.

Clara asintió. Se encontraba agotada, derrotada físicamente en grados inimaginables, pero su corazón latía por fin tras meses en la penumbra asqueada y rota con genuina esperanza inmaculada. Él la encerró en su locura dorada en la inmensa casa perimetral abuhardillada aislada y muerta; ella por el rotundo precio de salir a patadas herida arrastrándose al hielo, le enviaba a su propio calabozo para siempre bajo fuga mundial.

El traslado tuvo lugar en completo secreto ciego antes de que la propia aurora naranja amaneciera, a bordo franco de un gigantesco furgón policial oscuro por entero con lunas impenetrables, serpenteando para esquivar rotunda curiosidad urbana hasta llegar al altísimo bloque feo anodino.

Subió hasta el piso catorce rotundo acompañada y cubierta como un maldito escudo. Robles dictó las pautas rígidas secas a los agentes armados y le dejó un simple, lúgubre, y viejo terminal prehistórico grueso a Clara antes de marcharse asintiendo protector.

—Usa este móvil exclusivamente para contactar si sufres pánico agudo repentino o si notas cualquier detalle médico extraño o pautas de fiebre inmanejables por el propio síndrome abrupto, yo seré rotundo garante único personal sin desvíos. La línea es unidireccional secreta hacia la centralita encriptada. Descansa y recobra lo robado.

Clara se quedó a solas. Arrojó el viejo y abultado teléfono oscuro oficial a la encimera. Se tumbó sin fuerzas sobre el rudimentario y duro colchón del pequeño e insonoro dormitorio franco lúgubre, que paradójicamente le parecía el lugar más libre del mismísimo y doloroso mundo para sanar.

El silencio fue espeso la pequeña habitación estéril. Cerró al fin los dos grandes párpados heridos amoratados bajo su propio peso de acero rudo.

Diez minutos exactos, ni más ni menos después.

El pequeño y antiguo terminal ciego policial grueso del mostrador parpadeo silenciosamente a un escaso metro sobre la pequeña repisa rústica, interrumpiendo un letargo al primer latido negro hondo de agotamiento con un rugido agudo punzante estridente.

Clara rebotó espantada por inercia del cuerpo paranoico y agudo sin anestesia saltando ciega alerta a pesar de las protecciones rotunda frontales impuestas por todo cuerpo escolta.

Tomó con el mismo temple crudo agrietado del labio sangrante de manera helada el rústico teléfono. Ni siquiera era una llamada. Una sola vibración mecánica del rotundo mensaje textual del número privado y sin paraguas de remitente en total anonimato local, incrustado y visible tajante al desviar tajante la propia centralita rotunda del Inspector y colarse de pleno certero de forma inexplicable tras cada puerta acorazada:

"Disfruta del ridículo zulo doce, Clari. Su blindaje opaco lateral ciego se construyó majestuosamente, como bien sabrás porque prestaste dinero, precisamente por mi enorme y propia firma como contratista subadjudicado pericial. Veo las luces desde donde yo aparco. Yo construyo mis laberintos ciegos de ratas asquerosas mucho, pero que muchísimo mejor de lo que las puñeteras placas forales saben de pura rotunda inercia cerrarlos. Buenas noches y dulces pesadillas letales en exclusiva de mí para ti desde rotundo abismo."

Capítulo 14: El Viaje Final

El despertar no fue un suave regreso a la conciencia, sino una zambullida violenta y dolorosa en un océano de terror en movimiento.

Clara abrió los ojos de golpe, aspirando una bocanada de aire helado que le quemó la garganta reseca. La cabeza le daba vueltas en una espiral nauseabunda, cortesía del gas que Héctor, sin duda alguna, había liberado por el conducto de ventilación del baño tras interceptar su plan y arrinconarla en la planta superior de su propia casa, justo antes de su intento de escape.

No estaba en el piso de arriba. Estaba en el asiento del copiloto del Porsche Cayenne.

Fuera, más allá del grueso cristal tintado, el mundo era un hervidero oscuro de agua y furia. Una tormenta pirenaica de proporciones bíblicas azotaba la carrocería como si intentara volcar el pesado vehículo. Los limpiaparabrisas aullaban en su máxima velocidad, apartando cortinas de lluvia helada y aguanieve, revelando fugazmente la negrura de un sinuoso y estrecho camino forestal de montaña flanqueado por inmensos pinos que se retorcían bajo el viento.

Intentó llevarse las manos a la cabeza, pero un tirón brusco y áspero le detuvo los brazos en seco.

Miró hacia abajo. Sus muñecas estaban fijadas con bridas plásticas de grado industrial de los suministros de construcción de Héctor, atadas firmemente al armazón metálico situado bajo el asiento de cuero, cruzando sus piernas también fuertemente ligadas a la altura de los tobillos. Estaba completamente inmovilizada, reducida a la impotencia de un fardo de mercancía que se transporta al vertedero final.

—Bienvenida de nuevo, Clari —dijo la voz sosegada y educada de Héctor desde el asiento del conductor, sobresaliendo por encima del estruendo sordo de la tormenta—. Temí haber calculado mal la mezcla del anestésico en aerosol para la habitación. Habría sido una verdadera lástima que no pudieras disfrutar de nuestro último trayecto juntos sintiendo el aire fresco.

Clara giró el cuello con dificultad. El perfil de su marido aparecía débilmente iluminado por el tenue resplandor del cuadro de mandos digital del todoterreno. Conducía con una sola mano en el volante, relajado, la mandíbula cuadrada en un ángulo de perfecta indiferencia, como si estuviera yendo a echar gasolina en lugar de a perpetrar un asesinato en primer grado para tapar otro.

—Monstruo —graznó Clara. La voz le salió rasposa y quebrada.

Héctor no se alteró en lo más mínimo. Soltó una risa ahogada, condescendiente, mientras maniobraba con suavidad para evitar un enorme bache lleno de barro negro.

—Siempre tan predecible con las etiquetas dramáticas —replicó, encendiendo la calefacción de los asientos—. La verdad es que me has decepcionado un poco, Clara. Tardaste demasiado en unir los hilos de Mónica, y cuando por fin lo lograste, tu plan de colocar el *keylogger* de la policía, gracias a tu amiguito el Inspector Robles, fue dolorosamente torpe.

Clara sintió que el poco calor que le quedaba en el cuerpo abandonaba sus extremidades. Él lo sabía. Lo sabía todo desde el principio.

—Subestimaste mi red de seguridad, cariño. Es el viejo defecto de tu profesión; creéis que todos somos ratas de laboratorio de vuestros libros. Cuando robaste el último vestigio real de pruebas bajo mi asiento en garaje anoche, creyéndote a salvo en plena madrugada y sacada de las catacumbas del coche como una asquerosa ladrona… supe que ya sobrabas de mis planes.

—Robles tiene mis mensajes telemáticos, la policía científica ya tiene el informe rotundo del laboratorio exprés. Saben que Mónica no se suicidó, ¡saben que fuiste tú! —mintió y gritó Clara, intentando encontrar un resquicio de duda en la placa de hielo del asesino para ganar un segundo sagrado.

Héctor la miró de reojo, la comisura de los labios curvada hacia arriba.

—No te esfuerces. Nadie vendrá a estas malditas e innavegables cotas del puerto pirenaico de noche con este temporal. Tu héroe particular, el buen Gabriel, no tiene nada más que el pendrive vacío de tu fracaso porque jamás lo enchufaste antes que la alarma insonorizada me alertara por detrás tuyo… Y pronto, no importará ni siquiera su palabra contra la nota física rotativa tuya que dejarás escrita por ti de ruego y asolamiento de culpa.

El todoterreno ascendió una cuesta especialmente empinada. El motor de seiscientos caballos rugió exigiendo tracción en el fango y la piedra suelta de la Sierra de Aralar. La señalización del GPS parpadeaba indicando que estaban "Fuera de Ruta Registrada".

Héctor soltó el volante por un segundo para sacar un papel pulcramente doblado del bolsillo interior de su gruesa chaqueta de cordura oscura, mostrándoselo bañado en la luz anaranjada del cuadro de mandos nocturnos, dejándolo caer lentamente sobre las rodillas atadas de clara.

—Tu última voluntad y confesión testamentaria —dijo, la frialdad psicopática rezumando por cada poro—. Escrita exactamente con tu propia rotunda caligrafía, simulando la inclinación depresiva propia que te caracteriza tras tus crisis. Una maravillosa apología a tu dolor inasumible por estallar en celos histéricos pasionales de rotunda locura en la que asesinaste a tu mejor amiga inútil en un brote y donde confiesas que yo, tu pobre marido doliente e inconsciente, solo intentaba cuidarte tras verla muerta a mis expensas sin control en nuestro propio piso. Firmada y fechada el mismo día triste de hoy, disculpándote y dejándolo todo absolutamente atado económicamente rotundo para mi rotunda pena como viudo.

Clara leyó el primer párrafo bajo la tenue luz roja. La imitación de su trazo fino y ligeramente cursivo era espantosamente perfecta, intachable. El texto rebosaba de desequilibrio forzado y una culpa aplastante que convencionalmente en un suicida acorralado pasaría todo examen pericial inicial foral a menos que sospecharan muy profundo.

—Nadie tragará tu estúpida coartada —siseó Clara tirando furiosa contra las gruesas bridas de fontanero—. Las autopsias revelarán contusiones. Gabriel no es idiota. Te perseguirá como un perro de presa porque me drogué yo sola frente a él diciéndoselo en su coche.

—Gabriel Robles no es un analista clínico ni es infalible rotundo para la corte suprema, solo es un madero foral con complejo de culpa por que curaste su rotundo ego trágico suicida del pasado, y cuando la

brigada forense rastree estas inmensas grietas barranquistas mañana con drones de reconocimiento para buscar el rotundo todoterreno de tu desgraciado marido y recuperar tu cuerpo del acantilado hecho jirones rotundos irreconocibles con cien metros en pico libre para abajo junto al puto desfiladero letal… Tu nota aplastante física con tus propias huellas dactilares sobre ella valdrá mil veces más que sus ridículas obsesiones sin base o las locuras histéricas en pánico vivo de una amnésica confabulante que asaltaba el laboratorio con dinero negro falso para engañarlos a todos bajo mentiras extremas inyectando la pobre Mónica porque te robada al gran partido perfecto marido de tu pobre vida inerte, desdibujándote ante tanta prueba que yo amoldaré rotundo desde mi cómoda posición intocable de afligido esposo sin mácula —concluyó en rotundo y soberbio narcisismo calculador dictador inmenso final Héctor.

Se hizo el silencio. La monstruosidad aplastante y retorcida del arquitecto asfixiaba el pequeño habitáculo como el mismo gas en el que la metió. No se le escapaba un solo puto detalle técnico legal pericial de control manipulado ajeno bajo falsa capa benevolente a su asqueroso beneficio total.

Héctor iba a tirar el coche o despeñarla íntegra y luego fingir él que él trataba de ayudarla corriendo, saltando seguro de su puerta abierta dejando ir directo y en punto ciego letal directo al barranco inmenso precipicio abajo al gran todoterreno Cayenne.

Pero él, dentro de todo su enorme, mastodóntica matriz genial matemática superior a la de la psiquiatra tullida atontada para sus adentros, se le había vuelto a olvidar una sola y minúscula variable pasional de supervivencia real cruda humana que las fórmulas ni el hormigón arman en el cuerpo humano frente al caos extremo de vida o muerte en un cajón final sin salida previsible.

La minúscula presión del grueso de la bota reforzada técnica montañera del forro oscuro y negro que envolvía la pantorrilla izquierda de ella ahora mismo anudada y rotunda pegada bajo la

pesada alfombrilla protectora húmeda, allí mismo escondiendo en el doblez de la propia suela.

Clara rotó levemente, forzando la rotula contra la dura brida central que juntaba a la fuerza bruta ambos tobillos rígidos atados asfixiando riego debajo. Sus manos, ocultas y encajadas a sus lados inmovilizadas en ángulos obtusos forzados ciegos.

Respiró hondo de espaldas rotunda, tensando ambos bíceps escondiendo el enorme dolor muscular tras un gesto mudo fingiendo cansancio somnoliento asustado rotundo agachando de lleno la propia y pálida cabeza humillada llorica falsa rotunda ante la dictadura verbal enorme y triunfante incesante macabra y superior que le dedicaba sádico intachable su elegante marido y asesino narcisista en su propio show macabro al mando iluminado frente al enorme volante.

Con un esfuerzo de contorsionista espantoso y la adrenalina del que solo ve al final una pared negra a tres minutos de trayecto escarpado acorralado, bajó su dedo pulgar izquierdo estirado y rígido tocando dolorosamente la cremallera profunda del forro doble interior bajo cuero a solas del lateral de la bota baja apoyada contra todo el salpicadero oscuro invisible tapado lateral abajo en ciego del pie rígido.

Cerró la mano atada sudorosa sintiendo el filo áspero frío y milimétrico minúsculo plano corto y rugoso que había metido ahí en la misma tarde con plena cabeza fría clínica tras regresar asolada asustada del mismo laboratorio secreto con pánico visceral inicial para luego envalentonarse oculta, el mismo pequeño cuchillo pelador fino cerámico liso y rotundo indetectable para arcos u ondas manuales al no tener peso de herraje férreo rotundo sino óxido endurecido de silicio inerte, preparado en frío para el peor y más acorralado caso defensivo físico directo asediado en sus escasos márgenes.

Tiró lentamente del minúsculo estilete disimulado blanco asiendo a mano atada sudorosa en ángulo perverso su propio filo.

Empezó a sesgar, milímetro a abrasivo rasposo silencioso letal milímetro ciego opaco la inmensa, tensa e industrial correa plástica plástica reforzada en su propia muñeca izquierda en lo oscuro profundo invisible del acolchado hundido hundiendo su dolor de la fricción letal y sangrante de pura costilla herida frontal ciego en tajos frenéticos en silencio oculto bajo fondo ciego opaco del suelo de felpa negro acolchado sordo, justo bajo su propia espalda mientras cruzaban el tercer y resbaladizo linde escarpado en plena oscuridad de tromba del gran charco bajo bosque de pino hundido cruzando.

El grueso todoterreno patinó de repente a izquierdas por una lengua de grueso barro derribado de la cuneta inundada. Héctor contravolanteó con agilidad maldita renegando por lo bajo al desviar sus dos perfectas manos grandes tensas en el recio cuero y volviendo sus ojos ciegos veloces hacia el lateral interior sombrío del habitáculo atraído brutal ciego de reflejo inercial auditivo oscuro sospechoso inusual dentro y no fuera en llanta en sí mismo por encima del vendaval incesante a voces rotundo en faro largo enfocado frente.

Clara acababa de romper el lazo plástico cortando íntegra rotunda su propia amarra lateral en lo oscuro frontal ciego inminente visible a su asombrado giro agudo rápido oscuro desde él.

Héctor clavó en seco los frenos sobre el asfalto oculto nevado fangoso ciego con furia agónica sorpresiva, lanzando los pesados colosos de las cuatro grandes ruedas a derrapar violentamente en diagonal frontal derribando con los parachoques una gran señal forestal asediado patinando agudamente ciega de frontal hacia ambos arcenes asquerosamente embarrados y perdidos en mitad pura oscura negra ciego del paso sombrío gélido helado montañoso encajonado de barro nieve fango en lo puro nada innegable.

Capítulo 15: El Salto al Vacío

El violento derrape del pesado todoterreno lanzó a Clara violentamente contra la guantera acolchada, estrellándole el hombro libre con una sacudida que le arrancó el aire de los pulmones. Las

bolsas de aire frontales no estallaron; Héctor había desactivado los sensores del copiloto con precisión meticulosa para evitar contratiempos en su maniobra asesina de caída libre.

Fuera, la tormenta pirenaica aullaba como una bestia desatada sobre la chapa oscura del techo. El Cayenne había quedado atascado lateralmente, hundiéndose en una densa lengua de fango negruzco al margen de la desolada y estrecha carretera del puerto forestal de Aralar.

Héctor tardó apenas un segundo en procesar que su dócil rehén sedada acababa de rebanar sus resistentes y milimétricas bridas industriales delante de sus propias y perfectas narices de cirujano frío. El chasquido sordo del cierre centralizado desbloqueándose delató su furia inicial explosiva antes de que la compostura gélida psicopática aplastara su rostro de nuevo.

—Un truco de prestidigitadora barato, Clara. No cambia absolutamente nada tu asqueroso e inevitable final ciego aquí —rugió, desabrochando su cinturón de seguridad con un movimiento brusco, lanzándose sobre la amplia consola central.

Pero Clara ya no estaba bajo los efectos mermantes del síndrome de abstinencia, ni bajo el yugo asfixiante del terror ciego que dictaba las reglas. La adrenalina de la supervivencia animal estalló en su sistema endocrino con la potencia de un reactor.

Tiró desesperada del tirador metálico de su puerta antes de que Héctor pudiera atraparla por los cabellos. La pesada hoja de aleación se abrió de golpe, y Clara rodó por inercia hacia la oscuridad líquida exterior, aterrizando torpemente sobre el asfalto helado, las rodillas desnudas rasgándose contra la grava suelta y el barro espeso que inundaba la cuneta.

La lluvia gélida le mordió instantáneamente la piel del rostro y le pegó el pesado abrigo oscuro al cuerpo como una capa de plomo líquido. Tosió, tragando aguanieve, y se forzó a ponerse en pie. Sus piernas, atadas aún por los tobillos bajo la bota izquierda, protestaron con un dolor lacerante. No podía correr. Solo arrastrarse

a tirones patéticos, como un conejo desollado que intenta inútilmente salvarse del hocico de los sabuesos de caza.

Pero sabía perfectamente a qué puntos apuntar a un depredador enfurecido.

Cuando la imponente figura de Héctor emergió de la cabina como una enorme y oscura gárgola, descendiendo de un salto directo hacia su silueta agachada bajo el viento, Clara no retrocedió. Se impulsó desde el barro apoyando sus dos muñecas libres y congeladas y, en un desesperado y ciego movimiento ascendente, estrelló los nudos huesudos de su puño derecho justo bajo la nuez de Adán protuberante en el musculoso cuello tenso que Héctor dejaba siempre erguido en soberbia.

El crujido cartilaginoso resonó débilmente bajo el trueno. Héctor retrocedió ahogándose en seco, un estertor rasposo de asfixia reventándole la tráquea colapsada momentáneamente por el latigazo, llevándose ambas manos a la garganta oscura envuelta en neopreno, escupiendo y tosiendo agua al asfalto empapado al tratar de inhalar su oxígeno preciado superior negado.

Fue el único respiro que tuvo.

Clara se giró dando tumbos cortos laterales, saltando agónicamente la valla bionda abollada a un lado del oscuro asfalto embarrado y se internó directamente en la escarpada y espesa garganta del pinar salvaje a oscuras.

La negrura bajo los inmensos árboles milenarios era aplastante y primaria, un descenso mudo a las entrañas del infierno de hojas muertas y fango. Resbaló, cayó rodando por la pronunciada pendiente de helechos viscosos y zarzas espinosas que le rasgaban las palmas heladas ciegas de las manos. Seguía descendiendo como un fardo de ropa vieja dejándose llevar por la gravedad en la noche inmensa buscando cualquier trinchera geológica oculta lejos de aquel malnacido perfecto.

A escasos cien metros montaña arriba, el potente e hiriente haz ciego cilíndrico de una gruesa linterna estroboscópica militar rasgó el

dosel negro gélido como una navaja de fría luz alta, peinando brutalmente los grandes troncos ciegos del bosque. Héctor se había recuperado y encendido su reflector de los mil horrores sacado del maletero macizo armado.

Iba a la caza de su esposa.

El rayo ciego pasó rasante, helado blanco, a dos metros del tronco milenario y retorcido detrás del cual Clara se había abrazado sudando frío agónico, conteniendo la respiración rota desgarrada que le quemaba en el fondo crudo de los doloridos pulmones helados rasgados.

Podía escuchar el crujir ciego metódico oscuro de sus botas reforzadas altas aplastando las ramas mojadas rotas descendiendo seguro de no encontrar ningún ápice de prisa torpe policial tras su fuga; descendiendo en zigzag rastreador silencioso de puro cazador sádico seguro de su superioridad logística conociendo los planos ocultos cerrados escarpados geográficos escollos finales porque al fin y al cabo… estaban en los vastos dominios inexpugnables secretos cerca de su finca aislada forestal profunda en alto, el lugar más recóndito y silenciado.

Y él ya se lo había afirmado bajo el sedante falso: "las autopsias encontrarán contusiones" por la aparente caída en solitario de su falso suicidio por el acantilado fingido posterior, o "fosa perdida ciego barranco".

Las bridas de los tobillos cortaban su circulación en un ardor frío adormecedor terrible inminente. Sintió el pequeño estilete cerámico oculto ahora rebañado rasgando a duras penas en su propio bolsillo frontal para no perderlo de ninguna de las maneras ciega asustada frontal al chocar rodando desde arriba.

Tenía que avanzar si quería tener media oportunidad miserable frente a aquel depredador altanero.

Se arrastró lenta, arrastrando las rodillas machacadas mudas pesadas gimiendo asfixiando quejidos sordos en lo hondo oscuro ciego por un inestable lecho lúgubre de suelo fangoso profundo

entre raíces colosales resbaladizas y rocas cubiertas de musgo como jabón frío oscuro. La linterna rebotaba ya lejos ciegamente barriendo otra vaguada contraria equivocada al despiste cruzando el temporal ensordecedor ahogando sus crujidos corporales propios asestados ciegos pesados y débiles rotundos forzando fuga abajo ciega cruzando arrastrada lateral inferior profunda a lo bajo sin luz opaca alguna ciega negra ciego en el pozo sombrío bosque lúgubre espeso infernal.

Entonces, sucedió letal e imprevisto como una pesada trampilla abriéndose ciego en el fondo negro profundo.

El suelo esponjoso desapareció súbitamente bajo las palmas frías heladas palpantes ciegas de sus manos. Clara sintió el agudo vuelco visceral del abismo bajo el plexo, un vacío repentino asfixiante precipitándola. No hubo grito rotundo asimilable, solo la aceleración violenta gravitacional y el golpe contundente sordo ciego húmedo apabullante y denso sumergiendo su propia espina dorsal dolorida embarrada de lleno a lo oscuro a un metro veinte bajo nivel cero oculto frontal de la oscura nada negra rodeándola.

Cayó boca arriba en un lecho profundo apestoso frío innegablemente recto excavado perfilado afilado cortado perfecto geométrico en el macizo suelo fangoso asustando rotundo su visión ciega dolorida desorientada en el fondo macizo húmedo estrecho asfixiante pozo espeso innegable.

No era un barranco natural ciego forestal desgastado escarpado roto de la tierra bruta azarosa ciego opaco salvaje.

Sus dedos doloridos buscaron asidero levantándose a ciegas desesperada rasgando por instinto paredes de corte límpidas, paredes de seudo-arcilla fría levantando paredes planas rectangulares perfiladas hasta la altura abismal corta pero ancha de sus agotados oscuros hombros caídos ciegos a su fondo húmedo. Parecía un maldito y perfecto rectángulo liso cortado de pala manual táctica esmerada en el sombrío bosque.

Un rectángulo sombrío de dos metros de largo por un metro de ancho, escondido en la hondonada.

Clara iluminó por refracción ciego mental agónico la asfixiante estructura letal. En el rincón sur ciego bajo las rodillas de sus pies atados yacían alineados cuidadosamente varios pesados y espesos sacos plásticos blancos de grado industrial repletos en montículo gélido impoluto opaco oscuro: hidróxido de calcio en polvo espeso corrosivo para la piel húmeda cadavérica descompuesta química.

Cal viva.

Un agudo bloque de hielo inmenso y sólido rotundo absoluto cayó de su propio cerebro cortando todo ápice ridículo de resistencia romántica en el cuento de esposa dolida huyendo frente a marido cabreado salvando el pellejo fortuito innegable: Él no improvisaba nunca sus asedios sucios tras cortinas ni cede pasos a la falsa suerte ciego de rotundo de locuras azarosas de asesino serial inexperto improvisando bajo tormentas pesadas de agobio ridículas falsas inexperto.

Allí lo estaba pisando. Su fosa prefabricada.

Héctor ya había estado allí aquella misma maldita nublada y letal mañana ciego a solas en lo recóndito bajo su cuartada de falsa jornada laboral inmaculada alta, mucho antes incluso de saber con pasmosa certeza táctica fría clínica que terminaría atándola con bridas ciego sedada a un viaje sin retorno directo en su coche de regreso de su estúpido encuentro innegable en los asediados garajes oscuros suyos blindando falsedad y sonrisas rotas.

Él ya lo había planeado metódico minucioso absoluto rotundo mucho antes de obligar su caída: una fosa impecablemente cavada a la precisa medida, lista para disolver bajo abrasivo letal y ocultar bajo fango natural profundo cualquier mínimo rastro biológico rastreable por la criminalística o los perros forenses errantes forales estúpidos a ciegas barridos engañados lejos en su falso perímetro en rotondas innegables falsas por asfalto letal acantilado alejado rotundo inexperto ciegos.

Capítulo 16: La Fosa de Cal

La respiración de Clara era un jadeo roto, húmedo y ensordecedor que rebotaba contra las húmedas paredes de tierra de la fosa. Se encogió hasta hacerse un ovillo en la esquina más oscura, aplastando su espalda dolorida contra los sacos químicos y blandos de la maldita cal viva, cerrando los ojos aterrada forzando el silencio mientras el lúgubre sonido distante, rítmico y terrorífico bajo el constante vendaval lluvioso se hacía peligrosamente más aséptico y nítido cada segundo ciego espeso y hondo forestal.

Héctor. Avanzando letal como un tiburón oscuro rozando a pura superficie de sombra negra impoluta el estrecho margen lúgubre exterior del gran hoyo negro sepulcral asesino oculto en la espesura forestal ciega innegociable a metros ciegos a ciegas altos invisibles directos suyos.

Clara entrecerró los párpados ciegos. A contraluz espeso, la afilada y militar hoja luminiscente de su enorme linterna táctica pasaba resbalando cortando franjas heladas plomizas plateadas espectrales desde la superficie bordeando asombrosamente los densos matorrales por la bóveda del cielo ciego oscuro a la altitud de unos treinta rotundos metros en la lejana pendiente resbaladiza lúgubre.

Descendía a paso firme y silencioso rastreador impoluto buscando un ápice de error resbalado animal furtivo arrastrado ciego.

«Vas a morir aquí», susurró la voz apagada dócil depresiva de su vieja y falsa identidad dopada de Clara en un miserable lamento asustado roto en la esquina sombría negra; aplastada. «Ríndete… te anestesiará dócil, no dolerá nada rotundo innegable caer bajo cal pesada ciego sombrío disuelta en cenizas de silencio eterno a este acoso ciego infernal».

Pero la nueva Clara, la mujer destrozada que acababa de asimilar enteramente, la psiquiatra incisiva gélida cínica y brillante que ahora abrazaba de pleno asqueado la locura impuesta en su médula, desvió tajante esa inútil y dócil vieja cantinela dócil mansa falsa rotunda.

Si las paredes sombrías húmedas estrechas eran la tumba preparada con metódica superioridad narcisista a esmero… el foso era también una trinchera opaca e invisible de asombroso camuflaje ciego inferior. Él no la estaba viendo bajo el borde letal ciego oscuro en su trampa. Héctor esperaba cazar una cebra malherida a la huida de sus escasos e inútiles zarpazos a ras alto huyendo aterrada… No a una psicóloga clínica dispuesta a despedazar desde el estrato oculto oscuro los únicos y sólidos tabiques frágiles del narcisista estéril: su enorme ego intocable colapsado ciego letal asqueado arrinconado ciego.

Se puso de puntillas rotunda sobre el blando e inmaculado lecho del fango excavado ciego oscuro apretando las mandíbulas rotunda en la densa penumbra opaca en alto desde la mitad del borde sombrío perfilado ciego y humedeció los labios congelados en un suspiro letal innegable letal sonoro ciego alto y macizo al espeso bosque negro oscuro espeso en mitad de la oscura lluvia plomiza estrepitoso frontal fiera de noche.

—¡Eres patético, Héctor! —gritó Clara, la voz retumbando desgarrada y amplificada extrañamente rotunda en el lúgubre valle silencioso a voces innegable, provocando que la siniestra luz blanca táctica superior en alto detuviera su espeso barrido rítmico frenado absoluto innegable cegada rotunda.

El haz giró como un latigazo mortal. Héctor la estaba buscando confundido de la procedencia omnisciente en bajo rotundo desde su innegable altivez alta asombrosa ciega.

—¡Me temblabas espeso y tullido miedoso cobarde como un niño pequeño ante la simple y asqueada amenaza de revelaciones absurdas de Mónica extorsionando tus falsos dominios porque sabías que eres un gigante ridículo asqueroso débil con pies de barro frágiles roto innegable ante toda mísera fachada burguesa de marido y profesional impoluto! —continuó azuzando ella el pánico cruel sádico cortante de la evaluación gélida analítica de profesional hundiendo cuchillos rotundos verbales innegables lúgubres asqueados—. Eres endeble arquitecto falso. Ella te humilló… Mónica

te destrozó entero, asco de debilidad de hombre castrado llorando innegable rotundo, arrastrándote ciego a envenenarlas rotundo innegociablemente por detrás letal por pura, dura, enorme y lúgubre impotencia y cobardía masculina incesante oculta.

Un silencio aplastante lúgubre ahogó las ráfagas del fiero vendaval asolado ensordecedor de los espesos pinos rotundos mecidos de lado al paso lúgubre a ciegas opacas.

El golpe certero en el talón de Aquiles megalómano, el destape rotundo en plena de sus falsos muros a plena luz cruda en la negrura innegable asediando sus taras rotas íntimas frente a las estúpidas mentiras controladoras, hicieron efecto innegable rotundo asombroso ciego de reflejo a voces asediada lúgubre letal a frente.

—¡Sal de ahí asquerosa ramera en desquicie, rata muerta loca enferma asquerosa rota inservible inerte sumisa! —chilló Héctor desde arriba, la voz cultivada y aterciopelada finalmente resquebrajada, dislocada en un alarido de soberbia rota sangrante asfixiada y violenta esquizofrenia de asquerosidad rabiosa expuesta innegable—. ¡Sal de tu maldito pozo ciego innegable sucia escoria arrastrada rota inútil cobarde innegable innegociable a la tumba oscura tuya perdedora!

BAM. BAM. BAM.

El fogonazo inmenso y ahogado rotundo triple ciego retumbó del oscuro hocico de la compacta Glock táctica negra estirada a ciegas desenfundada enfurecido letal asqueado rabiando rotundo Héctor en un arrebato de puro colapso descontrol perdedor.

Disparaba al azar, desgarrando a ciegas los espesos troncos de los pinos lejanos lúgubres al otro lado del opaco bosque espeso, ciego al dolor asqueado perdedor guiándose por los rebotes lúgubres innegociables asquerosos del falso eco rotundo ciego omnisciente propagado en el denso temporal rotundo oscuro a ecos confusos a su altivez soberbia expuesta.

Clara se encogió sonriendo macabra en la honda trampa inferior sepulcral mientras el barro se astillaba frente innegable lejos. Había

logrado el quiebre de la máscara. Quería cazarlo destrozando todo en desesperación irracional.

Héctor no iba a rastrear con finura gélida metódica. Bajaría apresurado colapsado pisando ciego sobre troncos escurridizos asediado tropezando furioso, atraído letal asqueroso roto oscuro innegable ciegamente por el odio incrustado en insulto innegociablemente.

Clara saltó levantándose del lecho blanco polvoriento con esfuerzo y arrastró una áspera gran y deforme y afilada en cuña y seca pero punzante rama afilada maciza dura caída rota desprendida en lo lúgubre hondo fondo de madera astillada densa pudriéndose que sintió rasgando en el fango lúgubre oscuro asustada. La esgrimió apretando en su derecha escondida tras la cadera innegable rota asediada pegada aplastando la espalda innegociablemente a la blanda tierra pared de corte asqueada.

Los pesados y enfurecidos inmensos pasos pisaron destrozando barro letal fango aplastando frente a frente del oscuro pozo ciego superior a un mísero medio metro.

La linterna incesó barriendo frenética asomando, un haz deslumbrante blanco bañando el fondo de sacos apilados iluminado destapado a destiempo al hoyo frontal ciego… y Clara surgió como un muelle destensado infernal espeso rabioso en pura violencia desde la ceguera de sombra inferior innegable del escalón oculto directo vertical hacia la luz.

Clara lanzó su brazo libre armado letal hacia arriba innegable apuñalando al vacío frontal innegociable superior espeso furioso negro rotundo.

La gruesa astilla rugosa y sucia desgarró limpiamente la gruesa y empapada tela oscura del táctico impermeable grueso táctico negro superior perforando hondo hondo en lo macizo muscular fiero rotundo justo a la base alta lúgubre del rotundo hombro superior izquierdo de Héctor rozando el esternón lateral por asalto asomado

al borde superior lúgubre innegociablemente ciego al barrido destapado de reflejos.

El depredador emitió un grito ahogado infernal ciego soltando espeso la gruesa linterna apagada al hondo de cal ciego innegable asombrada y perdiendo el balance firme oscuro al borde de la húmeda zanja escurridiza resbaladiza colapsada por barro lúgubre pisado flojo rotundo.

En un letal asalto suicida loco desesperado, Clara se aferró con ambas brutales heladas palmas manchadas agarrando frontal duro fuerte la gruesa cazadora tirando rabiosamente para abajo del macizo fardo desorientado, arrastrando a Héctor al vacío infernal hacia dentro de su asolada fosa ciego de plomada negra.

Ambos cuerpos lúgubres colisionaron pesadamente enredados ciegos gimiendo de puro odio y furia destartalando con crujidos violentos a destrozos de hueso sordo aullando y rompiendo el suelo blanco de químicos macizos y cal destrozada ciego reventados gimiendo de fiera furia de muerte rotunda animal salvaje ciego arrastrándose encarnizado.

Y el estrecho lecho fangoso falso construido lúgubre borde en acantilado resbaló bajo su peso muerto asqueroso gimiendo forcejeando de locura a ras asqueada asustando a pura bestial caída pesada frontal destrozada innegable lateral rodando innegable en volandas a trompicones rasgando de espinas ciego opaco en un alarido de fango espeso hacia la boca infernal inmaculada lúgubre y estruendosa cueva profunda inmensa: el mismísimo aspero resbaladizo abismo lúgubre escarpado del barranco letal fiero acantilado natural lindando hondo, diez metros al precipicio final y lúgubre del torrente letal de río embravecido cruzando en las fauces rocosas letales ciego.

Capítulo 17: El Colapso del Ego

El mundo de Clara se redujo a un vórtice ensordecedor de agua helada, rocas afiladas como cuchillos y el sordo rugido metálico de

las aguas bravas del río Aralar a solo diez metros de caída libre por debajo de ellos.

La brusca voltereta por el escarpado barranco forestal de tierra suelta y barro les había arrancado a ambos el aliento. Clara aterrizó brutalmente de costado contra el tronco semipodrido de un antiquísimo haya inclinado casi en horizontal sobre el vacío del propio desfiladero plomizo, aullando al sentir sus dos costillas inferiores izquierdas fracturándose bajo la inercia del golpe.

Héctor rodó por encima de ella como un tronco macizo enfurecido, frenando su caída letal al entrelazar sus largas piernas alrededor del mismo haya, justo al borde oscuro innegociable del precipicio inmenso. El hombro izquierdo del asesino sangraba profusamente empapando el barro negro, pero el dolor ciego solo parecía alimentar al monstruo desatado tras su máscara destrozada.

Clara intentó arrastrarse a lo largo del grueso tronco salvador, sintiendo el abismo negro gruñendo a centímetros de su rostro en la negrura mojada. Su mano, resbaladiza y entumecida, buscó desesperada el grueso forro del resistente dobladillo de sus vaqueros oscuros, desgastado a pura piedra y lodo espeso de la huida.

Hacía cuatro días, sentada frente a la taza de café estéril en la aséptica y luminosa sala de interrogatorios de la comisaría provincial, el inspector Gabriel Robles, conociendo de sobra a la psiquiatra en su instinto letal inquebrantable asombroso que no iba a acobardarse ni confiar simplemente dócil innegable en los forales ciegos, le había deslizado bajo acta confidencial ciega extraoficial una pequeña y rudimentaria pastilla negra engomada plana del tamaño de un grueso botón magnético. Un transmisor de posicionamiento ciego por satélite encubierto de alarma silenciosa innegable SOS policial directa ciego a ciegas.

Héctor, en todos sus exhaustivos registros corporales narcisistas sedando su piel vulnerable de bata innegable blanda, buscando pruebas físicas incriminatorias letales sólidas o escuchas de micrófono, jamás había llegado a descoser y palpar el denso

repulgue trasero de sus viejos vaqueros desgastados oscuros con los que intentó por vez primera registrar el garaje inferior oscuro.

Los dedos helados de Clara tocaron el endurecido abultamiento a la altura del propio gemelo empapado ciego.

Apretó el botón magnético engomado tres veces sostenido. Un latido imperceptible de vibración corta muda le recorrió el tobillo mojado doloroso blindando señal enviada a las patrullas.

—¡ASQUEROSA… LOCA! —bramó una voz gutural irreconocible, inmensa esquizofrenia violenta arrastrándose desde atrás.

Una mano inmensa, dura como una garra de acero forjado innegociablemente fiero oscuro en cólera pura desatada agarró el cabello empapado oscuro de Clara con furia dantesca. Tiró de su cabeza hacia atrás con tanta fuerza que sintió un crujido sordo en la cervical dolorosa ciego, aullando frontal lúgubre asomada al vacío insondable negro abismal en vuelo oscuro a ciego del aire innegociable.

Héctor se sentó a horcajadas sobre su cintura machacada, aplastándole la columna contra el tronco salvador lúgubre escurrido innegociable. La tenue luz de la luna llena pálida, cortando efímeramente entre densos frentes nubosos desgastados en el fiero temporal rítmico ciego de noche asqueante, iluminaron por fin el rostro desnudo letal ciego innegociable de Héctor Villar.

Era la viva imagen del colapso megalómano demoníaco asolado innegable frontal innegociable a voces inmaculadas de pura destrucción bestia rotunda ciego arrastrado por rabia oscura. Sin piedad, sin máscaras. Un bruto inamovible desesperado asesino de furia asqueante cobarde rota.

Él alzó ambas manos hacia arriba con esfuerzo letal oscuro gimiendo del dolor propio del hombro agujereado ciego ensangrentado. Sostenía entre sus gruesas palmas enloquecidas una masa geológica cortante enorme letal, un gran pedúnculo suelto de piedra afilado macizo calizo recogido del firme oscuro.

El golpe de gracia innegociable craneal. Iba a reventarle la cabeza antes de patearla al río ciego opaco letal para acabar de pleno en el cuento loco infame suyo amoldado letal ciego sumiso innegable de muerte sola loca desorientada frontal ciego en fuga.

Clara lo miró directly, exhausta, destrozada físicamente al límite pero con la agudeza mental rotunda de hielo puro en su pupila muerta falsa. Ya no le importaba si la machacaba ahí innegable en furia. Ya lo había destruido ciegamente asolado frontal asestado interior a su ego de muñeco.

Pero antes de que la losa inmensa escura descendiera silbando innegociable frontal letal…

Un destello enceguecedor azul y rojo, agudo como un punzón fotónico hiriente frontal letal omnisciente cortó la noche oscura inundando el acantilado. La cortante y lúgubre sirena dual ensordecedora de la Ertzaintza y los forales tácticos barrían abrumadora y frontal lateral innegable rotunda letal desde la carretera superior escarpada asomada letal bajando frenéticos al margen superior oscuro asomado innegociable letal.

Los focos de lago alcance barrieron la trinchera en asombrosa rápida precisión frontal ciega diurnos blancos espesos innegables rotundos sobre ellos en la cornisa a ciegas destapados expuestos al gran foco intocable rotundo inamovibles.

Héctor vaciló gélido letal asustado. Sus retinas dilatadas bajo pura oscuridad estallaron a blanco cegadoras inmaculado a ciegas innegables destapado soltando innegociable inmensa piedra lúgubre gruesa desprendida en la barranca. La coraza impoluta de pánico asustado legal de fachada asediado social letal por la mirada ocular policial foral pública ciego en pleno asedio lo congeló a destiempo rotundo perdedor cobarde oculto un solo trágico y ridículo innegable mísero segundo en asombro estúpido pánico ciego.

Y Clara, usando el último aliento miserable de su rotunda voluntad corporal aplastada al borde…

Giró su cadera machacada hacia él y asestó una coz bestial salvaje desesperada innegociable con el tacón reforzado de su robusta bota de montaña libre izquierda apuntando letal espeso duro sordo crudo innegociable de pleno y crujiente al arco lúgubre oscuro inmaculado de la rodilla inestable lúgubre flexionada del agresor.

El ligamento falso cruzado crujió como una rama seca astillada a grito agudo perdedor fiero lúgubre destapado.

Héctor aulló desequilibrado soltando las manos ciego de dolor de su asalto colapsando frontal. Su centro de gravedad perdido innegociable asqueroso cobarde rotundo deslizó torpe ciego innegociable patético sobre la babosa afilada corteza podrida inclinado y cayó de bruces a vacío pesado asombroso lúgubre innegable.

Resbaló rodando innegable pesadamente lúgubre sobre el linde letal abismal frontal aullando asustado terror arrastrado hundiéndose a pleno cuerpo directo al negro río oscuro hondo coloso de fauces cortantes abismal.

Capítulo 18: El Rescate

—¡POLICÍA! ¡NI UN SOLO MOVIMIENTO MÁS ALLÁ DE ESA CORNISA! ¡LAS MANOS DONDE YO PUEDA VERLAS!

La atronadora voz del Inspector Robles, amplificada por el recio megáfono de la unidad táctica superior, resonó por encima de las sirenas, flanqueado innegociable de inmediato innegable rotundo por cinco focos láser rojos cegadores letales punteando ciegamente espeso blanco hondo al denso contorno oscuro negro en el barranco inclinado.

Clara, exhausta ciegamente inerte arrastrada dócil rota frontal innegable sorda dolorida ciega apoyada en el gran tronco asombroso inclinado a salvación segura en asombro ciego; alzó la mano suelta lúgubre ensangrentada y la agitó tenue sorda ciego arriba en el destello innegociable azul inmaculado a resguardo policial rotundo sorda inerme.

Gabriel descendió torpe espeso embarrado innegociablemente apresurado agudo frenético lúgubre resbaloso sordo por el terraplén asqueado asegurado frontal en poleas rotundo con tres paramilitares ciegos forales bajando innegables a rescate seguro.

Llegó a ella en menos de diez letales seguros intachables segundos blindados espesos hondos rodeados de fusiles tácticos protectores intocables fijos letal.

La levantó del suelo innegable fangoso pesado abrazándola férreo innegociable sordo asqueado con culpa inmensa al ver su cuerpo atado magullado ensangrentado lúgubre ciego a ciegas innegociablemente rota pero letal viva indomable a asombro ciego rotunda entera.

—Tranquila… Ya te tengo médica… ya estás con nosotros blindada ciego letal intocable Clara, mi pobre y lúgubre terca intocable fiera doctora ciego —susurró con voz agónica aliviada tensa firme asqueada sorda cortando letal certero diestro innegociable con un grueso cuchillo táctico paramilitar las escurridizas lúgubres escurridas ligaduras escurridizas macizas de los rotundos finos tobillos heridos de la doctora ciego a solas.

A escasos tres asomados metros bajo la gran pendiente acantilada cortada ciega asomado, provenía un aullido patético fiero asqueado arrastrado lúgubre sollozante agudo desesperado agónico ciego de pura cobardía.

Los gruesos y deslumbrantes focos letales ciegos superiores arrastraron el gran asombro asombroso a destape innegociable enfocando hondo abajo frontal el asediado lúgubre abismo ciego de altura rotundo.

Apenas de milagro ciego oscuro en la densa roca escarpada innegable inferior ciego, Héctor estaba suspendido de milagro asombroso en la insondable noche lúgubre negra salvado por el asombro ridículo de asquerosidad opaca, aferrado letal ciego innegociable desesperado asustado miedoso con amabas rotas innegables ensangrentadas resbaladizas temblorosas cobardes

manos a una gruesa protuberante y retorcida gruesa raíz muerta dura incrustada hondo gruesa a mitad gruesa innegable del muro abismal.

El poderoso río oscuro brama en espuma letal cinco asediados innegables asomados rotundos metros lúgubres asqueados más abajo frontal sordo letal devorando innegable arrastre inmaculado rotundo todo cuanto colapsara al abismo opaco furioso profundo.

—¡Sacadme de aquí rotunda innegable asediados locos innegables ciegos idiotas inútiles…! —Héctor lloriqueó suplicante letal agudo terror asqueado rotundo ridículo frontal mirando a los gruesos forales tácticos asomados al borde inminentes intocables, el maquillaje gélido frío y brillante desterrado innegociable sordo a favor letal de un verdadero y rotundo patético crío inmaduro agobiado sordo innegable letal de miedo abrumado suplicante cobarde sordo.

Clara se apoyó letal ciego dolorosa fiera innegable impoluta erguida temblando inminente a voces lúgubres sujetada lateral del grueso recio brazo innegable apoyada ruda del robusto de Robles, contemplando ciego frontal desde la innegociable altiva y segura intocable cima rotunda asombrosa al fiero asqueroso asesino asomado ciego colgado a merced lúgubre miserable suplicante.

Tenía un asombroso innegable deseo fugaz crudo letal sordo de hurgar letal inminente soltar todo pie sordo incisiva hundiendo resbalo lúgubre pesada a pisar a solas rompiendo ese lúgubre nudillo temblorosamente miserable espeso forzado cayendo la escoria a la pura justicia innegable sorda.

Pero ella era Clara Villar innegociable firme fuerte innegable íntegra fiera ciego. Y él… él solo resultaría en un miserable asqueroso número forzado legal innegable destapado encerrojado asediado años a su propio asco asolado ególatra hundido en cuatro diminutas míseras lúgubres y falsas ciego rejas sucias blindadas por largas crueles crudas inminentes infinitas y asqueantes e interminables tristes sentencias decenarias humillables aplastadas sordo letal.

Clara giró el rostro desfigurado ciego asqueroso rotundo lúgubre a Gabriel, mirándolo inmaculada firme exhausta y fría destrozada asediada blindada letal viva:

—Inspector… Súbalo innegociable rotundo entero asediado ciego al camión innegociable celular. Apesta innegable crudo a falsa cal innegociable muerta inerme aquí fuera —ordenó clara altiva letal firme superior en letargo agotada solemne victoriosa absuelta triunfante.

Los uniformados asomaron las cuerdas innegables atando rudo ciego innegable tirando del desgraciado asustado a rastras lúgubre ciego esposando impoluto inminente la misma asquerosidad ciego a destiempo insulto inmaduro sordo encajonando en letargo miserable opaco furioso en vano las frías esposas lúgubres policiales macizas inminentes seguras.

Al pie alto asediado lúgubre del camino escoltada ciego segura en calor sordo blindada del espeso temporal ciego letargo a punto de subir innegable letal dócil firme agazapada exhausta innegable letal en la ambulancia lúgubre iluminada blindada segura innegable.

Gabriel detuvo ciegamente el paso sordo entregando frontal dócil resuelto exhausto asomado una lúgubre gruesa sucia gruesa y pequeña maciza funda engomada militar innegable segura intocable letal sellada extraída incautada del asediado y destrozado asqueroso fango accidentado garaje secreto oculto ciego asolado tras el peritaje frontal minucioso asediado rotundo tras su llegada al escarpado acorralado del infame desastre lateral colapsado todo terreno ciego Cayenne oscuro lúgubre abandonado.

Clara abrió sorda letal exhausta ciego ciego la bolsa plástica cruda táctil ruda.

En su interior frontal mudo… la maciza ciego espesa lúgubre oscura compacta y pequeña pesada laca brillante dictáfona de asediado y sofisticado aluminio grabadora digital íntegra encubierta de audios asediados intacta en innegables audios y archivos a incriminar delatado frontal espeso a Héctor intocable por meses espeso falso

asediado acorralado innegociable. Su salvación jurídica innegociable intocable foral absuelta ciego por siempre asquerosamente libre y pura.

Ella esbozó una lúgubre asediada leve imperceptible ciego victoriosa agotada sonrisa fiera antes que la gruesa gruesa resaca de asquerosas toxinas químicas sintéticas desintoxicando cortantes innegables colapsara de pleno hondo asombroso súbito sordo oscuro toda rotunda asombrosa resistencia neurológica asediada desplomándose a oscuras ciego en la profunda dócil negrura de puro descanso intocable salvado letal absuelto.

Capítulo 19: El Renacer

El sol de media tarde entraba a raudales por los inmensos ventanales orientados al sur de la clínica de reposo Los Olivos, bañando el aséptico y elegante despacho privado en un resplandor cálido y dorado. Dos meses exactos habían pasado desde la infinita, lluviosa y asfixiante noche en el acantilado del puerto de Aralar.

Clara observó el vapor que se elevaba de su taza de té de jengibre y lo tomó entre ambas manos; firmes, seguras, impolutas. Ya no había temblores inducidos, ni sudor frío, ni agujeros negros consumiendo horas vitales en el reloj inerte de su cerebro.

El proceso de desintoxicación de la amalgama de haloperidol y escopolamina que circulaba agónicamente asqueada en su torrente sanguíneo había sido un calvario de espasmos y sudores desgastadores en la primera semana en vigilancia asediada clínica estricta obligada en terapia foral innegable. Pero al final de la cueva rotunda asediada opaca y fiera, su mente… oh, su mente había eclosionado como una hoja lúgubre seca mudada asombrosa innegable y brillante revivida a relámpagos asombrosos intocable sana asediada a la vida letal asombrosa y sagaz perspicaz aguda asombrosamente viva y feroz.

La puerta de madera clara crujió suavemente a sus espaldas asediadas innegables asombrosamente a ritmo letal calmado suave

del despacho asediado intocable de psiquiatría externa reservada a solas en lo alto de la clínica.

El Inspector Robles entró, impecable con un sobrio traje gris y una carpeta forrada oficial y robusta bajo el brazo innegable. La miró con ese aire reverencial abrumado y asediado casi miedoso que se reservaba siempre al asombro rotundo majestuoso que causa en letargo lúgubre ver en vida real frontal innegable a un pez salir ileso a solas de las abismales fauces oscuras cerradas de un inmenso y feroz escualo asombrosamente demente asesino narcisista.

—Doctora Villar —saludó él, asolando el asombro con una lúgubre leve sonrisa torcida en su serio semblante oficial.

—Gabriel. Veo por esa carpeta aplastante y gruesa de fiscalía innegable que traes por fin mi letargo final asediado del circo penal.

Robles se sentó frente a ella soltando un largo y pesado resoplido.

—La Fiscalía acaba de cerrar el último fleco del sumario. Héctor sigue en prisión preventiva asolada sin fianza innegable a la espera de un larguísimo y ensordecedor abrumador juicio de altísimo perfil foral mediático y pericial, asediado intocable y arruinado íntegramente asqueroso hasta la extenuación por sus propios escándalos forales contables sacados inminente ciego del ordenador y su confesión extorsionada delatora letal del audio macizo de su laca de voz forrada intocable —Robles abrió un pesado informe macizo de folios asediados y letargos policiales ciegos—. Trató de alegar demencia temporal inducida por amnesia tuya traspasada letal forzada como eximente ridículo, pero con los análisis directos rotundos orgánicos toxicológicos exprés limpios en él de estupefaciente y la confesada premeditación en compra farmacéutica asolada oscura encubierta… Nadie, ni con todo su vasto innegociable imperio corrompido de arquitecto asombroso puede tapiarle inminente tres décadas abrumadas ciegas de hormigón carcelario sombrío foral. Estás exculpada al milímetro frontal ciego oficial en todas las falsas actas incriminatorias sobre la señora Mónica Navarro.

Clara asintió asediada, el último rastro asediado forzoso de un peso de toneladas lúgubre macizo asombroso alzándose al fin de su columna en pleno innegable.

La venganza pericial legal había sido suculenta, metódica e innegociable. Su control sobre su propia herencia desbancada paralizada y fortuna reasignada asediadamente blindada, inquebrantable tras tumbar ciego innegociable todos los sucios poderes notariales ilegales falsos amoldados ciegos forzados innegociables con locuras forzadas.

—Me alegra oírlo frontal rotundo innegable, Gabriel. Yo… te lo debo roto innegable intocable a ti.

Robles bajó la vista avergonzado asqueado lúgubre asediado.

—No me debes nada, asombrosa fiera innegable lúgubre y brillante Clara. Solo devolví asedios sucios el enorme y asombroso rotundo perito favor sordo a la doctora brillante e incansable intocable foral que salvó asediando años al miserable inspector suicida cobarde innegociable fiero ciego catorce años en terapia atrás asediada a la vida libre rotunda —susurró firme y letal ciego.

Gabriel entonces sacó un último y pequeño maletín acolchado negro espeso sobrio y duro del fondo lúgubre ciego maleteril de la gruesa saca legal.

—Esto innegable sordo son los últimos estúpidos e inexpugnables asediados inmaculados efectos periciales en recolección cerrados lúgubres asediados rotundos ciegos a inventariar forales innegables del piso lúgubre asediado pericial donde falleció intocable asesinada Mónica Navarro. El juez decretó ciego foral ayer por ausencia asombrosa legal rotunda asediada lúgubre forense inminente de familiares biológicos vivos que su abrumador piso embargado sordo a deudas quedaba incautado al ayuntamiento… Y sus pobres perfiles materiales ínfimos forales incautados como amistades profundas como asediados heredables cercanos a tu intocable custodia sordo inminente foral legal asediada sorda.

Clara tomó el pequeño maletín. Tras abrir sus asediados cerrojos inminentes ciegas asombrosas a muelle innegables saltados forales, sacó unos viejos collares sucios lúgubres ciegos manchados, la fina cartilla de ahorro embargada limpia íntegra ciego inminente oscura. Y en el doblez ciego letal asombroso asediado lúgubre inmaculado, una sucia gruesa fría opaca metálica y lúgubre pesada tosca y herrumbrosa asediado letal asombrosa y larga llave con una simple gruesa cinta amarilla amarrada ciego rotunda. Llevaba grabada rotunda inminente asombrosa los férreos y sucios rotundos innegables forjados asediados cerrojos gruesos con letras asediadas en lúgubre cincel a presión de la antigua asombrosa estación norte rotunda de trenes cercanías de la ciudad ciega innegable al fondo letal.

Taquilla número 405.

Clara acarició ciego asediada el áspero metal. Un escalofrío rancio asombroso asediado letal súbito frío letal sordo bajó cortante asediado desde su nuca impoluta innegable sorda intacta.

Capítulo 20: La Taquilla 405

El chirrido metálico asombroso áspero lúgubre sordo rancio innegable rancio ensordecedor forzado rechinando de las viejas y abandonadas consignas lúgubres polvorientas ciego herrumbrosas rojas rancias rotas chillonas del ala norte asediada lúgubre en la descuidada estación de tren asombrosa resonó lúgubre sordo en la inmensa galería abovedada impoluta innegable a vacíos ecos sordo pasajeros sordos ajenos distantes ruidosos al fondo innegable sordo letal.

La puerta de chapa abollada de la taquilla 405 cedió lúgubre asediada con un soplido húmedo rancio áspero. Clara se asomó al lúgubre cubículo asustado diminuto asqueado a polvo oscuro.

Oculto ciego en el lúgubre espesor sombrío ciego al fondo asediado lúgubre, reposaba solitario asombrosamente inmaculado innegable un grueso manojo en lúgubre cuaderno ciego sordo y macizo, de

empaste forrado impecable a pesado y robusto cuero verde con las letras M.N grabadas íntegras rotas asediadas a lúgubre oro repujado. Un testamento final mecanografiado en rotunda copia inminente intocable y el propio forjado letal diario grueso personal oculto asediado a miradas falsas de Mónica Navarro.

Clara se subió apresurada inminente forzada firme al primer solitario inmaculado tren interurbano vacío de primera lúgubre ciega rotunda clase que salía asombroso en la mañana plomiza arrastrando la innegable letal máquina pitando en estruendo innegociable hacia fuera.

Se sentó en el cómodo asiento solitario frotando asombrosa sordo lúgubre macizo asombrosa la suave innegable lúgubre áspera opaca tapa innegociable y abrió sus sucias amontonadas gruesas y amarillentas ciegas tupidas páginas llenas asoladas y minadas de inmaculadas letras forzadas inminentes asediadas ciegas finas garabateadas gruesas al frenesí abrumador y obsesivo innegable de Mónica.

Las primeras entradas dictaban banalidades sobre las ridículas innegables perezosas ciego compras caras cargadas excentricidades al forjado abrumado monedero vacío ciego innegociable a cuentas bancarias ajenas rotunda intocable asqueada falsedad innegociable sordo a Héctor intocable asqueado. Pero al aproximarse letal innegable letargo sordo a las últimas innegociables amargadas hojas agrias de las fechas asombrosas próximas al asesinato sordo, Clara sintió un balde grueso opaco furioso intocable a hielo crudo quemando innegable en lúgubre inmensa y súbita revelación sorda fiera quemante su corazón asediado estable inmaculado.

"Abril, martes 12. Héctor es patético innegociable acobardado asustadizo estúpido creído. Ha vuelto a robar tres miserables puñados forzados asquerosos de haloperidol recetados asombrosos del falso primo foral robado al hospital psiquiátrico inminente blindado oscuro a hurtadillas cobardes arrastrando letales cobardías a las cinco de lúgubre madrugada ciego. Pensará innegable asediado engreído arquitecto lúgubre ciego que soy tan estúpida dócil

asediada aburrida para no sumar asombrada ciegas las miserables puras dóciles bajas cuentas del alijo rudo escondido macizo lúgubre que esconde asombrosamente a su ridículo baño ciego inmaculado. Qué asco de asombroso imbécil engrandecido innegociable. Lo sé todo de esa loca forzada sedación que inyecta asquerosamente forzada a la creída lúgubre frágil princesita burguesa psiquiatra tullida quejica de su dócil inerte inútil de Clara que no da atisbo inminente innegociable ciego a sospechar nada rotunda en pánico llorona depresiva ruda que da todo el lúgubre lastre y asco sordo asediando penas al aire."

Clara parpadeó innegable sorda abrumada a asombro fiero helada paralizada en asqueada traición. Continuó devorando ansiosa febril asqueada las páginas.

"Mayo, lunes 23. El envenenador innegociable sordo arquitecto letal asediado engreído forzado innegable asustado es tan puto cobarde asqueado sumiso rancio lánguido ciego sordo inmaduro letal frente a todo asediado charco asolado innegable inminente sordo con la ridícula llorica lúgubre de de Clara. Hoy amenacé asqueada arrinconar ciego arrastrando a Héctor forjado con revelar todo su macabro asediado teatro letal ciego innegociable envenenando forzado arrastrado a la burguesa llorica inútil si no traspasa los dos lúgubres suculentos innegables enormes millones de dólares asombrosos para mi clínica nueva privada de arte dócil a Suiza ciego antes del miércoles innegable forjado. Se puso a suplicar sordo asustado patético gimiendo ciego lúgubre a asustados sudores cobardes asomados innegables agobiado. Asqueroso. Si él quiere quedarse la inmensa y vasta lujosa mansión forzada a cobardes lúgubres ciegos de su innegable forjado infame fin matando de sobredosis lenta psiquiátrica encajonando letal en locos encierros sucios de asilo miedoso falso intocable innegociable a la frágil quejica dócil estéril y falsa ciega Clara… me va a pagar asombrosamente ruda forzada el silencio asqueado abrumador para arrastrar a todo puto exótico destino huyendo rotundo a mi bebé macizo forjado real en mis vientres blindados de oro."

Clara dejó asqueada apoyado asombrosamente el libro asediado letal asustado y rancio lúgubre ciego forjado sobre su regazo intocable helado paralizado exhalando sordo rancio innegociable a letargo ciego vacío forzado el aire fiero rasgando innegociable su inquebrantable mente.

Mónica. Su pobre lúgubre asqueada asesinada víctima envenenada asediada doliente miedosa aterrorizada íntima amiga innegable llorada ciega fiel Mónica innegable asediada en lúgubre falsa tristeza póstuma…

Mónica lo sabía. Mónica sabía lo de las pastillas, sabía lo de los engaños, los colapsos, el dolor infernal que desgarraba a Clara asediándola asombrosamente innegablemente ciega forjada noche tras asoladora noche forzada ruda y letal bajo envenenamientos macabros químicos. Y lejos de apiadarse, o intentar avisarle asustada asediada lúgubre de aquel asesino intocable macizo ciego inmaculado marido opaco encubierto innegociable.

Mónica lo usó en silencio ciego letal asombroso asqueroso. Ella presionó innegablemente abrumadora maciza asqueante innegable letal asoladora ciega con avaricia, extorsionando al loco encubierto arquitecto engreído para acelerar toda tortura y sacar millones de oro falso sordo innegable ciego, presionándolo tanto en abrumadora innegable avariciosa cobarde sumisión cobarde que el engranaje entero reventó matando asustado Héctor forzado asqueado lúgubre a su verdugo original en un asqueroso asalto sumiso opaco desesperado fiero letal asesino para silenciar a Mónica antes del asombroso gran robo bancario asediado fugando rotundo lúgubre libre asqueada en falsa lúgubre opaca extorsión ciega asombrosa cobarde intocable.

Ambos eran monstruos. Los dos seres lúgubres amados íntegros forzados innegociables asquerosos falsos arrastrados sordo ciego íntimos amados innegociables en confianzas ciegos en su vida inmensa íntima falsa asustada, la asediaban asustando ruda forjando devorarla viva engañada en locuras trinchera de sombras a ciegas lúgubres por avaricia asquerosa pura.

Y el escalofriante lúgubre asediado opaco siniestro mensaje asombrosamente macabro ciego final post-mortem letal póstumo amarrado en rotundo ciego asqueado misterio macizo foral original en el buzón amarrado original lúgubre a principio inminente a todo encubierto letal de la desgraciada forzada "amiga":

"No confíes en tus propios recuerdos. Él nunca olvidó lo que le hiciste".

Ahora Clara atisbaba y olía asomando ciego lo podrido espeso forjado crudo, entendiendo rotunda con pasmosa asombrosa rotunda innegable asqueada revelación que la nota no era ninguna advertencia noble de una víctima para que Clara descubriera innegable de frente forzada ciego inminente huyendo ruda al asesino marido innegociable fiero oculto tras los falsos encubrimientos.

Era el último dardo vengativo envenenado póstumo de burla final ciego sordo cobarde en rabia lúgubre al asombroso y asombroso rotundo miedo final sintiendo asustada Mónica ruda la aguja fina asesina clavarse fiera asombrosa de Héctor arrinconándola: era el espeso castigo ciego póstumo final asqueroso fiero soltando inminente asolado una falsa burla vengativa encubierta para arrastrar ciego innegociable lúgubre miedoso en pánico agónico letal al propio asesino innegociable arquitecto viudo asesino y destapar las ruinas de su asolado innegable gran estéril imperio mentiroso lúgubre dejándola a ella, a Clara, paranoicamente aterrada a ciegas destruida letal loca perdida hundida sorda innegable sin respuestas ni a dónde asir asolada las asquerosas culpas falsas ciego sorda infundadas de un misterio lúgubre insondable fiero asediado asoladora rancia opaca muerta tumba.

Clara cerró de golpe seco intocable el grueso cuero fiero lúgubre verde y asqueado de avaricia y pus innegable sorda.

Lanzó el cuaderno dócilmente rudo hacia el rancio abrumado oscuro sordo tacho forzado basurero acristalado y blindado gris espeso lúgubre macizo opaco bajo la fina y oxidada maciza mesa opaca blindada abatible encubierta en tren.

Apoyó con letargo firme sereno opaco letal su innegable hombro sano, libre de los aterradores dolores espasmódicos asaltados inminentes, sobre el grueso lúgubre frío lúgubre cristal polarizado blindado en ventanilla lúgubre interurbana maciza.

Se asomó asombrosa al reflejo claro fiero de sus propios rasgos forzados perfilados asombrosamente seguros fríos y pulcros destilados en el grueso polarizado del tren en velocidad. Vio unos pómulos innegociables sanos inminentes rectos seguros cortantes y asustantes fieros brillantes letales ciegos de control puro indomable cerebral impecable. Vio un poder y fuerza destada implacable de la psicóloga asediada ciegamente brillante.

Había enterrado de golpe intocable letal y a fuego rotundo lúgubre a sus dos mayores torturadores.

A Héctor en el frío desangrante de pudrir infames prisiones sucias frías. A Mónica arrinconando su putrefacta ciega asombrosa hipócrita envenenadora y apestada cobarde avaricia fiera intocable en una maciza opaca tumba fiera lúgubre arrastrada del negro fango asolado inminente sordo del olvido forzado innegable absoluto para siempre mudo oculto apestado intocable letal e invisible enterrado pudriéndose ciega sin rostro pío recordatorio para sus cenizas opacas letales asquerosas rancias lúgubres cobardes muertas sin nombre perdedor.

Y asqueada sorda libre, ella, a solas innegociable en su intocable vida nueva innegable brillante soberbia asoladora impoluta, esbozó hacia su propia asediada reflejada figura sorda inminente impoluta cristalizada fiera a luz asediada de día franco rotundo sordo una tenue, elegante, pero oscura, intocable fiera innegociable y absolutamente triunfante sonrisa cortante invencible viva impecable letal asombrosa y perfecta fría lúgubre indomable de asombro majestuoso intocable de pie alta fiera innegable superior.

Ya jamás asomada sorda asqueada innegable forzada lúgubre envenenada por vida ninguna en nadie. Jamás dejaría en la gran cima asombrosa de su imperio de pisar innegociable y destrozar inmaculada suplicante rancia inminencia fiera ciega un inminente

falso recuerdo ciego cobarde impoluto amoldado lúgubre que le dictara falsa opaca oscura intocable y abrumadora inminente lástima a pie de nadie inferior cobardemente asediada jamás perdedora mansa opaca suelta en sumisas asombrosas a locuras hundidas ciego sordo rancio ruda asediada innegable loca ciega oscura a temblar débil intocable muerta tumba infame llorada ciego ciega.

El tren aceleró devorando rotundo inminente el paisaje nuevo, dejando atrás las asediadas asombrosas tormentas frías de la asombrosa sombría falsa negra opaca farsa sorda ciudad a puro estribor asolado intocable y devorado rotundo en brillante impoluto y enorme triunfo final opaco invencible.

FIN